

CAPITALISMO MUTANTE

CRISIS Y LUCHA SOCIAL EN UN SISTEMA EN DEGENERACIÓN

Andrés Piqueras

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

La *relación de clase* en el capitalismo. Un sistema que produce permanentemente su propia crisis.

CAPÍTULO 1

UN CAPITALISMO EN MUTACIÓN

1. Crisis de Larga Duración y Grandes Mutaciones capitalistas
2. El neoliberalismo financiero o capitalismo monopolista transnacional financiarizado. ¿Nuevo modelo de crecimiento?
 - 2.1. Redefinición de las formas de financiación
 - 2.2. Financiarización económica y circuitos secundario y terciario de acumulación
 - 2.3. Financiarización, exportación de capital excedente y “economías emergentes”
3. Financiarización y “capitalismo cognitivo”
4. Contradicciones y desafíos sistémicos ¿Espiral degenerativa?

CAPÍTULO 2

EL MOVIMIENTO DE LA HUMANIDAD COMO TRABAJO: EL PRINCIPAL MOLDEADOR DEL SISTEMA CAPITALISTA. LA ACTUALIDAD DE SUS ENORMES RETOS

1. Breve repaso histórico del movimiento de la Humanidad como Trabajo.
 2. El movimiento del Trabajo ante la primera Gran Mutación del capitalismo.
 3. ¿Una nueva vía emancipatoria del Trabajo?
 4. La dilución de los Grandes Sujetos en el capitalismo neoliberal-financiero
 - 4.1. Nuevas formas de expresión de los antagonismos. La difícil y compleja reconstitución de los sujetos.
- Excurso. Alienación o emancipación. ¿*Multitudes* o políticas de clase en acción? Amenazas y posibilidades

++++ Cuadro sinóptico general

APÉNDICE

1. Un cruce de reflexiones con lo “post” de la política, el (post)operaismo y ciertos “marxismos post-marxistas”
2. Sobre la toma o no del Poder
3. Antagonismos, oposiciones, hegemonía y luchas sociales. El Trabajo frente al Capital

Bibliografía citada

INTRODUCCIÓN

La relación de clase en el capitalismo. Un sistema que produce permanentemente su propia crisis.

El Capital es una relación social que conlleva la expropiación del hacer, del trabajo y de la vida de otros a partir de la apropiación de los medios de producción sociales. Es la expropiación y el sometimiento del *trabajo vivo*, esto es, de los seres humanos. Esto tiene lugar a través de una *relación de clase* o de explotación (ver Apéndice, apartado 3).

El Capital, además de ser una relación social, presenta una encarnación que le da carácter de sujeto: la de quienes expropian y actúan para reproducir o ampliar esa relación, asumiendo además la responsabilidad de la acumulación capitalista como *Sistema*.

El Trabajo lo personifica la parte humana que es expropiada de su hacer para sí misma, tanto a través de la explotación directa como en general de su pérdida de autonomía, resultando alienada de sus propias condiciones de vida. La dinámica general del *Sistema* no responde a sus intereses ni está orientada por ella, aunque ocasional y/o relativamente, unas u otras partes de la población aquí comprendida puedan beneficiarse en algunos aspectos. [Cuando los usemos con mayúsculas estaremos haciendo referencia al Capital y al Trabajo como personificaciones de los factores de producción denominados *capital* y *trabajo*, pero a la vez incorporando claves de otros campos que trascienden el meramente económico (ver apartado 3 del Apéndice para mayor explicación)].

El factor humano (esto es, el Trabajo) es el único capaz de generar plusvalía. La plusvalía es el valor de más (el “plus” valor -plusvalía-) que los seres humanos crean con su trabajo y mediante la aplicación de unos u otros instrumentos de producción (maquinaria, tecnología en general) sobre las materias primas o sobre otros productos ya producidos anteriormente, de manera que tras ese trabajo unas y otros valen más en el mercado.

Sin embargo, tal “valor de más” (plusvalía) no está destinado a los seres humanos que lo producen sino a quienes les compran su trabajo (en realidad su “fuerza de trabajo”: su capacidad física e intelectual efectiva de trabajar) a cambio de un salario. Estos son los capitalistas (el Capital), que llegaron a serlo en virtud de su apropiación de los medios de producción (medios de vida) con los que cuenta una sociedad. Al resto de los seres humanos que fueron desposeídos de esos medios para poder vivir por sí mismos no les queda más remedio que trabajar “voluntariamente” para aquellos que acapararon los

medios de vida (fenómeno absolutamente original en la historia de la Humanidad que inaugura el capitalismo: hacer que el trabajar para otros aparezca como un fenómeno voluntario y deseado, ocultando así el proceso de violencia o desposesión histórica previo que obliga a que esto sea así). Por tanto este nuevo Sistema se antoja no coaccionador, sino de “libre” contrato entre Capital y Trabajo, entre comprador y vendedor de fuerza de trabajo. Una vital conclusión que se infiere de todo ello es que en el capitalismo la *fuerza de trabajo* (esto es, el ser humano) se convierte en una mercancía más (que se compra y se vende en un *mercado*: el laboral).

Por eso con el salario nunca se paga lo que realmente trabajan los seres humanos asalariados (el *valor* que generan). Si se pagara todo lo que trabajan, quienes compran su fuerza de trabajo no ganarían nada. La *plusvalía*, pues, no es sino el “plusvalor” que se apropia el Capital, que no es pagado en su totalidad a la fuerza de trabajo que éste ha comprado. Lo que se le paga a los seres humanos es el precio que tienen como mercancía en el “mercado laboral”¹. Por eso, de hecho, el capitalista compra dos tipos de mercancías: medios de producción y fuerza de trabajo.

El plusvalor del que se apropia el Capital lo materializa (como ganancia) cuando vende el producto generado (o lo hace intervenir en la producción de otros productos que serán más tarde vendidos), obteniendo así el *beneficio* (expresión de la ganancia, que resulta de restar a la venta lo que le costaron las mercancías que compró). El beneficio aparece, de esta forma, mistificado, como resultado de una compra-venta y no como conclusión de una explotación (aprovechamiento del trabajo ajeno para extraer ganancia; es decir, como realización o conversión de la plusvalía en beneficio a través de la venta en el mercado). La *mistificación* es una fuente permanente de alienación del Trabajo, al dificultarle entender dónde reside el *quid* de la relación social que está en la base del Sistema en el que vive: la relación de clase. Por lo que no percibe fácilmente su condición de mercancía.

Pero el Capital es capaz, y así lo ha mostrado históricamente, de aumentar los niveles de vida (o simplificando, el poder adquisitivo) del Trabajo mediante la elevación general

¹ Como tal *mercancía* los seres humanos pasan a ser *fuerza de trabajo*. Su precio está relacionado (aunque no tiene porqué coincidir), como el de cualquier mercancía, con el “valor” de la misma o el trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada e independiente materializado en ella. En el caso de los seres humanos, eso se traduce por el valor de las mercancías necesarias para que como *fuerza de trabajo* reúnan las aptitudes productivas materiales y mentales con que les requiere el capital total de la sociedad en un determinado momento. El ciclo de la producción social capitalista no termina en el proceso de consumo individual del trabajador/a, sino en el proceso de consumo productivo de su fuerza de trabajo. Por eso, después de que el trabajador/a ha consumido individualmente de manera privada para reproducir su fuerza de trabajo, el trabajo privado gastado para producir sus medios de vida y que ahora está materializado en su fuerza de trabajo debe ser reconocido nuevamente como trabajo social (esto se hace a través de su definición como el valor de su fuerza de trabajo). Una buena parte del valor como sostenimiento de la fuerza de trabajo siempre ha estado vinculada a elementos inmateriales (relaciones, cuidados, afectos, conocimientos compartidos, cooperación, ayuda mutua...). Sobre todo esto, Marx (1981).

de la productividad y de la riqueza total generada en una sociedad. La única condición es que obtenga más ganancia proporcional que el Trabajo con cada aumento de la producción (en realidad, de la productividad): a esto se le llama *plusvalía relativa*.

Sin embargo, para el Capital hay un problema vital en toda esta relación, del que nunca puede escapar y que marca su carácter intrínsecamente contradictorio.

Por una parte, como se ha dicho, está obligado a producir de forma continua plusvalía relativa. Por otra, debe convertirla en ganancia. Sin embargo esta última depende de dos factores: 1/ de la plusvalía apropiada a costa de la fuerza de trabajo comprada, y 2/ de la composición en valor del capital (CVC), esto es, de los gastos hechos por el capitalista en inversión y producción (los *medios de producción* de los que se dispone y que son gastados), dentro de los cuales contamos los insumos y materias primas consumidos en dicha producción (“capital circulante”) más la inversión en tecnología o mecanización que se haya hecho (composición orgánica del capital -COC- o “capital fijo”), y los gastos en salarios (“capital variable”). La composición en valor del capital (CVC) resta ganancia a la plusvalía apropiada por el capitalista, de manera que la fórmula, simplificada, sería:

$$g \text{ (ganancia)} = p \text{ (plusvalía)} / \text{CVC}$$

Donde CVC (composición en valor del capital) es el cociente entre *capital constante* [= capital circulante (materias fungibles en el proceso productivo) + capital fijo (tecnología, maquinaria e instalaciones)] y *capital variable* (salarios de la fuerza de trabajo).

A esto hay que añadir que cuanto más aumenta la composición técnica u orgánica del capital (cuanto más se invierte en maquinaria y tecnología) más productividad se puede conseguir, pero menos plusvalía proporcional (ya que cada vez hay más capital fijo invertido como maquinaria o tecnología, es decir como “trabajo muerto”) por unidad de valor, a costa de los seres humanos (que son el “trabajo vivo” que genera la plusvalía). Por tanto, con la sustitución de seres humanos por máquinas, o lo que es lo mismo, al aumentar la proporción de “capital fijo” (máquinas) sobre el “capital variable” (asalariados), y en igualdad de condiciones de explotación, va disminuyendo la tasa de ganancia capitalista. Tampoco la plusvalía aumenta proporcionalmente a la explotación de la fuerza de trabajo, sino de forma decreciente. Lo explicamos a través del ejemplo mostrado en el Cuadro A:

CUADRO A

La caída tendencial de la tasa de ganancia: un factor concurrente

Cuanto más aumenta la productividad se hace menor la jornada de *trabajo necesario*, con lo que los seres humanos en las sociedades de capitalismo avanzado tendrían que trabajar cada vez menos horas. Sin embargo, los avances en productividad a través del desarrollo tecnológico no han aumentado proporcionalmente el “tiempo libre” de la fuerza de trabajo, el cual puede seguir incluso una tendencia contraria en fases de crisis, porque lo que se hace según descende el tiempo de trabajo necesario con la productividad, es aumentar la jornada de *trabajo excedente*, es decir, aquella que la fuerza de trabajo realiza sólo para la plusvalía del empresariado. Sin embargo esa vía también tiene sus límites.

Para empezar, cuanto más aumenta la productividad menos aumenta proporcionalmente la plusvalía. Veamos:

1. Supongamos una jornada laboral de 10 horas, con una tasa de plusvalía de 100%. Eso significa que la jornada laboral se descompone en:

5 horas de trabajo necesario (para el salario)

5 horas de trabajo excedente (para la plusvalía)

$$1/2 + 1/2 = 2/2 = 100\% \quad \text{Plusvalía } 0,50$$

2. Si la productividad se duplica, implica que ya sólo hace falta la mitad de trabajo necesario, de manera que mantener la misma jornada laboral significa:

1/4 de jornada para el trabajo necesario

3/4 de jornada para el trabajo excedente

Sin embargo la plusvalía no aumenta en la misma proporción, pues:

$$\text{de } \frac{1}{2} \text{ a } \frac{3}{4} \text{ se avanza de } 0,50 \text{ a } 0,75 = 0,25 \quad \text{Es decir, la plusvalía sólo ha aumentado } \frac{1}{4} (= 0,25)$$

3. Si ahora se volviera a duplicar la productividad, todavía aumentaría menos la plusvalía. Tendríamos:

1/8 de jornada para el trabajo necesario

7/8 de jornada para trabajo excedente

$$\text{La plusvalía pasa de } \frac{3}{4} \text{ ó } \frac{6}{8} (= 0,75) \text{ a } \frac{7}{8} (= 0,87)$$

Fuente: GPM (2003)

Esto es así porque según aumenta para el capital social global su composición orgánica, aumenta también con ello la tasa de plusvalor (mayor va siendo la proporción del *trabajo excedente* frente al *trabajo necesario*), pero no aumenta en cambio la *masa total de plusvalor* en la misma proporción, dado que el trabajo necesario (el que al trabajador se le paga para reproducir su fuerza de trabajo) que resta por capitalizar va disminuyendo drásticamente según avanza esa inversión y composición orgánica del capital. Dicho de otra manera, el *trabajo necesario* disminuye en la misma dimensión que crece el *trabajo excedente* (es decir, el que trabajan los productores exclusivamente para la ganancia de quien compra su fuerza de trabajo). Y conforme disminuye ese *trabajo necesario* es más costoso apropiarse del *trabajo necesario* que va quedando.

Con ello la Tasa General de Ganancia Media tiende a descender, independientemente de que algunos capitalistas puedan aumentar su tasa de ganancia.

Se explica así también porqué la tasa de acumulación tiende históricamente a ser más alta que la tasa de plusvalía (cuestión ligada asimismo a *sobreacumulación*). O dicho de otra forma, porqué cada vez se necesita más capital constante para generar valor en escala decreciente del cada vez menor tiempo de trabajo necesario que va quedando.

Expresado desde otro prisma, según la automatización de los procesos productivos va haciendo que la cantidad de tiempo de trabajo depositada en cada producto sea menor, la productividad de cada trabajador debe aumentar para que la masa de beneficio realizable no disminuya. Lo cual conduce a la paradoja de que más aumenta la productividad de las fuerzas productivas, más se necesita que aumente para intentar salvar el beneficio.

Por consiguiente, si el proceso de acumulación se quiere llevar al límite --como es la tendencia de cada unidad de capital, por definición--, hasta el propio beneficio (fuente de la acumulación misma) se convierte en obstáculo para la acumulación, de forma que el capitalista pretende acumular a un ritmo superior al de los beneficios (GPM, 2003). Cuando esto ocurre, y el capital crece aun más deprisa que el beneficio, el capital se siente a sí mismo en su apogeo, la acumulación parece atravesar una etapa próspera e incuestionable, la conciencia social ve confirmada su fe en el progreso que el capitalismo es capaz de generar, pero al mismo tiempo, por debajo, imperceptiblemente, la ganancia está descendiendo sin remedio.

Esto quiere decir que las crisis capitalistas suelen ocurrir cuando la población está menos preparada para ellas y cuando sus organizaciones políticas más se han integrado al orden del capital, inscribiéndose en la vía reformista que tiende a expandirse tras un ciclo de auge capitalista.

En conclusión con lo hasta ahora expuesto, la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que es inherente a la acumulación capitalista, hace que la utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido tienda a ser significativamente menor, provocando una tendencia hacia la eliminación de empleos² y lo que es realmente grave para el funcionamiento capitalista, una sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar. La sobreproducción de capital es una sobreproducción de mercancías como medios de producción, cuando el valor producido por el capital invertido no incrementa lo suficiente o incluso llega a ser menor que el producido antes de la inversión. Cuando esto ocurre el Capital tiende a disminuir la inversión productiva. Esta desinversión contrae también la compraventa entre empresas capitalistas (los pedidos que unas se hacen a otras) y rompe la cadena de cobros y pagos, que se resolverá normalmente en la quiebra y cierre de empresas, incremento de la desocupación y depreciación del capital en funciones, incluido el capital variable, esto es, los salarios. Todo ello arroja una creciente cantidad de “capitales excedentes” que en buena parte o bien buscan su valorización en otros territorios, o bien adquieren la forma de activos financieros en pos de mayor rentabilidad.

En la primera opción la competencia por atraer aquellos capitales excedentes se transforma en *competitividad* de los más exitosos, que no es otra cosa que su eficacia en explotar en mayor grado a su fuerza de trabajo o en “ofrecer” una fuerza de trabajo más disciplinada. De manera que si en una formación social se incrementa la tasa de explotación, se prevé que en principio aumente también su capacidad para atraer flujos internacionales de capitales productivos (y financieros). Tal suposición comienza a tener menos probabilidades de realizarse, sin embargo, cuando todas las formaciones sociales “compiten” por lo mismo en los mismos términos. Además, la inversión

² Esta última conlleva una tendencia a la compraventa de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Efectivamente, la producción de plusvalía relativa mediante el desarrollo de la maquinaria genera necesariamente una masa de población sobrante para las necesidades del Capital (hacen falta menos seres humanos en los procesos productivos). Cuando esta población sobrante crece lo suficiente como para estancarse en esta situación, sobrevive vendiendo su fuerza de trabajo normalmente por debajo de su valor. Esto quiere decir que, a la larga, no puede reproducirla. Cosa que puede notarse en la misma generación de los obreros adultos, pero que resalta brutalmente en el insuficiente o nulo desarrollo de la fuerza de trabajo de las nuevas generaciones. Cuando una población trabajadora se consolida como sobrante, ya no logra vender su fuerza de trabajo a ningún precio y entra en un proceso de violenta pauperización.

El valor de la fuerza de trabajo está hoy mundializado, por lo que debe relacionarse con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que será el que caracteriza al sistema productivo mundial tomado en su conjunto y regido en función de lo alcanzado en las formaciones sociales centrales, y no en los diferentes sistemas productivos estatales. Es por tanto la determinación monopolística del precio de la fuerza de trabajo desde las formaciones centrales, la que hace que a igual productividad la fuerza de trabajo de las formaciones periféricas valga menos que las centrales (y en general, valga más o menos en unos lugares que en otros). Este es uno de los factores coadyuvantes de la emigración laboral de las periferias a los centros del Sistema, en busca de un mejor precio como fuerza de trabajo [por ejemplo, hasta hoy el salario mínimo de la fuerza de trabajo boliviana (ubicada en la banda media-baja mundial) ha estado en torno a los 70 dólares mensuales. Es fácilmente inferible de este dato la nula ‘libertad de movimientos’ que la absoluta mayor parte de la población del mundo tiene en la actualidad, y el porqué de las condiciones en las que ha de emigrar]. Todo teniendo en cuenta que la mundialización del valor es inseparable de la consecución de una fuerza de trabajo mundial única.

externa directa de capitales tiende a trasladar parecidos problemas de sobreacumulación a zonas periféricas que hasta entonces se hallaban fuera de esa contradicción. Más adelante veremos a qué conduce la segunda opción, la financiera.

Hay, pues, históricamente, una tendencia a la *sobreacumulación* de capital en relación a su capacidad de generar ganancia. Proceso que se agrava con la aceleración de la propia competencia técnica inter-capitalista y la trepidante batalla en torno al I+D, que deviene cada vez más onerosa, dado que la rápida caducidad tecnológica no permite la satisfactoria amortización del capital invertido³. En realidad, la permanente revolución de la tecnología, en una también constante e implacable competencia, resulta a la postre una suerte de destrucción de fuerzas productivas, mas no siempre en su versión “creativa” schumpeteriana.

Sin embargo, esa tendencia, que está siempre ahí larvada, no tiene porqué manifestarse necesariamente en forma de cataclismos capitalistas. De hecho, históricamente ha sido contrarrestada a través de numerosos factores y procesos, tantos que a menudo aquella pareciera no tener ninguna manifestación real concreta, y ha llevado a buena parte de científicos sociales, incluso críticos, a negarla. La monopolización, la guerra, la expansión de la frontera y la posible formación de nuevos centros de acumulación preferencial, fueron los procesos contra-tendenciales de tipo “macro”. Igualmente lo fueron muchos otros procesos puestos en marcha para contrarrestar la crisis de valorización del capital (aumento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, abaratamiento del coste de las materias primas y también del empleo del capital constante, elevación de los tiempos de rotación del capital y de su renovación, así como el reciente intento de “inmaterialización” de la economía o reducción sustantiva del peso del capital fijo en ella, entre otros pasos y desplazamientos que veremos más adelante).

Hay, en cambio, otro tipo de crisis estructural subyacente. Tiene que ver con las inadecuaciones entre la forma dominante de mediación social que adquiere históricamente la explotación capitalista (más o menos despótica, más o menos reformista o democrática, que se traduce en la naturaleza que adquiere el Estado en cada momento) y las plasmaciones socio-institucionales y maneras de expresar la relación de clase que permiten el *valor* y la forma mercancía y gestionan la fuerza de trabajo de cara

³ Fijémonos en que la obsolescencia programada de la tecnología (acortar la vida media de la misma como valor de uso) viene sustentada por el supuesto aumento en los beneficios que debe deparar la aceleración en la renovación tecnológica. En realidad esa aceleración conduce a la depreciación de la tecnología (Dekle, 1994, Hornstein y Krusell, 1996). El resultado en la tasa de beneficio no se percibe, sin embargo, hasta el final del proceso. Veamos. Con la innovación tecnológica disminuye la edad media de la tecnología empleada, es decir, se reduce la vida media del stock de capital fijo. Conforme se reduce la vida media de la tecnología utilizada, el tiempo de producción disponible para transferir su costo al producto disminuye también. A partir de cierto punto, el costo de mano de obra por unidad de capital fijo empleado ya no disminuye sino que más bien aumenta, es decir, el costo de renovación aumenta más de prisa de lo que disminuye el costo laboral (con una vida media teórica del capital fijo tendente a cero, el costo laboral por unidad de capital fijo tendería a infinito). Con ello baja la tasa de retorno y se desmiente el supuesto de que la innovación tecnológica y la consecuente baja en la edad media de la tecnología conlleven a una mayor capacidad competitiva. El capital se desplaza entonces a aquellos lugares donde el desarrollo tecnológico es menor y también es más lenta la velocidad de sustitución tecnológica (formaciones periféricas), con menor precio, asimismo, de la fuerza de trabajo Dierckxsens (2012), Dierckxsens y Jarquín (2012).

a optimizar su consumo productivo (es decir, la generación de plusvalía por mediación de los seres humanos). Estas inadecuaciones se traducen en crisis de regulación.

Cuando las crisis de regulación coinciden con las crisis de valorización provocan grandes conmociones internas del capitalismo, que le hacen *mutar* y, al fin, pueden poner en peligro su propia continuidad. Estamos en presencia, entonces, de las Grandes Crisis o Crisis de Larga Duración.

Éstas dejan indefectiblemente atrás una generalizada desvalorización de capitales (los menos “competitivos”) y de la fuerza de trabajo, promueven el acrecentamiento del “ejército industrial de reserva” y una gran destrucción de fuerzas productivas, así como la rápida elevación de la tasa de ganancia de los capitales supervivientes (que tienen la posibilidad, por eliminación de competencia, de aprovechar mejor los últimos avances tecnológicos). Se inicia un nuevo ciclo de acumulación, pero con diferentes formas de gestionar los procesos productivos y de establecer la mediación social. También se modifican las dinámicas de generación y apropiación del plusvalor. Es decir, estamos, según la teoría regulacionista, ante un nuevo modelo de crecimiento (combinación de un régimen de acumulación más un modo de regulación social)⁴.

Las Grandes Crisis trastocan asimismo la geografía de la acumulación, trasladando la dinámica principal de la misma hacia otras localizaciones. Lo que quiere decir que otras formaciones socio-estatales son susceptibles de convertirse en nuevos centros sistémicos.

⁴ De acuerdo con las teorías de la regulación, todo régimen de acumulación alcanzará un punto de crisis en el cual el modo de regulación no podrá sostenerse, y las elites estarán forzadas a encontrar nuevas reglas y normas, pergeñando un nuevo régimen de acumulación, que estará vigente hasta que desarrolle su propia crisis, y así sucesivamente. Ver, por ejemplo, los clásicos Aglietta (1982), Boyer (1992), Boyer y Saillard (2002).

Sin necesidad de asumir el conjunto de presupuestos e implicaciones de esta escuela teórica, de cuyas elaboraciones parece inferirse una permanente autorregulación del capitalismo, sí concuerdo en que este sistema debe redefinir periódicamente el modo concreto en el que opera para responder a la concreción histórica de sus contradicciones básicas, a sus distintas manifestaciones y aristas. Al responder a la cambiante manifestación de esas contradicciones también de manera diferente en cada momento, el capitalismo cambia su *forma*.

CAPÍTULO 1

UN CAPITALISMO MUTANTE

1. Crisis de Larga Duración y Grandes Mutaciones capitalistas

El capitalismo histórico ha padecido dos Grandes Crisis de Larga Duración, que se separan entre sí por un siglo de distancia y que han dado lugar a dos cambios sistémicos de modelos de crecimiento o Grandes Mutaciones capitalistas.

La primera Gran Crisis comenzó en los años 70 del siglo XIX y, tras un breve repunte ascendente de mediados de los años 90 del siglo XIX hasta mediados de los años 10 del XX⁵, convulsionó el planeta entero: dos Guerras Mundiales, un derrumbe económico generalizado en las formaciones sociales capitalistas, el mayor crack bursátil conocido por el capitalismo hasta hoy y también la mayor ruptura habida con el mundo capitalista, la Revolución Soviética⁶. Igualmente desembocó, en las formaciones sociales centrales del capitalismo mundializado o Sistema Mundial, en la *mutación* más grave experimentada por este modo de producción hasta nuestros días. El capitalismo renunció a su funcionamiento puro para ser cada vez más asistido por el Estado a través del Departamento III o de servicios sociales, encargado de absorber la plusvalía que los otros dos (el de producción de bienes de equipo y el de producción de bienes de consumo) no podían reinvertir de cara a la acumulación. Esto lo transformó en un *capitalismo social*.

La segunda Gran Crisis se ha producido exactamente un siglo después, a mediados de los años 70. Y, con ciertos repuntes o altibajos, la arrastramos hasta la actualidad con todo el fardo dramático que ello implica. Dentro de ese fardo hay que contar con otra drástica y radical mutación en curso del capitalismo.

⁵ Normalmente, la Larga Crisis iniciada en los años 70 del siglo XIX se entiende separada de la Gran Depresión de finales de los 20 en el siguiente siglo. Aquí, no obstante, la vamos a considerar como parte de una misma Gran Crisis que no se terminó de solucionar sino hasta la Segunda Postguerra Mundial, con la Primera Gran Mutación capitalista. El capital combatió esa Gran Crisis con algunos recursos clásicos: un doble movimiento de concentración y de expansión mundializada. Hubo un crecimiento cualitativo de la exportación de capital a los territorios coloniales con miras a su revalorización (fase imperialista clásica), al tiempo que las técnicas capitalistas de producción consiguieron una bajada de los precios relativos de las materias primas. Con ello se ralentizaba la velocidad de crecimiento de la composición orgánica del capital. A todo esto se le suma el logro del incremento de la tasa de plusvalor gracias a una nueva revolución tecnológica, la de la electricidad, y a la sistematización de la aplicación científica en los procesos de producción con vistas a incrementar la productividad y reducir los tiempos muertos. Todo lo cual está en la base de la recuperación de la tasa media de ganancia, que lanzará una nueva onda expansiva del capitalismo (a partir de comienzos de los años 90 del siglo XIX -hasta la debacle bélica de los años 10 del siglo XX-). Onda expansiva que resultará a la postre sumamente inestable según se acrecienta la dimensión mundial y mundializadora del capital.

Efectivamente, los nuevos monopolios creados al amparo del gigantismo empresarial confiscaron una parte creciente del total de la plusvalía mundial generada, pero a costa de desatar una carrera competitiva entre ellos por la apropiación de recursos, territorios y fuerza de trabajo. Procesos que, consecuentemente, irán unidos al armamentismo y su derivado, el crecimiento exponencial de los gastos improductivos, con consecuentes descensos relativos de capital fijo y por tanto de medios de consumo.

⁶ Esta “desconexión” marcaría una nueva dinámica de luchas de clase y de reparto del valor a escala mundial, permitiendo tanto el “capitalismo social” en las formaciones centrales, como los procesos de descolonización y desarrollo de las periféricas (ver capítulo 2, apartado 2).

Pero vayamos al principio. Con la Primera Gran Mutación el capitalismo emprendería un ciclo virtuoso de acumulación en sus formaciones centrales a costa de violentar la propia *razón de ser* capitalista, mediante la trasmutación del Estado en una entidad crecientemente interviniente en la economía y la metamorfosis por tanto de ésta en una “economía mixta”, funcionando a cuenta de un creciente sector social que desmercantilizaba condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, las cuales quedaban convertidas en “servicios sociales”. De igual forma se desmercantilizaba parcialmente la propia fuerza de trabajo a través de sucesivos derechos socioeconómicos.

El conjunto de dispositivos y procesos incardinados en la *opción reformista* ha sido la respuesta anticíclica más eficaz propiciada por el capitalismo, así como su más potente dispositivo de legitimación social y de integración del Trabajo. Todo un ciclo de producción-consumo-producción en continua alza se abría paso así en sus formaciones centrales, al tiempo que para las periferias se instauraba la economía política del desarrollo, como una burda réplica del relativo reparto de la riqueza social que se daba entre el Capital y el Trabajo en aquellas primeras, pero que conseguía frenar buena parte de los procesos de desconexión de las periferias con el mundo capitalista⁷.

Sin embargo, en los años 70 del siglo XX se hicieron evidentes los límites de los mecanismos anticíclicos keynesianos. La pérdida de eficacia de éstos propiciaron las condiciones para abrir el camino a iniciativas de represión de la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas recesivas y de control del déficit y de la inflación, así como de fomento de la financiación privada. Serían las que presidirían en adelante por doquier las estrategias de gobierno de un capitalismo que iniciaba su dimensión transnacional.

Empezaba así una nueva intervención masiva del Estado en favor de una acumulación capitalista que (de nuevo) no mostraba fuelle por sí misma. Pero ahora esa intervención se realizaba, con todo tipo de medidas, del lado de la oferta.

Para encastrar todo ello de forma más o menos coherente había que buscar un nuevo modo de regulación que conllevara una ruptura de los “pactos de clase” en las sociedades centrales, (especialmente en el punto de indexación de los salarios a la productividad y en el objetivo del “pleno empleo”); para lo que se tuvo que actualizar la doctrina político-económica fundacional del capitalismo. De esta forma cobraría vida el

⁷ Sobre la “economía política del desarrollo” y sus consecuencias, Piqueras (2008). Obviamente, por otra parte, cuando hablo de formaciones “centrales” y “periféricas” hago una simplificación por motivos heurísticos anejos a razones de espacio. A nadie se le escapa que existen importantes diferencias dentro de cada categoría. Así por ejemplo, del lado de las formaciones centrales, que ahora nos ocupa, EE.UU. es un caso muy particular al que no se pueden aplicar algunos de los aspectos clave descritos para el “capitalismo social”. Ver por ejemplo Mann (1996) para una extraordinaria documentación sobre su singularidad (y en general, sobre las especificidades de unas y otras formaciones), que hay que tener en cuenta también en los análisis que veremos en el capítulo 2.

neoliberalismo, que si bien ha dejado muchas dudas sobre su capacidad de propiciar acumulación sostenida, inclinó drásticamente la distribución del plusvalor en favor del Capital, favoreciendo una enorme concentración de la riqueza, la cual vendría en adelante de la mano de la financiarización de la economía. Uno y otra compensarían al capital, de alguna manera, de la falta de rentabilidad productiva. No hubo que esperar mucho, sin embargo, para evidenciar los resultados pro-cíclicos que ello entrañaba, más allá de las devastadoras consecuencias sociales.

El shock financiero-bancario de los años dos mil no es sino el resultado del fracaso en los intentos de escapar de la Segunda Gran Crisis, comenzada hacia 1973 y sólo parcialmente esquivada⁸ mediante la nueva *mutación* capitalista hacia un capitalismo híbrido, pero ahora basado en la exclusión y la crisis (dependiente también a escala mundial cada vez más de la guerra) como maneras de gestionar la relación Capital-Trabajo y, en general, la vida de las poblaciones, así como de convertir la Política en administración, tendente a eliminar la dimensión social (“keynesiana”) del capitalismo híbrido anterior.

Tenemos, entonces, que la salida a la Primera Crisis Sistémica se realizó mediante todo un conjunto de dispositivos económicos e institucionales conducentes a desarrollar la demanda, a través de un capitalismo híbrido que se vio forzado a reconocer a su fuerza de trabajo como parte de la ciudadanía. La salida a la Segunda Crisis de Larga Duración se ha venido llevando a cabo, en cambio, mediante procedimientos contrarios: deprimiendo la demanda y manteniéndola indirectamente a través del crédito-endeudamiento y la participación en la especulación financiera, como enseguida veremos.

Lo cual indica cuanto menos que el crecimiento capitalista presenta en la actualidad una relación harto problemática con el consumo o la esfera de realización de la ganancia. Igualmente, y a pesar del subsecuente freno a la innovación tecnológica que acarreó la financiarización económica, así como la notable disminución de acumulación de capital fijo (Brenner, 2009), el proceso de sustitución de fuerza de trabajo por maquinaria (con la consiguiente tendencia estructural al desempleo en las formaciones de capitalismo

⁸ La reestructuración o restauración pseudo-liberal no pudo aumentar los indicadores de crecimiento. En los años 60 del siglo XX el crecimiento de las economías centrales fue de 3,5 puntos, y de 2,5 en los 70 con políticas keynesianas, En los 80 fue de 1,4 y en los 90 de 1,1, con políticas neoliberales (de hecho, en plena ofensiva “neoliberal” de los años 80 las economías centrales que más crecieron fueron las menos neoliberales, véase, Alemania y Japón -Brenner, 2009; datos muy similares proporciona el Banco Mundial-). Por su parte, las tasas de ganancia industrial de las economías de capitalismo avanzado, que habían caído desde finales de los años 60 del siglo XX, se recuperaron parcialmente a partir de los años 80 (en los 70 los salarios reales ya estaban cayendo), pero sólo alcanzaron el nivel medio de aquella tasa previa a la caída y experimentaron recaídas a final de esa década, que remontaron hacia mediados de los 90. Si la tasa de ganancia cayó un 5,4% entre 1966 y 1979, para repuntar a 3,6% entre 1979 y 1997, en este último año era sólo la mitad de su valor en 1948 y entre el 60 y el 75% de su valor promedio para la década 1956-65 (Harman, 2007). El contrapunto a esta “decadencia” de la ganancia lo proporciona Chesnais (2008), diciendo que desde la Segunda Gran Guerra el capitalismo lleva una tan larga como inédita fase de “acumulación sin rupturas” (ni grandes guerras inter-capitalistas, ni conmociones de las luchas de clase, revoluciones, caídas imperiales...); lo que le ha permitido ir “adaptándose” a sus propias crisis.

avanzado) siguió su curso y con él los problemas de sobreacumulación. Pero ahora se les añadirían otros de gran importancia, algunos de los cuales serán objeto de análisis en las páginas que siguen.

2. El neoliberalismo financiero o capitalismo monopolista transnacional financiarizado. ¿Nuevo modelo de crecimiento?

Al atascarse el proceso en el circuito primario de acumulación (donde se produce plusvalor según una dinámica de reproducción ampliada y donde los ciclos de valoración están en función de la producción y circulación de mercancías), se tienden a priorizar o acentuar tres tipos de desplazamientos: uno espacial dentro del circuito primario de acumulación, otro espacio-temporal hacia el circuito secundario y terciario de acumulación y un tercero absoluto, renunciando a la acumulación, es decir, fuera de la producción⁹.

1. El *desplazamiento espacial* se realiza hacia lugares donde la composición técnica del capital es menor y por tanto el peligro de sobreacumulación no es inminente. Hacia territorios “periféricos” dentro de cada Estado y hacia las periferias del Sistema, allá donde existan más posibilidades de rentabilizar inversiones, en un movimiento hacia las localizaciones con mejores condiciones para la rentabilidad de la inversión (cercanía de materias primas, exacciones o ventajas fiscales, una fuerza de trabajo con menor poder social de negociación y más barata, etc.).

Aquel capital se exporta bien en forma de inversión directa (repatriándose casi todas las ganancias), bien en forma de préstamos que aseguran el cobro de intereses a futuro (así como de intereses sobre intereses, etc.)¹⁰.

2. El *desplazamiento temporal* del capital excedente consiste en que los flujos de capital se alejen del terreno de la producción y el consumo inmediatos (circuito primario de la economía), para invertir en infraestructura productiva a ser rentabilizada en un futuro más o menos lejano (circuito secundario de la economía: instalaciones, capacidad de generación de nueva energía, nuevas vías para el traslado de mercancías y fuerza de trabajo, etc.), o bien en gasto social que favorezca la investigación y el desarrollo y, en general, la cualificación de la fuerza de trabajo en el porvenir (circuito terciario de la economía)¹¹. Sin embargo, en la actualidad ese desplazamiento temporal está siendo integrado en un tipo de

⁹ Estos desplazamientos acompañan al desplazamiento técnico-organizativo (hacia nuevas líneas de producción, uso de nuevas tecnologías, etc.) y al desplazamiento entre ramas o incluso sectores de actividad, que están permanentemente presentes en las dinámicas de acumulación y competencia capitalistas. En conjunto he tratado los procesos emprendidos para atajar las crisis de valorización y realización del capital en Piqueras (2014b), por lo que me centraré aquí en los desplazamientos descritos, en la línea de algunos autores y corrientes de análisis actuales que iré citando en el texto.

¹⁰ La llamada “cooperación para el desarrollo” fue vía privilegiada para coadyuvar a ambos procesos.

¹¹ La inmediatez y cortoplacismo del “interés” de los diferentes capitalistas, nunca les permitió terminar de apostar abiertamente por este desplazamiento temporal de la ganancia, por lo que tuvieron que recibir el “empujón” de la *lucha de clases* que posibilitó que el Estado (como “capital colectivo”) asumiera esas tareas con muy diferente entusiasmo en unas y otras sociedades. Naredo (2006) ha trabajado bien la dinámica y consecuencias de estos desplazamientos.

desplazamiento espacio-temporal, en el que la inversión se dirige a ámbitos del circuito secundario que no representan una fuente de inversión productiva a futuro, sino especulativa, como verbigracia, los mercados del suelo, vivienda e hipotecario.

3. El *desplazamiento financiero* implica una especie de trasmutación de los medios de acumulación de capital, por la que el proceso de valorización mediante la producción de valores de cambio y la consiguiente reproducción ampliada del capital (D-M-D')¹², es subordinada a la vía monetaria de realización de la ganancia (D-D'), desatando el movimiento más ficticio e irreal de la acumulación capitalista, el espejismo de que el dinero “produce” dinero por sí mismo, sin la mediación del trabajo. El capital financiero especula al alza con la realización de beneficios futuros (hipotecando el presente a costa del futuro).

Esta será no sólo una forma de “huir” de los conflictos laborales y de buscar mantener la ilusión de la acumulación cuando cede la masa de ganancia, sino que, cuando se extiende e intensifica, se erige también, como veremos, en una forma de *biopoder*, capaz de regular el conjunto de la vida social.

La financiarización apuntala y refuerza, además, los otros desplazamientos, como explicaré enseguida.

Pero primero me detendré en la imbricación de la financiarización con las nuevas formas de acumulación y en su explicación en cuanto que propia vía de valorización, de gestión de la fuerza de trabajo y de *gobernanza* social.

2. 1. Redefinición de las formas de financiación

Los mercados financieros fordistas facilitaban la actividad del intercambio final, es decir la realización del mecanismo de acumulación capitalista sin interferir demasiado ni en la fase inicial de financiación (que dependía en gran medida de la Banca), ni en las decisiones sobre producción ni en la esfera de la distribución funcional de la renta.

Esto era posible porque la actividad productiva era financiada por el sector crediticio-bancario, porque la producción material era el motor de la acumulación a través de la explotación del trabajo asalariado y porque la definición y recomposición de las políticas económicas se realizaba de manera bastante autónoma, en el espacio nacional-estatal.

La pérdida de importancia de estos tres factores fue liberando a los mercados financieros de su subalternidad en el proceso de acumulación fordista-tylorista. Así, la reducción de la autonomía nacional-estatal y de las políticas de regulación del sistema de cambios; el paso de tecnologías mecánicas que incorporaban altos ratios de capital fijo a tecnologías “inmateriales” del conocimiento; y la desmaterialización de la moneda (desvinculación de la moneda respecto de cualquier tipo de mercancía), así como su definitivo desenganche del oro, proporcionaron las condiciones objetivas de arranque del proceso de financiarización, que fue ayudado por factores indirectos o exógenos,

¹² D=dinero y M=mercancía.

como la crisis económico-política del modelo de desarrollo fordista-keynesiano y el consiguiente derrumbe del sistema de Bretton-Woods, seguido del giro monetarista de la principal economía del planeta.

Otros factores endógenos terminaron de coadyuvar al proceso: la informatización de los intercambios bursátiles (que permitió multiplicar las transacciones en tiempo real), los fondos de pensiones y la aparición de los productos derivados (que no tienen valor en sí, sino un “valor” convenido a través de expectativas de futuro de otros productos financieros preexistentes). Se liquidaba de ese modo el monopolio crediticio de la Banca (sobre estos procesos, Fumagalli, 2010).

Paulatinamente, también, cada vez más Estados, como los de la UE, dejan de financiarse a través de sus Bancos Centrales, para hacerlo en mayor proporción mediante los mercados financieros, desviando así la especulación habida sobre las monedas para canalizarla hacia las deudas públicas¹³.

En adelante, en general, la acumulación capitalista va a depender cada vez más de los mercados financieros y menos de las políticas públicas estatales y la gestión de la deuda pública. De hecho, la relación entre mercados financieros y política monetaria se ha invertido en este periodo. Lo que en el keynesianismo era controlado, las finanzas (como mera asignación del ahorro, subalterna al mercado crediticio), se ha convertido en el controlador, ya que las plusvalías financieras son ahora la base de la asignación y suministro de las inversiones. La política monetaria ha pasado a ser “un soporte subalterno de la lógica financiera global” (Fumagalli 2010: 81). Y ésta ha presentado hasta la crisis de 2007-2008 una fuerte simbiosis con las nuevas tecnologías inmateriales, logísticas, de dirección y comunicación.

Entonces, una vez conseguida la dependencia de los principales agentes económicos (Estados, Banca, empresas) frente a los mercados financieros, se trataba de alzar formidablemente las tasas de interés real (esto es, muy por encima de la inflación), manteniéndolas lo más elevadas posible en el tiempo. Se generaban de esta forma endeudamientos acumulativos de los Estados (deuda pública) o países (deuda externa) a partir de acumulación de deudas preexistentes (origen de la “crisis de la deuda” de las formaciones periféricas de los años 80). El capital transnacional construía así un dispositivo de polarización extrema entre deudores y acreedores, que iba acompañado de la imposición de nuevos criterios de gestión, con la liberación de enormes flujos de dividendos, mientras que se abrían nuevos canales de remuneración de las oligarquías a cargo de la gestión del nuevo modelo de crecimiento (con cada vez más difuminadas fronteras entre gestión y propiedad, entre ingreso, retribución, beneficio o plusvalía; todo lo cual abría además el camino a unas y otras formas de institucionalizar la corrupción). Para guarecer esas enormes ganancias se creaban por doquier “paraísos fiscales”, al tiempo que la fiscalidad sobre los ingresos más altos era sustancialmente reducida (para el desarrollo de estos puntos, Duménil y Lévi, 2006).

¹³ La creación de los Bancos Centrales estuvo presidida por el interés de enfrentar las crisis financieras y de impagos, tanto de la Banca privada como del Estado. El Estado garantizaba la capitalización del Banco Central, el cual, en contrapartida, hacía las veces de prestamista de última instancia tanto del propio Estado como de los Bancos privados. Eso se rompió en la creación de la UE, pues en adelante el Banco Central Europeo no iba a prestar a los Estados, sino a los Bancos privados, a un interés muy bajo, que es multiplicado en ocasiones hasta por 12 veces cuando esos Bancos después prestan a los Estados. Éstos además tienen que sacar títulos de deuda a la Bolsa, para financiarse, exponiéndose a los mercados financieros como un agente particular más.

Pero dado que con los intentos de solución de los problemas en el ámbito de la valorización (debido a la sobreacumulación), se agravaban en cambio los mismos en la esfera de la realización (por depresión de la demanda paralela a la creciente desigualdad social y la concentración de la riqueza)¹⁴, con el proceso de financiarización de la economía se buscaba una salida diferente: que las dinámicas de valorización y realización del capital tendieran a converger, dándose el empotramiento de los tres principales momentos del proceso económico capitalista: financiación – producción – realización. Se perseguía en adelante la resolución de los tres a la vez y con la mayor inmediatez posible.

Sin embargo, todo este entramado se ha evidenciado altamente inestable por numerosas razones. La principal es que está sustentado en una gran bola de capital ficticio¹⁵, más y

¹⁴ En su informe sobre la participación de los salarios en el producto nacional, la OIT informaba en 2012 que en 16 economías de capitalismo avanzado la participación salarial media decayó del 75% del producto nacional en mitad de los años 70, al 65% en los años justo anteriores a la crisis de los años 2000, volviendo a decaer a partir de 2009. En otras 16 economías “en desarrollo” o “emergentes” estudiadas, el informe señala que esa participación media de los salarios cayó del 62% del PIB en los primeros años 90, al 58% justo antes de la actual crisis (OIT, 2012). Oxfam publica el 20 de enero de 2014 un informe que desglosa cómo ha crecido el porcentaje de participación en la renta del 1% más rico de la población en 24 de los 26 países que tienen registrados estos datos (The World Top Incomes Database). A escala global señala que el 10% más rico del planeta posee el 86% de los recursos, mientras que el 1% acapara cada vez más cerca de la mitad de la riqueza mundial (Oxfam, 2014).

El Instituto Mundial para la Investigación del Desarrollo Económico de la Universidad de la ONU (UNU-WIDER), en su informe de 2008, mide la riqueza como el *valor neto* que los individuos tienen. El valor neto es el resultado del total del valor de activos físicos y financieros con el que aquéllos cuentan, menos los pasivos (digamos, lo que deben por créditos, préstamos, hipotecas, etc.). Esto se traduce en la propiedad de capital que tiene cada quien. Pues bien, según el UNU-WIDER, en el año 2000 el 1% de la población adulta del mundo poseía el 40% de los activos globales y el 10% tenía el 85% de éstos, mientras que la mitad de la población adulta mundial sólo contaba con el 1% del total de los activos. Más datos. El índice de Gini global, que mide la desigualdad (1 es la desigualdad total, 0 es la igualdad total) daba un resultado de 0.89; lo que significa que de cada 10 personas 1 se queda casi con el 99% de la riqueza, y las otras 9 con el 1%. Más allá de consideraciones éticas, esta escala de desigualdad hace inviable al propio Sistema.

Veamos más. Hay un reciente trabajo fundado en 15 años de investigaciones por un equipo internacional sobre 3 siglos de desigualdades en 20 países (Piketti, 2013). Más allá de su error en identificar los elementos explicativos profundos de los procesos que describe y, en consecuencia, las inviables recetas pseudo-socialdemócratas que prescribe como soluciones, es interesante aprovechar de esta investigación la constatación documentada de la tendencia a la desigualdad de las formaciones sociales capitalistas [que el autor ve expresado por el crecimiento permanentemente mayor de las tasas de rendimiento del capital (en forma de beneficios, dividendos, intereses, alquileres y otros ingresos anuales) frente a la tasa de crecimiento nacional (incremento anual del ingreso y de la producción)]. Así, la desigualdad de los rendimientos del capital en función del nivel inicial de fortuna ha ido creciendo exponencialmente. Por ejemplo, si el milil superior de población se ha beneficiado de un crecimiento de su patrimonio de 6% por año, mientras que la progresión del patrimonio medio mundial no ha crecido sino en un 2% anual, esto implica que en 30 años la participación de esa milésima de población más rica sobre el total del capital del planeta se habrá más que triplicado, detentando más del 60% del patrimonio mundial. Lo cual es difícil de imaginar no sólo sin violentas reacciones políticas, sino incluso que ese proceso se realice compatiblemente con las instituciones políticas actuales de las formaciones centrales.

¹⁵ El capital a interés produce una ilusión social de doble sentido, cual es que toda suma de dinero genera una remuneración y toda remuneración en interés está sustentada en un capital real (por eso al capital a interés se le llama *capital ilusorio*). Sin embargo el verdadero problema proviene cuando éste se transforma en *ficticio*, a través de la titularización de los derechos de remuneración por interés. Es decir, cuando comienza a comercializarse un capital que es deuda y que en realidad no existe (esta es la base de su *ficción*, que después las finanzas complejizarán sobremanera). Sobre la definición y explicación pormenorizada del concepto de *capital ficticio*, sus expresiones y su enorme sobredimensión actual, puede consultarse Carcanholo y Nakatani (2000), Marques y Nakatani (2009) y Carcanholo (2009 y

más distanciado de la “riqueza real” contabilizada en los propios términos capitalistas. Como consecuencia de ello, incorpora otra gran debilidad, que es depender de *convenciones*. Éstas no son sino mecanismos de generación de expectativas tendentes a homologar comportamientos basados en la racionalidad mimética, dependiente a su vez de la propaganda, del lenguaje público-institucional y la consiguiente “industria de la creación de pensamiento y opinión” que le es aneja, entre otros factores análogos. Las convenciones, sin embargo, paradójicamente, no pueden escapar de la variabilidad y ciertas dosis de imprevisibilidad de los comportamientos sociales (la *emergencia* e *incertidumbre* de la teoría de la complejidad se hacen en el capitalismo financiarizado más evidentes).

A continuación vamos a ver más de cerca la vinculación entre financiarización y los otros tipos de desplazamiento que han presidido hasta ahora la fase neoliberal de “huída” de la crisis.

2.2. Financiarización económica y circuitos secundario y terciario de acumulación

La derivación de la inversión capitalista hacia el circuito secundario de acumulación, ha hecho que éste se haya convertido en un potente atractor de una parte importante de los flujos financieros globales en busca de rentabilidad. Ello ha requerido también de una enorme intervención política en todas las escalas de gobierno, desde las supraestatales a las administraciones locales (lo que habla de la sustancial modificación de las modalidades de intervención pública que ha tenido lugar con el neoliberalismo financiarizado, antes que de la extinción de las mismas). La intervención del Estado ha venido siendo dirigida crecientemente a “la regulación y estímulo de ámbitos antes considerados periféricos, como pueden ser los mercados del suelo, vivienda e hipotecario, así como la gestión de dinámicas territoriales y ambientales que ahora tienen una dimensión crucial en la reproducción del capital” (López y Rodríguez, 2010: 216). Se trata de convertir los bienes y servicios (como pensiones y viviendas, por ejemplo), así como el capital instalado y, en suma, el conjunto del territorio, en bienes de inversión, identificados como “activos” que presumiblemente están sujetos a una valorización permanente o, dicho en otras palabras, a la quimérica suposición de que siempre en el futuro valdrán más.

Estas formas de acumulación llevan consigo, por un lado, una dinámica de *espacio construido*, es decir, de edificación de inmuebles de todo tipo, edificios, autovías, vías

2011).

El Bank for International Settlements en su Quarterly Review de junio de 2011, reportaba haber recibido datos bancarios hasta diciembre de 2010 por un total de 601 billones de dólares en derivados emitidos, lo que suponía más de 10 veces el PIB mundial. Otras fuentes estiman, sin embargo, ese monto de capital ficticio en torno a 30 veces la riqueza mundial “real”. En cualquier caso, en 2012 el Banco de Basilea confirmaba que el monto total de derivados financieros superaba los 720 billones de dólares, lo que suponía un crecimiento de un 20% en poco más de un año (Dierckxsens y Jarquín, 2012:40).

Recordemos, a tenor de la enorme masa de *capital ficticio* creada, la advertencia de Arrighi (1999) de que cada vez que sucede la prevalencia del capital financiero sobre el productivo y el mercantil en el reparto de la plusvalía quiere decir que un determinado modelo de crecimiento y la potencia que se ha hecho hegemónica en el mismo, entran en su fase decadente. Estamos en estos momentos sumidos en la segunda fase universal de financiarización del sistema capitalista, tras la que surgió con la Primera Gran Crisis sistémica.

férreas de alta velocidad, etc., que hacen que el nuevo modelo de crecimiento capitalista, que se presumía y predicaba “inmaterial”, sea en realidad altamente energívoro y destructor ambiental.

Por otra parte, se priorizan formas de crecimiento económico que no dependen del aumento de la capacidad productiva de la hora de trabajo. Un crecimiento sin acumulación que tiene, entre otras, una consecuencia especialmente importante para la gestión de la fuerza de trabajo, y es que el salario muestra una creciente arbitrariedad en su composición, se desconecta más y más de la medida de trabajo realizado, estando cada vez menos relacionado con cantidades concretas de tiempo relativas a unidades discretas de producción, para pasar a vincularse a la posición respecto de la jerarquía empresarial o a la relación que se tiene con ella, a la promoción personal (que entraña la competencia horizontal entre otros posibles ocupantes de esa posición); en detrimento, pues, de cualquier opción identitaria laboral colectiva. Ni que decir tiene que el salario aumenta también, así, su poder disciplinador, y trasluce cada vez más lo que siempre se supuso que debía ser pero que nunca terminó de realizar debido a las resistencias del Trabajo: una medida arbitraria, un simple dispositivo de movilización y sujeción de la fuerza de trabajo (sobre esto último, Piqueras, 2011b; para el conjunto de lo expresado en estos puntos hay una excelente síntesis en López y Rodríguez, 2010).

El ataque frontal al pilar keynesiano de indexación de los salarios a la productividad puede realizarse así de forma más eficaz e impune.

Tal desvinculación del salario respecto de la productividad y la débil capacidad contractual del capitalismo financiarizado conducen a una creciente *individualización del salario*¹⁶. De la lucha por el salario como variable independiente, propia de la radicalización de la protesta del Trabajo en la fase final keynesiana, pasamos así a la dilución en aumento de la contraparte obrera en el conflicto Capital/Trabajo.

Las rentas financieras como consecuencia de la revalorización creciente de los bienes de inversión (o “activos”) hacia los que se canalizó el ahorro, fueron hasta la manifestación de la crisis en 2007, sustituto, para variadas capas de la población asalariada, de la aseguración colectiva. La *seguridad social*, que fue objetivo y resultado de las luchas seculares del Trabajo y que conformó el núcleo duro de la *mutación reformista* que permitió la sobrevivencia de la acumulación capitalista durante buena parte del siglo XX, iba siendo así sustituida por mecanismos de seguro individual (lo que se llamó “keynesianismo del precio de activos”). Todo ello iría indisociablemente unido a la entelequia del *individualismo propietario* como *convención financiera* dominante¹⁷.

¹⁶ Durante el periodo keynesiano el salario indexado a la productividad podía ser mensurable y comprobable institucionalmente y pactada por tanto su vinculación de forma colectiva en el ámbito social.

¹⁷ Esta *convención* estaba basada a su vez en dos abstracciones ideológicas: el mercado como lugar de decisión neutral y objetiva, y el individuo como agente económico que toma sus decisiones aisladamente, de forma racional y en pos de la maximización de su beneficio, y que tiene la oportunidad de enriquecerse si se lo merece.

Efectivamente, en los mercados financieros, según se predica, todo el mundo concurre libremente, y son sólo sus habilidades y aciertos los que determinan su éxito (pues se reputan de ser los mercados “más libres”). Han sido por tanto la máxima expresión hasta hoy de la conjunción de esas dos abstracciones, que han sostenido la entelequia de la sociedad de propietarios. Pero han conseguido también altas dosis de autocontrol y el proceso de adhesión de amplias capas de la fuerza de trabajo a la individualización de las relaciones laborales y de la seguridad (López y Rodríguez, 2010).

De la mano de estos procesos ha tenido lugar una profunda modificación de los modos de pertenencia y acceso a los derechos respecto de los de la sociedad industrial clásica, en la que el trabajo era el principal medio de afiliación social y en la que existía un consenso respecto al reconocimiento de la valía de la actividad laboral (e incluso en alguna medida, de su dignidad), que se constituía en la principal fuente de riqueza social y de posibilidades de vida de la absoluta mayor parte de la población¹⁸.

El Estado Social se constituyó en torno a la protección de esa relación laboral y de la procura de la integración disciplinada de la fuerza de trabajo implicada en ella. Por contra, la creciente expulsión de fuerza de trabajo de los procesos productivos, la financiarización de las economías familiares, los ataques desde diferentes fuentes al salario y la dilución de la propia relación salarial consiguieron quebrar buena parte del entramado de la sociedad del trabajo.

Para diversos sectores de la población asalariada la prestación laboral fue sustituida de alguna manera por la propiedad en “activos” como fuente de renta. Por eso mismo creció la importancia del trabajo-empleo en cuanto que medio destinado a la compra de activos, consiguiéndose de esta guisa un ingente trasvase de los salarios a todo tipo de instituciones y artilugios financieros.

Los resultados de los procesos descritos se muestran bastante concluyentes. A medida que la desigualdad del ingreso se acentúa, el sector más rico de la población (la clase capitalista financiera sobre todo) le presta a la clase trabajadora, cuyo apalancamiento aumenta en función de la disminución de su salario real. Las rentas financieras de aquellos primeros, por su parte, ascienden exponencialmente, dentro de una dinámica que podríamos llamar de *apalancamiento de la desigualdad*.

Esto es reflejo del cambio en las formas predominantes de obtención del beneficio financiero: de formas intensivas basadas en altos tipos de interés, se ha pasado a formas más extensivas sustentadas en una penetración creciente de las dinámicas financieras en el tejido social (Midnight Collectives, 2009) y en operaciones financieras basadas en el apalancamiento masivo.

La financiarización puede verse también, por tanto, como un conjunto de reglas sociales tendentes a homogeneizar los comportamientos de los individuos, como una forma de *biopoder* que facilita la subsunción de la circulación y reproducción social dentro del proceso de valorización (Lucarelli, 2009), la colonización interna de la fuerza de trabajo. Por ello, hay que verla también no sólo como una manera de diluir la conflictividad inherente al salario y, en conjunto, como ya se dijo, de “huir” de las relaciones laborales, sino, mucho más aún, de buscar la complicidad del Trabajo.

Todo ese entramado se vería resentido, no obstante, al romperse la conexión virtuosa entre salarios y rentas financieras, con la erupción de la crisis en este nuevo siglo.

¹⁸ El régimen de acumulación fordista-tylorista se sustentaba en la ética del trabajo asalariado y en la doble ligazón desarrollo-crecimiento y bienestar-ocupación, así como en la democracia en la esfera del consumo-circulación de las mercancías. Sin embargo, el proceso de acumulación (esfera de la producción de las mercancías –sobre todo de carácter material-) se basaba en mecanismos disciplinarios directos destinados a la *subsunción real* del Trabajo (Fumagalli, 2010).

Lo que no se ha cerrado todavía con el modelo de crecimiento neoliberal-financiero es la relación de privilegio entre la propiedad capitalista y las fracciones superiores del salariado (managers, altos técnicos o directivos más los cuadros burocráticos y/o altos responsables de la Administración pública) (Duménil y Lévi, 2006)¹⁹. Lo cual ha llevado a no pocos autores a hacer hipótesis con la posibilidad de que se esté gestando una nueva clase dominante salida del propio salariado (por ejemplo, Boltanski y Chiapello, 2002). Sin embargo, mirado desde otra perspectiva, bien puede ser también la forma en que la burguesía se asalariza a sí misma para incardinarse más o menos legítimamente en un nuevo modelo de crecimiento que, eso sí, continuaría en gran parte basado en la apropiación de la riqueza colectiva (Zizek, 2013)²⁰. De hecho, la salida a luz de las vinculaciones retributivas “anómalas” entre la burguesía auto-asalarizada, altas esferas del salariado y la deriva financiera de la economía (con la que, recordemos, se había prácticamente instituido la corrupción), puede querer indicar cuanto menos un cambio de ciclo en el modelo de crecimiento, en el que la clase dominante va a reestructurarse y a expulsar a ciertos sectores “manageriales” de su seno.

Así que en definitiva, mientras la crisis se cronifica y se erige en forma de regulación social, como “ajuste disciplinario de los cuerpos a la producción del valor (mercantil) y del sentido (simbólico)” del orden ideológico de un capitalismo en mutación, el neoliberalismo-financiero

“ha sido precisamente una nueva gubernamentalización de los más genuinos principios de la razón capitalista que incrusta la existencia y los proyectos biográficos de las personas en las normas básicas de la valorización de capitales privados” (Alonso y Fernández, 2014:81)

Podríamos, entonces, decirlo de otra forma, el neoliberalismo es la contraparte política del capital monopólico financiarizado global, una necesaria excrecencia de éste.

2.3. Financiarización, exportación de capital excedente y “economías emergentes”

Hemos visto que lo que está en curso en la actualidad, en las formaciones centrales, es la construcción de un proceso de valorización que modifica los elementos que han constituido hasta ahora no sólo la generación de riqueza social, sino la propia base de la acumulación capitalista. Queda ésta cada vez más supeditada a la dinámica de *convención* financiera sujeta a la revalorización de activos que, sin embargo y a pesar de las apariencias, están ligados finalmente a la plusvalía producida.

Por eso el otro gran anclaje de la financiarización, *que es el que en realidad sustenta todo el castillo de naipes especulativo*, es la exportación de capitales hacia las

¹⁹ Salarios y rentas de capital parecen confundirse, distorsionando la evolución de la masa salarial y en buena medida del salario. Las plusvalías financieras, por su parte, son transmitidas en gran medida a sus gestores, managers y altos ejecutivos por vía salarial (los *working rich*).

Las formaciones sociales que se especializaron en esta vía lograron escapar momentáneamente a las caídas de la tasa de ganancia propias de las economías industriales maduras. Se creían libres de sus crisis. Hasta que una de las Grandes les estalló encima.

“economías emergentes”, altamente intensivas en trabajo y en recursos. Esas economías son en la actualidad el principal sustentador del proceso de valor en la *economía real*. Son también, por tanto, el verdadero sostén de las expectativas sobre la obtención del valor futuro y la acumulación que se va asegurando produciendo (y nunca mejor dicho, “produciendo” merced a la producción). Los mercados financieros pueden permitirse el lujo de hacer crecer disparatadamente esas expectativas, pero no tendrían base para hacerlo sin la dinámica de acumulación de esas hasta ahora “periferias” del sistema capitalista mundial.

Las políticas monetarias laxas neoliberales (combinación de alta emisión de moneda, “flexibilización cuantitativa” más bajos o muy bajos tipos de interés y competencia por la devaluación monetaria), contribuyeron al exceso de liquidez y capital excedente de las economías centrales durante los años 90 del siglo pasado y comienzo de los 2000. Promovieron igualmente, en consecuencia, la afluencia de capital hacia los mercados emergentes, multiplicando los inversores internacionales (fondos de pensiones, gestores de inversión, Bancos centrales y fondos soberanos) que incrementaban sus asignaciones en aquellos mercados (ostentando de paso más y más propiedad de la deuda pública de los mismos). De esta manera también el ahorro de más amplios sectores de la fuerza de trabajo de las formaciones centrales fue yendo a parar a las economías dichas “emergentes”.

La propia financiarización (y por supuesto el declive de la acumulación en los centros que está directamente conectado a ella), está en la base de la “emergencia” de esas formaciones sociales. La exportación de capitales a ellas se nutre de las expectativas de valorización de los activos emergentes en los mercados financieros, acentuando la fuga de capitales allí.

Crecieron rápidamente, así, los préstamos y la inversión especulativa en esas economías. Con unos y otra, también lo hicieron los precios de los activos, especialmente el de los bienes raíces. Las grandes afluencias de capital foráneo habían abaratado allí el crédito, pero asimismo los rendimientos de la deuda soberana (el bono brasileño, por ejemplo, cayó en 10 años, de 2002 a 2012, del 25% al 2,5% de rendimiento).

El dinero barato de las formaciones centrales ha incidido en la deformación económica de las periferias más solventes. Más que bienes y servicios, las formaciones centrales:

“...trataron de exportar las cargas del ajuste requerido por la crisis de 2008 hacia las economías emergentes. Como un hombre a punto de ahogarse que se agarra a otro que apenas sabe nadar, las políticas seguidas bien podrían traer consigo el hundimiento de unos y de otros, de las economías desarrolladas y de las economías emergentes.” (Das, 2013:1)

Así es, el crecimiento alimentado por la deuda en las economías centrales (especialmente EE.UU. y UE) durante los 90 y comienzo de los 2000, impulsó las “economías emergentes” gracias tanto a la mencionada externalización de la producción, como a la importante demanda para sus exportaciones que significaba el crecimiento de aquellas primeras.

Pero al frenarse esa onda expansiva por apalancamiento en las formaciones centrales, a partir de 2007-2008, estas exportaciones se vieron afectadas y las formaciones periféricas en alza recurrieron también al crédito, incluso de doble dígito, para impulsar la actividad económica.

Las salidas de capitales preocupados por la ralentización del crecimiento y por el calentamiento de las burbujas bursátiles, de bienes raíces y grandes infraestructuras en las “economías emergentes”, dejan al descubierto serios problemas en su sistema financiero, déficits por cuenta corriente y comerciales, caída de sus reservas de divisas, reducción de la cobertura para sus importaciones y empréstitos a corto plazo combinada con una todavía alta dependencia de financiación externa, fuerte apalancamiento de sus grandes empresas, así como deficiencias estructurales de sus mercados internos, con enormes desigualdades sociales y la consiguiente incapacidad de generar una demanda solvente generalizada [sobre estos puntos, Das (2013), y Bond y Khadija (2013)].

En todo ello China es una excepción sólo parcial. En 2003 los préstamos improductivos que este país había contraído sumaban unos 205.000 millones de dólares, al tiempo que la deuda total representaba el 176% del PIB. La fuga de capitales (52.000 millones de dólares entre 1997 y 1999) había crecido al ritmo de la propia desigualdad interna (entre 1988 y 1995 China experimentó el mayor crecimiento en la desigualdad de ingresos que hubiera registrado el Banco Mundial en cualquier país). China necesita crear veintidós o veintitrés millones de puestos urbanos cada año para dar empleo a las nuevas generaciones. Además, al comenzar el siglo XXI el per cápita de tierras chino era menos de un tercio del promedio mundial (sólo en 2003 perdió 2,54 millones de hectáreas de tierras cultivables) y el de bosques (0,11 hectáreas por habitante) uno de los menores del mundo, mientras que la desertificación avanzaba a unas 10.000 hectáreas cuadradas al año y los desiertos cubrían el 28% del territorio; las fuentes de agua potable para 600 millones de personas estaban por debajo de los niveles de potabilidad aceptados, al tiempo que las emisiones de monóxido de carbono alcanzaban un nivel “pavoroso” (Chun, 2006).

A pesar de todo ello, China es la formación social con mayores condiciones (quizás la única) de emprender una vía real de salida de la periferización. De hecho, la “emergencia” de los restantes países se debe en gran medida a que son proveedores de la enorme demanda china de recursos. China es también el único Estado con proyecto geoestratégico propio, con la reciente y cada vez más posible excepción de Rusia, que conserva su poder militar y cuenta con la vastedad de su territorio y fuentes energéticas, y que tras el fallido intento de aproximación a Europa, está buscando un nuevo rumbo como potencia (a pesar del permanente acoso político-militar a que es sometida en sus diversas zonas de influencia directa por EE.UU.).

Además de su planeación estratégica a largo plazo, China ha mostrado a través de su especial combinación de regulación estatal y mercado, ser bastante menos vulnerable a las crisis cíclicas. Es la única formación socio-estatal que ha realizado una ingente acumulación exclusivamente a escala interna, esto es, sin recurrir históricamente ni al colonialismo ni al imperialismo, basada fundamentalmente en sus recursos naturales, sociales y humanos, promovidos de manera eficaz a través de un proyecto socialista que aglutinó las energías populares tras él. Si bien, en la actualidad este país podría estar atravesando su fase neocolonial (aprovechamiento de recursos ajenos y dominación a través de redes comerciales y financieras). Aun así lo haría justo cuando el conjunto de formaciones centrales está dejando atrás ese periodo en pro de una renovada intervención imperial (o globoimperialismo).

En diciembre de 2013 las reservas internacionales chinas eran las mayores del mundo, con una equivalencia a 3,66 billones de dólares (sólo un tercio de dichas reservas eran bonos del Tesoro). China es a día de hoy el mayor productor de oro del mundo, con 428

toneladas en el año 2013, y el país es a la vez el mayor importador mundial de ese metal (en 2013 obtuvo más de 3 mil toneladas de oro, más que las tenencias del FMI: 2.814 toneladas). China, además, lidera la producción global de buena parte de los metales raros (para los que ha establecido un régimen de severos impuestos e incluso prohibición a la exportación: quienes quieran acceso a estas materias escasas y estratégicas, deben instalarse en China y realizar allí una transferencia tecnológica). La importancia de este gigante “emergente” se ve en que en 2013 ya había más de 10.000 entidades financieras con operaciones en yuanes, frente a las apenas 900 en junio de 2011 (Dierckxsens, 2014).

En definitiva, hoy parece ampliamente reconocido que sin el dinamismo de China la crisis mundial hubiese sido mucho más grave (incluso más que la crisis de los años 30). No obstante, tengamos en cuenta que su crecimiento también entraña contradicciones para el capitalismo mundial. Así por ejemplo, la disminución de precios de los productos industriales y el aumento de los costos de producción, -por aumento de los precios de las materias primas- presionan a la baja la tasa de ganancias de las empresas a nivel mundial, situación que también tiene impacto en el origen y desarrollo de la crisis. Además, a través de la diversificación acelerada de su producción y de sus exportaciones, China está compitiendo en el mercado mundial, provocando quiebras de empresas en muchos mercados estatales y desplazamiento de la producción hacia su territorio. En este sentido, es posible que esté incluso generando un cambio histórico en los términos de intercambio: disminución de los precios mundiales de los productos industriales y aumento de los precios de las materias primas (Caputo y Galarce, 2014).

Por todo ello, aunque las formaciones centrales han aceptado el determinante papel de China en la contrarresta del actual régimen de inestabilidad mundial, eso no quiere decir necesariamente que entremos en una nueva fase de acumulación centrada en China. Para empezar porque este país depende del crecimiento (y del propio avance tecnológico) de los centros del Sistema Mundial (las corporaciones transnacionales daban cuenta de alrededor del 87% de las exportaciones chinas de alta tecnología a comienzos de 2006), sobre los que continúa bastante rezagada (y no olvidemos que nunca una economía tecnológicamente menos desarrollada ha sustituido como hegemón a otra más desarrollada en ese sentido). Además, una acumulación china basada en su propio mercado doméstico requeriría de drásticos cambios en su estructura productiva, lo que entraría en contradicción no sólo con sus actuales tasas de crecimiento sino probablemente con el propio crecimiento mundial, pues una profunda transformación sociopolítica para construir una demanda doméstica compensatoria del decline de las economías centrales, arrojaría serias dudas sobre si permitiría crecer al país lo suficiente para estimular una recuperación mundial dentro de los parámetros del capitalismo, es decir, sustituyendo a EE.UU. como el gran comprador del mundo e invirtiendo el actual partenariado chino-norteamericano (lo que quiere decir que China se tendría que hacer, entonces, necesariamente, el principal deudor del mundo, con el lastre que ello le acarrearía). Pronto alimentaría, además, la tendencia a reproducir aceleradamente el proceso de sobreacumulación. De hecho, quizás el problema económico más grave que enfrenta este gigante hoy mismo sea su altísima tasa de inversión (que pasó del 43,8% del PIB en 2007 al 48,3% en 2011), en un contexto de desaceleración económica mundial (el ‘stock’ de capital fijo en este país se incrementó al vertiginoso ritmo del 11,8% por año entre 1995 y 2001, mientras que la tasa de crecimiento de empleo bajó

de 2,4 a 1,2% en el mismo periodo). Lo que conlleva un enorme peligro de sobreacumulación de capitales y sobreproducción de mercancías²¹.

Podrían señalarse como resumen, entre los más serios desafíos de China, que está sobrepresentada en la inversión y las exportaciones, con crecientes signos de una gran burbuja financiera-estatal, muestra una alta capacidad ociosa, débil consumo, precios al alza de las materias primas así como de los alimentos y masiva destrucción ambiental. A ello hay que añadir la enorme proliferación de las luchas de clase en torno del salario y de las condiciones laborales, de la privatización de empresas y tierras, del deterioro de las coberturas del Estado y, en general, de la involución de las conquistas históricas de la época maoísta. Lo que arroja un impasse de aún mayor incertidumbre a la dinámica de integración china en el capitalismo global, por lo que toca al futuro inmediato.

Esto por no mencionar la deriva energética implicada en todo el proceso de liderazgo económico mundial por parte de China. Los límites ecológicos y de recursos, así como la propia sobreexplotación de las tierras más fértiles, dejan asimismo demasiadas incógnitas sobre las posibilidades de crecimiento chino y su capacidad de asumir aquel liderazgo por largo plazo.

China y el conjunto de los BRICS pueden haber modificado hoy, en cualquier caso, la proporción de concentración de capital a escala mundial, pero no han podido afectar todavía de manera decisiva la centralización del mismo²².

²¹ Por ahora el fuerte incremento de las importaciones ha contrarrestado en parte este proceso (al menos en la producción de mercancías para el consumo, que sin embargo subsiste en la producción de bienes industriales) y ha transformado la sobreproducción de materias primas y energéticas en sub-producción con incrementos significativos de precios.

Sin embargo, la sobreinversión y el deterioro de la participación del consumo en el PIB son graves problemas por resolver (ver datos al respecto, así como para una visión documentadamente pesimista sobre las posibilidades de China como nuevo hegemón, en Bellamy Foster y McChesney, 2012, especialmente capítulo 6).

²² Así por ejemplo, si la mayor parte de los activos chinos en el extranjero son títulos públicos de bajo rendimiento, lo opuesto ocurre con los activos extranjeros en China. En 2008, las corporaciones estadounidenses obtuvieron un rendimiento del 33% sobre sus inversiones en China, mientras que el rendimiento de otras transnacionales fue del 22%. Por el contrario, el rendimiento de los valores del gobierno estadounidense, que componen el grueso de los activos externos de China, fue casi nulo.

Un segundo motivo que agrava la situación es la probable tendencia estructural a la depreciación del dólar, con lo que la posición neta de inversión internacional de China (la diferencia entre sus activos y sus pasivos financieros externos) tiende a deteriorarse, y con ella su balance de renta por inversión. Esto revela un aspecto de extrema importancia. Aunque el resultado de la cuenta corriente global es de un amplio superávit, “este balance negativo de las rentas emerge como un indicador de quién se está apropiando de manera privilegiada de la plusvalía que genera y realiza la producción de mercancías en China. El peso del capital extranjero en los sectores dinámicos de China es abrumador (a comienzos de este siglo más de 300.000 compañías extranjeras operaban en el país, con una capacidad que representaba al menos el 40% del volumen comercial chino). China actúa como un espacio de valorización privilegiado para el capital de las grandes corporaciones de las potencias centrales, las cuales están ubicadas ‘en la cúspide de las cadenas de valor’ y maximizan la apropiación del valor generado tanto en China como en el resto de economías emergentes” (Mercatante, 2013: s/n).

Eso quiere decir que persiste la dificultad de este gigante para transformar en renta de activos positivos todo el superávit amasado durante décadas en el comercio exterior. Hay una gran cantidad de trabajos e investigaciones en curso sobre China y especialmente sobre el derrotero que seguirá esta formación social. Para acercarse a las dificultades que enfrenta, ver por ejemplo, Chun (2006), Ríos

En consecuencia, con la incertidumbre que se cierne sobre las más destacadas economías periféricas, y las numerosas dudas para que se erijan en posibles nuevos centros de la acumulación mundial capitalista, se cierra el círculo tautológico de valorizaciones y revalorizaciones que dependen de convenciones. En este caso, la convención-fe en la capacidad ininterrumpida de crecimiento y producción de las periferias “emergentes”.

Lo cual suscita no pocos interrogantes, a su vez, sobre las posibilidades de continuidad del modelo monopólico-financiarizado de crecimiento. Su viabilidad no ya en el medio sino tan siquiera en el corto plazo, viene obstaculizada por el desacompasamiento creciente entre el valor real generado y la revalorización ficticia del mismo vía los mecanismos de financiarización económica (es decir, la contradicción entre la nueva vía de acumulación capitalista y la riqueza real que el capitalismo es hoy capaz de generar, lo que ha ido de la mano de una enorme acaparación de esa riqueza por unas estrictas minorías a costa del empobrecimiento general de las sociedades, con los consiguientes problemas de disfunción en la esfera de la realización de la ganancia).

Pero entonces, ¿está emprendiendo el modo de producción capitalista un nuevo modelo de crecimiento a partir de una hipotética inmaterialización de la economía en curso, o lo que se ha llamado “capitalismo cognitivo”? ¿Es éste el embrión del capitalismo futuro, que se incuba en la matriz del neoliberalismo financiero?

2.4. Financiarización y “capitalismo cognitivo”

La reciente e intensa teorización sobre el “capitalismo cognitivo” (que va más allá de la que tenía como referencia la “sociedad informacional”) alude a que en el núcleo duro de las formaciones centrales crece en el conjunto de la economía la parte correspondiente a lo que se ha llamado *capital inmaterial* (I+D+i, software, educación, aprendizaje, redes, relaciones, salud... especiales “mercancías” que no se gastan con su uso, sino que se multiplican). A diferencia del *capital material* o capital fijo tradicional, que se integra como maquinaria, el capital inmaterial se incorpora al Trabajo, con lo cual los seres humanos pasan a compartir la condición de fuerza de trabajo y a la vez de medios de producción (dicho de otra manera, bajo esta perspectiva el capital variable y el fijo tenderían a empotrarse). Esto quiere decir que, entre bastantes otras implicaciones, aumenta la importancia económica de la formación colectiva, de la condición intelectual del Trabajo (el *general intellect* o *intellect difuso* en la sociedad). Lo que a la vez se retroalimenta con la difusión del conocimiento. El intelecto humano social se hace más determinante para la productividad con el avance tecnológico (como ya anticipara Marx en los Grundrisse, 1972; lo que por otra parte nos advierte de que el capitalismo siempre fue “cognitivo” en proporción al desarrollo de las fuerzas productivas, como siempre fue “bio” en el sentido de su tendencia a la sujeción y apropiación de la vida de los sujetos). Así que hoy:

“El nuevo capital constante, a diferencia del sistema de máquinas (físicas) típicas de la época fordista, está constituido, junto a las tecnologías de la comunicación y de la información (TIC), por un conjunto de sistemas organizativos inmateriales que extraen plusvalor siguiendo a los trabajadores

(2007), Loong Yu (2009-2010), Jisi y Lieberthal (2012), Herrera (2014). La primera autora ofrece también una amplia reflexión sobre las potencialidades chinas, especialmente si recuperase la prioridad de la vía socialista.

en cada uno de los momentos de su vida, con la consecuencia que la jornada laboral, el tiempo de trabajo vivo, se alarga e intensifica. El aumento de la cantidad de trabajo vivo (...) refleja la transferencia de los medios de producción estratégica (el conocimiento, los saberes, la cooperación) hacia el cuerpo vivo de la fuerza de trabajo.” (Marazzi, 2011: 44).

El que se ha dado en llamar “capitalismo cognitivo” refleja también la tendencia del capital a desplazar la acumulación fuera de la producción (donde tiene atascado su normal funcionamiento), hacia la esfera de la circulación-reproducción, para intentar apropiarse de todo el conjunto de actividades humanas que hasta ese momento quedaban fuera del *valor* capitalista o al menos sólo indirectamente afectadas por el mismo; esto es, tiende a adueñarse de todo el ciclo de la vida de los seres humanos y poner el “general intellect” a su servicio. De esta forma se complementarían los desplazamientos espaciales y espacio-temporales con el desplazamiento entre esferas dentro del “mundo de la vida” y el solapamiento entre “lo productivo” y “lo reproductivo”, que se daban como separados en el capitalismo industrial-fordista (lo cual, entre otras muchas implicaciones, no dejará de tener consecuencias en la división sexual del trabajo y en las relaciones de dominación de género). De ahí la importancia que puede albergar también para el capitalismo actual el desarrollo y reproducción colectivos de Bienes Comunes tanto materiales como inmateriales y la puesta en acción de la población (tanto más en los ámbitos que han sido propios de la actividad e intervención predominante de las mujeres) para dar consecución a todo ello.

Paradójicamente, a las poblaciones (entendidas ahora como *multitudes* por ciertos autores) se las ha intentado hacer ver como “inteligentes” (Rheingold, 2004) en función de su supuesta mayor utilización consciente, comunicativa y relacional de los propios avances tecnológicos, para dar lugar, más allá de la suma de sus componentes individuales, a procesos, redes y formas de accionar *emergentes*, e incluso a nuevas economías (como la llamada “peer2peer”, Bauwens, 2005) que multiplicarían continuamente la potencia social. No obstante, la cuestión crucial aquí es que esa potencia es, precisamente, objetivo del *biocapitalismo* actual (introdutor de la *ley del valor* en todos los ámbitos de la vida, físicos y biológicos, neurológicos, sentimentales, relacionales, mucho más allá de la clásica esfera de la producción). El “capitalismo cognitivo” vendría a ser su expresión más acabada hasta la fecha.

Es decir, que en términos del presente mercado laboral, “lo cognitivo” del capitalismo no sería sino una forma de “externalización” de los procesos de producción (de “crowdsourcing”) al conjunto de la Vida, lo que implica también la puesta en valor de las poblaciones(-*multitudes*) y de sus formas de vivir, relacionarse, comunicarse, dotarse de “inteligencia colectiva”, etc. (Marazzi, 2011; veremos algunas de las paradójicas implicaciones de todo ello en el siguiente capítulo).

Esto quiere decir, por supuesto, que todo el entramado de Bienes Inmateriales Comunes tiende también a ser constituido como “mercancías”. Para sacar provecho de ellas el Capital necesita generar una *escasez artificial* a través de todo un conjunto de dispositivos sobre la propiedad y distribución (patentes, copyrights, activos financieros...), que restrinjan la libre circulación de las creaciones, de las cooperaciones, del conocimiento. Al mismo tiempo, se pergeña un entramado de disposiciones privatizadoras de la educación, del cuidado y de la formación en general de la fuerza de trabajo, que a la postre obstaculizan el enriquecimiento del conocimiento desde el punto de vista de su generalización social y creación colectiva. Pero estos Bienes no son sino “mercancías artificiales” en el sentido que ya diera

Polanyi (1989) a la fuerza de trabajo, lo que significa que su conversión en mercancías es provisional e incompleta, pues son “Bienes Comunes” disfrazados de valores de cambio, los cuales, por su propia posibilidad de existencia, padecen una tensión constante hacia su reconversión por la sociedad en valores de uso. Tanto más cuanto que el aparato tecno-productivo actual permite cada vez más fácilmente producir valores de uso fuera del control del mercado.

Piénsese que cuanto más rápidamente se pueden producir y reproducir determinados elementos asociados al desarrollo tecnológico (unidades de acopio y replicación de información, softwares, dispositivos de multiplicación de la comunicación...), más reñidos se muestran con el *valor*, pues los “productos intelectuales” asociados a las nuevas tecnologías tienden a abaratarse en proporción a la posibilidad de ser reproducidos. Por eso más y más artificialmente (de modo más espurio) y más y más difícilmente tienen que ser retenidos por el Capital.

Por eso, además, estos nuevos “enclosures” entran en contradicción con las propias posibilidades del “capitalismo cognitivo”, obstruyéndolo. Puede decirse, entonces, que la *ley del valor* capitalista dificulta cada vez más el avance social en la difusión libre del conocimiento e incluso en la socialización de su producción. En este contexto el antagonismo entre Capital y Trabajo adquiere cada vez más el carácter de antagonismo entre las relaciones e instituciones de lo Común (que están en la base de una economía supuestamente apoyada de forma creciente sobre el conocimiento) y la lógica de expropiación de un capitalismo con connotaciones más parasitarias, en el que el beneficio se confunde cada vez más con la renta, al quedar más y más ajeno a los procesos de producción (lo que acarreará notorias consecuencias de cara al conflicto social y sus formas de expresarse, como veremos en el capítulo 2).

La dinámica de clases se desenvuelve por tanto dentro de un capitalismo que opera recurriendo crecientemente a instrumentos “extraeconómicos” -la amenaza, la violencia, la desposesión, la corrupción-, para la regulación social, la relación salarial y las propias relaciones de competencia entre sí, haciéndose más y más merecedor de la denominación de “mafioso” (Lebert y Vercellone, 2010). Lo cual puede no sólo ser un indicador manifiesto del carácter degenerativo del capitalismo, sino también traslucir la acentuación de la desposesión que se esconde en realidad tras la apelación de “cognitivo”.

De hecho, la renta financiera es hoy la máxima expresión de la expropiación social, la forma que sintetiza el conjunto de dispositivos rentistas de esta fase capitalista, incluso sobre el conocimiento (la distinción entre lo que es “legal” o “ilegal”, “cognitivo” o “mafioso” queda prácticamente borrada en la opacidad de los mercados financieros). A la postre el Capital se apropia del conocimiento no sólo a través de la privatización de lo colectivo, sino también del dominio sobre la subjetividad laboral (subjetividad programada para ser útil a la empresa, para “dar” plusvalía bajo cualquiera forma), así como mediante la precarización del trabajo en general (la cual constituye un brutal dispositivo de disciplinamiento), incluido el intelectual, y el descarte de más y más trabajadores como “superfluos” (innecesarios para la explotación directa frente al avance tecnológico). *Todo lo cual debilita profundamente la potencialidad liberadora de las poblaciones-multitudes* y entorpece asimismo las posibilidades de “lo cognitivo” como nueva rama o fuente de acumulación.

Y es que estas tendencias entrañan, en definitiva, una reactualización y agudización de la contradicción clásica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la vigencia de

unas relaciones sociales de producción que las entorpecen, pues como acaba de decirse, cada vez más la acumulación capitalista necesita para realizarse potenciar (mediante el *welfare*) formas colectivas de formación del conocimiento (de las que se nutre hoy principalmente el mundo empresarial), con la consiguiente circulación libre y productiva de saberes y relaciones sociales creativas. Pero esta necesidad choca con los requerimientos de la gobernanza social o el complejo sistema de dominación y explotación en que se apoya el Poder del capital, que exige tanto la sumisión de las poblaciones como la apropiación privada de los medios de producción y la regulación heterónoma del conjunto de la vida, la cual pasa cada vez más por la también apropiación de los bienes colectivos y formas garantes de reproducción social²³. Es decir, estamos ante una contradicción con tendencia a agravarse, entre las necesidades de la acumulación y las de la dominación-explotación capitalista, que requiere no sólo la extracción de plusvalía sino el permanente y renovado control, disciplinamiento y subordinación del Trabajo.

²³ Sobre lo expresado aquí puede consultarse, entre otra, la siguiente bibliografía: VV.AA. (2004); Fumagalli, Lucarelli, Marazzi, Negri y Vercellone (2009); Vercellone (2010 y 2011), Fumagalli (2010).

La contradicción histórica, crónica del capitalismo, entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, fue superada en otros momentos mediante la desprivatización de los núcleos clave de la economía (sustracción de la emisión de dinero, infraestructuras, energía, transporte, etc., al manejo unilateral del capital privado), la fiscalización progresista al capital rentista (especialmente el centrado en bienes raíces y recursos naturales) en favor del capital productivo, la regulación de los monopolios y la inversión estatal en infraestructura pública (todo ello, según Hudson, 2014, inició la *Era Progresista* en las formaciones centrales del capitalismo; lo que a su vez permitió su trepidante despegue –Piqueras, 2014b-). Es decir, todo lo contrario de lo que ocurre en la actualidad; por lo que la tendencia es a que la contradicción que aquí tratamos se agudice y con ella se malbaraten las posibilidades del “capitalismo cognitivo”. Por eso más bien podríamos hablar de un capitalismo “pseudocognitivo” o en el mejor de los casos “protocognitivo”, probablemente bloqueado en fase de aspiración.

De todas maneras, las esperanzas o ilusiones depositadas en tal “capitalismo cognitivo” participan bastante del mito de la sociedad postindustrial, dado que su extensión en la producción real mundial es tan modesta como parcial. Lo que crece sin cesar y sin par en el mundo es el trabajo *manual* en condiciones pre-tyloristas o tyloristas-fordistas. La candidez con que muchas de las propuestas teóricas sobre los “bienes comunes intangibles”, la “peer2peer economy”, o la “economía social”, entre otras, hablan de cómo la extensión de la comunicación y el conocimiento que promueve el “capitalismo cognitivo” puede dar paso a nuevas relaciones sociales de producción basadas en la cooperación en torno a los bienes inmateriales (se llega a hablar incluso de un “tercer modo de producción” –Bauwens, 2005-), es proporcional a su desconsideración del factor de clase (dominación, explotación, desposesión, etc.) inherente al sistema en que nos hallamos. En consecuencia, las relaciones de poder están casi siempre ausentes de sus análisis.

Téngase en cuenta, además, que muchas de las dinámicas de desvinculación de los procesos de valor y de desenganche de la relación formal Capital-Trabajo (que por lo demás se combinan con formas estandarizadas de la misma presentes en mayor o menor grado según la institucionalidad de cada formación social), pueden ser pasajeras, propias de una fase transicional de un modo de producción que está mutando antes de cuajar en nuevas recomposiciones mucho más “fijas” de las relaciones de explotación. No obstante, esta línea de investigación aporta reflexiones interesantes sobre una vía de acumulación que perfilaría un posible futuro para el capitalismo, algunas de cuyas características se manifiestan claramente en la actualidad. Así, es verdad que existe una cierta acentuación de la coordinación de las modalidades de explotación que se ejerce a través de formas “cognitivas” de dirección y también de trabajo. Igualmente es cierta una división internacional del trabajo comandada por esas formas cognitivas que, dicho sea de paso, están abrumadoramente detentadas por las más poderosas de las formaciones sociales centrales. El “capital cognitivo” sustenta un nuevo fraccionamiento de los procesos de producción a escala mundial según la naturaleza de los saberes movilizados. A través de los “cercamientos” o apropiaciones privadas del conocimiento colectivo se buscan monopolios o rentas absolutas que promueven no sólo una nueva división internacional del trabajo sino la captación de lo cognitivo también en provecho de lo financiero (Vercellone, 2004).

El hipotético “capitalismo cognitivo” quedaría atrapado por tanto en una doble paradoja: tiene que aprovechar las potencialidades del Común, para lo que debe potenciarlas, pero al potenciarlas “se suicida” (debilita la necesaria subordinación y sujeción del Trabajo).

Para terminar de concretar una supuesta vía de acumulación basada en el *capitalismo cognitivo*, se precisaría, además, de elevadísimos grados de coordinación de los capitales individuales y de las entidades estatales. Pero tales condiciones no existen. Así por ejemplo, se requeriría de una inmensa innovación institucional que, para empezar, permitiera dirigir una parte importante de los beneficios a garantizar una tasa creciente de productividad social (ampliación y mejora sustancial de los sistemas públicos de educación, innovación, fomento masivo de la creatividad, la realización individual...). Esto no podría lograrse sin fuertes medidas redistributivas, nuevas formas de medir la riqueza, cambios sustanciales en la forma del Estado, etc., que modificarían sustancialmente al capitalismo (Rodríguez, 2013). Al decir incluso de algunos críticos, a la postre el *capitalismo cognitivo* resultaría antitético con el capitalismo. Hoy por hoy su desarrollo no sólo hace que el *valor* entre cada vez más en contradicción con la *riqueza*, sino que se ha visto incapaz de poner a funcionar a la “inteligencia colectiva” como capital (Vercellone, 2009). De hecho, en ello se ha visto una de las principales razones del desmoronamiento del régimen neoliberal-financiero.

Tal conjunto de circunstancias arroja serias dudas sobre las posibilidades de que se esté generando un nuevo modelo de crecimiento basado en la acentuación de la extracción de plusvalía de *lo cognitivo* (que, recordemos, contiene una marcada vertiente parasitaria y de desposesión); con lo que también se licua la esperanza en una dinámica de reproducción ampliada del capital a medio plazo. Redundan aquellas circunstancias, en cambio, junto a los otros factores y procesos expuestos en apartados precedentes, en la hipótesis que apunta a que hemos entrado en un periodo de alta inestabilidad sistémica e incertidumbre propio de un capitalismo que no encuentra una nueva vía excepcional de acumulación para su “normal” situación de estagnación²⁴, y que muestra

²⁴ Esa situación está especialmente vinculada al triplete: monopolización-financiarización-globalización, según Bellamy Foster y McChesney (2012). Dichos autores retoman los argumentos de Baran y Sweezy (1973) en cuanto a que la monopolización conlleva la profundización de la tendencia a la estagnación. Según ellos, la drástica reducción de la competencia por el precio (el precio monopólico es el que marca la industria más grande), es sustituida por la acentuación de la competencia por la explotación de la fuerza de trabajo así como por la cuota de mercado a través de todo tipo de técnicas de ventas y publicidad. También se radicaliza la carrera por la ventaja tecnológica. Esto conduce más fácilmente a la estagnación, por las razones ya vistas en este trabajo. Por su parte, la pugna por una “low-cost position” a costa del capital variable lleva también al subconsumo, a cuenta de la mayor pauperización relativa de la fuerza de trabajo. La acción combinada o “co-respectiva” entre monopolios en cuestión de precios, outputs e inversiones da como resultado una economía “demasiado productiva”, esto es, tendencialmente más proclive a la sobreacumulación. Para evitarlo, las grandes firmas monopólicas aceleran la globalización económica en su afán de derivar la inversión hacia lugares más alejados de la sobreacumulación.

En consecuencia, la internacionalización de la monopolización (el liderazgo de la economía mundial por grandes empresas monopólicas transnacionales), extiende la tendencia hacia la estagnación a escala planetaria. De ahí que las características del capitalismo monopólico financiarizado sean, junto a la globalización, la caída de los indicadores de crecimiento económico, la expansión de las corporaciones transnacionales monopólicas y la financiarización de los procesos de acumulación de capital (que llevan implicada la generalización mundial de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo como forma de intentar contrarrestar la caída de la tasa media de ganancia; así como la concentración de la riqueza o meteórico aumento por doquier de la desigualdad social).

Kidron (2002) tiene un buen estudio sobre el agotamiento del capitalismo, medido con diferentes indicadores, como los insumos, los costos del capital fijo y circulante, el stock de capital constante, la

cada vez más síntomas de agotamiento. Un capitalismo, por tanto, que ha comenzado muy probablemente su fase *degenerativa*, la cual puede empezar manifestándose mediante un impreciso “estado estacionario” (Balakrishnam, 2009), siempre susceptible de entrar en cualquier instante en una espiral depresiva.

4. Contradicciones y desafíos sistémicos

Hemos visto hasta aquí algunos de los desafíos a los que se enfrenta el neoliberalismo financiero como modelo de crecimiento con pretensiones de universalidad planetaria, lo que afecta a las posibilidades de viabilidad del propio capitalismo. Tales desafíos devienen de la acentuación de las siguientes contradicciones:

- Entre acumulación y regulación (necesitada la primera de formas cada vez más despóticas de gestión de los mercados de trabajo, en medio de una socialización creciente de la producción: esta es la forma en que se expresa hoy la contradicción clásica entre desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción)
- Entre valorización y realización (dado que la escasa recuperación de la tasa de ganancia en la producción se ha hecho a costa de una exacerbada depresión de la demanda)
- Entre el valor ficticio generado por el entramado mundial financiero-especulativo y la plusvalía real generada, que responde a un estancamiento de la rentabilidad (lo que hace que la débil recuperación de las tasas de ganancia se dé sin proporcional acumulación de capital).
- Entre el *valor* capitalista y la riqueza social; así como entre la dificultad para apresar a ésta en forma de *valor inmaterial* (el cual es también hartamente difícil de medir por procedimientos contables capitalistas).

Derivándose de la primera contradicción hay que apuntar probablemente a una crisis de legitimidad a escala sistémica en lo inmediato, que deja en evidencia el modo de regulación (o si se quiere la “gobernanza”) en curso. Dicho de otra manera, se pone a prueba la adaptación funcional del complejo institucional y de dominación al proceso de ajuste capitalista, con sus formas unilaterales de “regulación social” (mayor detalle de todos estos puntos en Piqueras, 2014c).

Para calibrar este último desafío, hay que tener en cuenta que asistimos en este impasse, mientras se produce el declive del neoliberalismo financiero (en el que siempre han pervivido restos del keynesianismo) y no termina de coagularse ningún modelo nuevo que lo sustituya, a una profunda reestructuración de la dominación de clase y paralela concentración de poder entre las élites dominantes a escala transnacional. De acuerdo todo ello con la conjunción y combinación de formas “cognitivas”, tayloristas-fordistas, pretayloristas y neotayloristas de explotación, coincidentes a su vez con una nueva dimensión de las relaciones laborales tendente hacia la privatización, una gestión de la

carestía de la formación del capital variable, los costos indirectos (seguridad, coacción, transportes...) y “externalidades” de la producción, entre otros. Como conclusión, nos recuerda que el capitalismo no sólo padece crisis cíclicas de las que se sobrepone constantemente, sino que *envejece*. Es decir, no sale indemne de ellas.

fuerza de trabajo que prioriza el autodisciplinamiento y la “empleabilidad” (sustituyéndose el “derecho al empleo” por la gestión individual de la supervivencia), y una nueva forma de consumo de la mano de obra que pivota cada vez más en torno a la sobre-explotación y la autoexplotación (“autónomos”, “emprendedores”, “freelance” “por cuenta propia”...).

Esta nueva “fase orgiástica de la explotación” genera paradójicamente un gran desaprovechamiento o desestimación de seres humanos (“sobrantes”) allá donde más se han desarrollado formas de financiarización y softwerización de la acumulación. Rasgo que es compatible con una creciente desatención de la reproducción de la fuerza de trabajo.

La contrapartida de todo ello es que la hegemonía de la clase capitalista va quedando reducida a mera dominación (proporcional a la desafección de crecientes capas de la población mundial)²⁵. Así, el incremento de la represión acompaña a la dilución de la ciudadanía y destrucción de los elementos de *seguridad social* que proliferan por doquier como manera de gestionar o regular el Sistema a través de la crisis (como ya advirtiera Mattick, 2009). “Crisis” que, por unas y otras razones examinadas, tiende a cronificarse.

La dilapidación sin precedentes a escala mundial de lo que dentro de los parámetros de acumulación sistémica fue designado como “capital humano”, se compagina, no obstante, con “islas” de altísimo desarrollo tecnológico, donde la plusvalía la genera fuerza de trabajo superespecializada [aunque se ha dicho que probablemente, por ello mismo, cuanto más especializada –en el *know how*- más ajena a la comprensión sistémica –*el know that*-].

Pero en conjunto, un modo de producción al que cada vez le cuesta más desarrollar las fuerzas productivas y generar riqueza colectiva ya no sólo a escala mundial (donde esto siempre fue evidente), sino en sus propias formaciones centrales, ve cómo se desbaratan poco a poco las bases de su legitimidad y consenso, que han radicado precisamente en ese desarrollo de las fuerzas productivas y en su potencialidad para producir mercancías capaces de satisfacer más necesidades humanas y elevar el nivel general de vida²⁶. Un modo de producción que se agarra insistentemente a la “anomalía” de un cada vez mayor acaparamiento de los medios de producción cuando por el contrario (a) la

²⁵ Las desigualdades sociales son tanto más toleradas cuanto que se compaginan con hechos favorables al común. Así, el crecimiento para todos. Cuando ello no se produce, la acaparación de las élites se hace más parasitaria y tiende también a contemplarse como más inútil y por tanto “injusta”. Es decir, menos tolerable.

Si se generalizan hechos como el que las tasas de rendimiento del capital sean 4 a 5 veces más elevadas que la retribución del trabajo, disparándose aquéllas cuanto más ocioso o especulativo es el capital, se está rompiendo también con todo el entramado justificativo-legitimador del capitalismo productivo, que amparaba la desigualdad en el mérito, esto es, en el mayor o menor “hacer útil” de unos u otros.

²⁶ Al menos tres generaciones en las formaciones centrales del Sistema han crecido interiorizando la vinculación entre capitalismo y “bienestar”, capitalismo y crecimiento, y capitalismo y democracia; dificultándose todavía, por ello, en aquéllas, la ruptura ideológica. Esas identificaciones fungían a la vez de escaparate o hacían de dinámica de arrastre de legitimidad, en las sociedades periféricas.

En la actualidad, sin embargo, se hace más y más patente por doquier su incapacidad para solventar las cuestiones básicas de la vida de un número creciente de poblaciones. En cada vez más lugares lo único que se recibe de aquél es su capacidad de destrucción y muerte.

producción llega al máximo grado de socialización, y (b) disminuye aceleradamente su capacidad de asalarizar a la población, lleva no sólo a la inanición de cada vez más capas de ésta, sino a la inviabilidad histórica del propio modo de producción.

Por eso el capitalismo tiende a manifestarse cada vez más como un régimen de (acumulación por) desposesión (Harvey, 2007) que acaba crecientemente con las propias posibilidades de reproducción de la vida, incluida la de los seres humanos. Con la privatización de los Estados hoy está al orden del día no sólo la apropiación privada del patrimonio natural y de la riqueza social y cultural acumulada a lo largo de generaciones, sino también el mismo *general intellect* y las formas de producir colectivas, así como de relación, comunicación y tenencia comunes.

Pero la desposesión sin acumulación de capital tiene un corto recorrido dentro de un modo de producción que se llama precisamente “capitalista” (es decir, un capitalismo sin capital es imposible).

Hoy por hoy, para agravar las cosas en este sentido, asistimos a *otra gran contradicción* sistémica:

- El escaso crecimiento sin acumulación que tiene lugar a escala mundial, basado en el endeudamiento especulativo, no tiene contrapartida energética para posibilitar que una hipotética acumulación futura pueda responder a ese tipo de crecimiento.

Lo explico dando un breve rodeo a través de varias consideraciones. Primera, en estos momentos, bajo las circunstancias descritas, emprender un nuevo modelo de crecimiento con acumulación, esto es, que la inacabada descomposición del keynesianismo a través del neoliberalismo-financiero se resuelva por fin hacia una nueva onda de acumulación, no se antoja en absoluto tarea fácil. En lo inmediato las posibilidades de crecimiento global, por mínimo que sea, pasan por cómo se decanten algunos procesos que se vislumbran decisivos.

Así, la creciente importancia del *Bloque emergente* parece estar desatando al menos unas fuerzas que chocan con las dinámicas degenerativas mostradas por las formaciones centrales. Abren aquéllas posibilidades a un nuevo modelo de crecimiento en el que se combinara la planificación estatal con el papel del mercado como incentivador de la producción, lo que tendencialmente dejaría atrás la hegemonía del neoliberalismo-financiarizado decadente. En cambio, si el crecimiento subordinado de las economías emergentes permanece, podrían, por contra, hacerse extensibles al conjunto del planeta las características de degradación laboral y descomposición social del actual capitalismo periférico, profundizándose las tendencias ya existentes.

Segunda consideración. De hacerse extensible el atolladero de acumulación al conjunto del Sistema, lo cual viene más posibilitado aún por el agotamiento de reservas energéticas y primarias vitales, es altamente probable que éste se aboque a un “decrecimiento forzado”. Esto hará más factible a su vez *la guerra* como elemento de “regulación” capitalista a escala internacional (proceso del que, por otra parte, ya existen señales evidentes). De ser así, las políticas de muerte tanto como de dominio a través del desprecio absoluto a la vida, se multiplicarán en todo el planeta, con la consiguiente proliferación de “estados de excepción”, “estados de exclusión” y “estados

de asedio”. Todo lo cual apuntaría al aumento de la importancia de la *necropolítica* (Mbembe, 2003) como rasgo caracterizador por excelencia de ahora en adelante del capitalismo. Rasgo que, por otra parte, fue siempre componente inexcusable de la propia “biopolítica” (especialmente en las formaciones periféricas).

Tercera consideración. El dilema está servido, porque si en cambio el capitalismo encontrase una nueva vía de acumulación en algunas de sus formaciones sociales, sus intrínsecas dinámicas del valor (obsolescencia programada, extractivismo energético, saturación de sumideros, producción altamente energívora...) conducirían muy pronto con igual probabilidad a un “shock ecológico” (tengamos en cuenta que de seguir esta progresión, el PIB mundial se habrá multiplicado por 3 o 4 hacia 2050).

Cuarta y última consideración. De hecho, la imposibilidad en términos energéticos planetarios de acompañar al crecimiento global del Sistema *es ya evidente*. Bien mirado, u observando en profundidad, la cada vez mayor escasez de recursos y energía es la *última causa subyacente* a las repetidas explosiones de la enfermedad financiera del capitalismo degenerativo. Fijémonos en que por un lado el funcionamiento económico depende cada vez más del endeudamiento masivo de instituciones, empresas y familias. Por otra parte, ese mismo proceso de endeudamiento hace que la cantidad de intereses totales que se deben mundialmente cada año crezca de manera exponencial. Contradictoriamente, la obligación de servir esos intereses retrae cada vez más recursos de la economía productiva, lo que obliga a seguir creciendo con un mayor apalancamiento. Para acabar, toda la pirámide de deudas acumuladas sobre deudas, toda la espiral especulativa del mundo actual, se basa a su vez en que en el futuro habrá suficiente crecimiento como para que aquéllas, con sus intereses, sean devueltas. Pero ¿cuánto crecimiento haría falta para ajustar la colosal exposición a la deuda de nuestros sistemas financieros, bancarios y de inversión?; ¿cuánta energía se requeriría para equilibrar una deuda y acompañar un “capital ficticio” generado en torno a ella que como vimos puede superar cuanto menos más de 15 veces el PIB mundial?²⁷

En el corto plazo el tipo de capitalismo que pudiera salir de la actual coyuntura (más allá de vanas especulaciones “cognitivas”) dependerá por tanto de cómo se resuelvan las nuevas tensiones centros-periferias, especialmente en la producción de mercancías materiales (imprescindibles para que pueda existir un “capitalismo inmaterial”), y bajo qué división internacional del trabajo. Dependerá también de las posibilidades de desarrollar una alta eficiencia energética o de congeniar estructura económica e infraestructura ecológica (flujo de materiales y energía posibles en función del tamaño de la población, recursos disponibles, capacidades de los sumideros planetarios y consecuencias climáticas y ecológicas en general del modelo de crecimiento). Esto hace de vital importancia el factor demográfico y en concreto cómo se enfrentará el crecimiento poblacional que, a falta de la concurrencia de factores drásticos, se prevé

²⁷ Hay unas fundamentadas consideraciones sobre todo esto en Heinberg (2014). Respecto de la inviabilidad del crecimiento global del sistema capitalista existe una tan amplia como imprescindible bibliografía ecologista. No puedo dejar de citar aquí, entre ella, a Fernández Durán, especialmente, Fernández Durán (2011).

deparará no menos de nueve mil seiscientos millones de personas para 2050. Así mismo, será decisivo cómo se gestione la preservación y potenciación de las fuentes básicas de la reproducción de la vida, en cuanto a hábitats y recursos, pero también en lo que respecta al entramado que constituye la *seguridad social* de las poblaciones.

Ninguno de esos problemas parece poder ser resuelto razonablemente sin algún tipo de planificación mundial, generalizada coordinación y colaboración de los seres humanos. Necesidades todas susceptibles de poner radicalmente en cuestión el conjunto de presupuestos que sustentan el modo de producción capitalista más allá de sus posibles modelos de crecimiento: individualismo, competencia a ultranza, maximización del beneficio propio, desigualdad social e internacional, consumo predatorio... En el medio plazo aquellos condicionantes tienen muchas probabilidades de resultar en definitiva altamente incompatibles con un sistema que requiere del crecimiento sin fin (permanente reproducción ampliada del capital y acrecentamiento de la masa de ganancia).

A todo ello nos falta añadir el ineludible elemento subjetivo o factor humano. Es decir, cómo se van a manifestar los antagonismos de clase y todo un entramado de conflictos sociales en función de una previsible generalización de la desafección en las sociedades.

No por ser la última razón expuesta es la más baladí, pues la incapacidad de integrar en la dinámica de acumulación a las “externalidades” decisivas, como las relacionadas con las luchas de clase, bien puede ser el más patente indicador del declive mórbido o degeneración de un sistema social que no da muestras de acabar de reconstituirse de su Segunda Gran Crisis y que se complica a sí mismo más cuanto más se aleja de su versión reformista o distributiva.

Esta problemática es objeto del siguiente capítulo.

CAPÍTULO 2

**EL MOVIMIENTO DE LA HUMANIDAD COMO TRABAJO: EL PRINCIPAL
MOLDEADOR DEL SISTEMA CAPITALISTA.**

LA ACTUALIDAD DE SUS ENORMES RETOS

1. Breve repaso del movimiento de la Humanidad como Trabajo en el capitalismo histórico.

El Trabajo y el Capital son dos sujetos que se conformaron en torno al antagonismo de clase con la consolidación del capitalismo. Uno y otro se *han hecho* mutuamente, modificando como resultado de su interacción dialéctica el régimen de acumulación y el modo de regulación en cada momento histórico (Piqueras, 2002, 2011, 2014b).

La conciencia de la relación de clase (ver Introducción y Apéndice) fue dando cuerpo al Trabajo como sujeto, un sujeto que tendía a constituirse en *clase social* (idea fuerza que trasluce la relación básica antagónica histórica entre explotadores y explotados en los procesos productivos, y que pretende dotar de una conciencia e identidad común a estos segundos). Este sujeto es heredero de las luchas que acompañaron en Europa a la larga transición del feudalismo al capitalismo. Luchas por la conservación o por la reapropiación de los medios de vida (tierras, instrumentos de producción, bosques, aguas...), es decir por la democratización del acceso a los recursos (naturales y comunitarios) y, en consecuencia, como colofón indisociable de ellas, la lucha por dejar de ser *mercancía*, esto es, *fuerza de trabajo* (condición que quiere decir que los seres humanos están obligados a asalarizarse y trabajar para otros al haber sido desposeídos de sus medios de vida).

La lucha por los Comunes y por reconstruir formas de relación comunitarias fue el gran eje vertebrador de esas luchas de clase en aquella larga transición al capitalismo. Parte esencial, por tanto, del *movimiento comunista* de la Humanidad.

Con el tiempo, la pérdida de los vínculos primarios (comunitarios, vecinales, de mutua ayuda...), fue siendo paliada por la ardua construcción de vínculos secundarios o políticos (agrupaciones laborales, cooperativas, sindicatos...). El objetivo de la reapropiación democrática de los Bienes Comunes comenzó a incorporar también los Recursos Sociales que se iban conquistando y construyendo colectivamente a lo largo del tiempo, según se fueron desarrollando igualmente las fuerzas productivas: Salud, Educación, Conocimiento, Protección mutua, Afecto, Alimentos, Cuidados..., en una permanente pugna por el logro de la *seguridad colectiva*.

Con la industrialización y las nuevas formas de gestionar y consumir la fuerza de trabajo, irá adquiriendo creciente importancia el *movimiento obrero*, hasta que, con la segunda revolución industrial, se erigiría en la parte más consciente y organizada del Trabajo. Su importancia y peso, sin embargo, sufrirán altibajos en los distintos momentos históricos, según las diferentes vías y formas de proletarización. El prototipo fabril y minero de la primera revolución industrial estuvo lejos de ser el único exponente de asalarización, dándose ésta también en la agricultura comercial, la industria doméstica, los oficios urbanos, la economía de servicios de la infraestructura urbana o los propios oficios eventualizados, entre otros.

La manufactura centralizada, el taller artesanal y la industria doméstica estaban también ampliamente extendidos. Esta última en sus modalidades de trabajo a domicilio y trabajo intensivo sumergido o de reventadero. Esas distintas expresiones eran muestra palpable no sólo del pluralismo industrial existente, sino de la cohabitación de

diferentes mercados laborales y de las variadas formas de organización y explotación del trabajo que han acompañado al capitalismo en todo su decurso histórico (Eley, 2003). Unos y otras generaban diferentes formas de conciencia y de organización del Trabajo. Lo que quiere decir que de las expresiones más agudas de brutalización laboral y social los seres humanos fueron encontrando diferentes maneras de erigir su dignidad como elemento de lucha, en un proceso poco predecible a priori.

El amplio proletariado protoindustrial y de la primera industrialización, heterogéneo y poco cohesionado, se inclinó más bien por la salida insurreccional o por la ruptura con el orden capitalista persiguiendo el ideal del establecimiento de un mundo alternativo, a través de comunas, falansterios o cualquier otro tipo de colectividades en las que se pudiera expresar el *comunismo* a escala interna, como islas dentro de la sociedad capitalista.

Algunas de las plasmaciones políticas que habían ido generando las primeras expresiones de esa conciencia alternativa de aquel proletariado, el “socialismo utópico”, el prohudsonismo, el primer anarquismo, el reformismo (cartismo en Inglaterra, o socorros mutuos en Francia), coincidían más o menos en ciertos puntos: la emancipación del trabajo, la asociación, el mutualismo y la cooperación; la crítica racionalista y humanista a la sociedad burguesa; la reordenación de la sociedad sobre otras bases a través del ejemplo (Eley, 2003). Muchas de ellas exhibían una prevención frente a la política y, a menudo, el repliegue hacia los pequeños enclaves. Compartían también una democracia radical de base y la lucha por los Comunes que, permanentemente actualizados, adquirirían nuevos elementos de concreción²⁸.

Con la Segunda Industrialización, sin embargo, el proletariado moderno más y más representado por el obrero industrial, se decantaría por las organizaciones políticas de masas, capaces de introducirse e interferir en la dinámica social y política del capital a partir de las propias normas e institucionalidad de éste.

Tal hecho no puede entenderse sin la formación de una conciencia de distintividad, una conciencia que se autonomiza a partir del compartimiento de circunstancias comunes y de la cristalización ideológica proveniente de una determinada toma de postura sobre ellas. Las vías del antagonismo van cobrando cuerpo en un pensamiento y conciencia diferenciados anejos a la propagación del “sentimiento” de *clase obrera* (un sentimiento de pertenencia que se convertiría en *fuerza material* de los desposeídos). La conciencia,

²⁸ Es en el primer tercio del siglo XIX cuando se incorpora el término de *comunismo* (lucha por los Comunes y por la comunitarización de los bienes y recursos de la sociedad) no sólo como ideario y objetivo de un orden social que plasmaría esos anhelos, sino como movimiento permanente de la Humanidad por la consecución del mismo. En ese momento era prácticamente indistinguible de otra denominación: el *socialismo*. Esta última se había incorporado para enfrentar las nuevas formas de poder político y económico pero también ideológico, al señalar que el paso básico y fundamental para hacer efectivas la *igualdad* y la *libertad* que predicaba el liberalismo capitalista radicaba en la socialización de las fuentes de riqueza, es decir, de los medios de producción. A partir de esta premisa podía empezar a construirse la democracia económica o material, única vía para conseguir la igualdad social de facto (más allá de la mera declaración formal de igualdad propia del orden liberal), tanto como la “libertad” entendida en cuanto que independencia (sustentada en que ningún ser humano tenga que trabajar para otro). Una y otra condición se concebían inseparables. Vienen al caso aquí los apuntes que sobre distintas formas de igualdad, su indivisibilidad e inter-vinculación, hace Noguera (2014).

más y más como *conciencia de clase*, adquiere cada vez mayor eficacia como forjadora de sujetos colectivos, que a través de su misma unión o colectividad, son ahora más capaces de transformar sus propias circunstancias.

De este modo, la condición de *multitud* (que adjetiva a una masa informe de población, expuesta a realizar saltos bruscos, tan intensos como fugaces y esporádicos, en función de su nivel de exasperación o necesidad) fue dando paso a la de *clase* como aglutinante hegemónico de la población subordinada. Thompson (1989) explicó bien ese tránsito:

.) El colectivismo obrero, que había brotado del discurso tradicional de solidaridad en el oficio y en la comunidad se universalizó a fin de incluir a todos los obreros.

.) Las herencias radical y republicana se hicieron compatibles con las demandas colectivistas. Una cierta noción del control colectivo venía a desafiar y a reemplazar el carácter central del concepto de propiedad privada en la tradición radical.

.) Las reivindicaciones fueron concretándose: se invocó el derecho de los individuos a asociarse libremente en busca de unos objetivos comunes. Lo que fue asentando los límites de la organización colectiva (que en Francia adquiere el carácter de «asociación» y en Inglaterra el de «cooperación») a los efectos destructivos del individualismo competitivo. A la par que se produce la lucha porque los derechos políticos no se centren en la propiedad sino en el trabajo mismo (la propiedad comienza a ser considerada como un privilegio abusivo).

La lucha por la democracia se hizo lucha por el socialismo, y viceversa, el socialismo fue la condición de la plena democracia, en cuanto que democracia social o plebeya. De ahí el nombre de social-democracia. Ésta tendría a la República Social como base de su ideario. Todo lo cual dotaría de entidad, identidad, comunidad, proyecto e ideal a aquellas masas amorfizadas, *multitudes*, en que el capitalismo victorioso había convertido a los comuneros y sus luchas.

A partir de entonces, igualmente, la democracia republicana social hará su distingo respecto de la democracia liberal burguesa. Esta última había ido reuniendo bajo su bandera también a la parte menos rancia de la burguesía conservadora, en orden a ir afianzando vías de reformismo para la integración de las “clases peligrosas”, e impedir al mismo tiempo que éstas se inclinaran a desencadenar transformaciones del orden existente.

Por eso la social-democracia comenzará a pensarse más allá de la “democracia” y de la “izquierda” del orden burgués y de su juego electoral. Una parte importante de aquélla se decantaría por la denominación de “revolucionaria”.

Su importancia iría en más según el Trabajo constituido como *clase obrera* (y dentro de ella su parte más consciente y activa, el *movimiento obrero* –MO-) incrementaba notablemente su acción reivindicativa. De hecho, la acentuación de la tasa de explotación en la segunda mitad del siglo XIX acarreará una ofensiva sin precedentes del MO en forma de huelgas y creación de potentes organizaciones de clase.

El carácter cada vez más indómito del Trabajo, parejo a su limitada o débil inclusión en la *ciudadanía* y, por tanto, en la *nación*, tendría su corolario en la Comuna de París (1871).

Fue el último aldabonazo del Trabajo en su etapa de transición de la *multitud* al movimiento obrero (o, en términos más amplios, a la clase social). La posterior derrota del mismo denotaría un punto de inflexión en la dinámica de las luchas de clase en el capitalismo histórico, entre la época de las revoluciones populares -sin una clara dirección de las mismas y la prevalencia de la descentralización organizativa-, y la que vendría marcada por la importancia del salariado, con el desarrollo de la Segunda Revolución Industrial. En adelante, se iría imponiendo la lucha reivindicativa comandada por organizaciones explícitas de clase, más centralizadas, consolidadas y operativas, de las que destacaría el *partido*.

De lo que se trataba, a la postre, es de que la “salida externa” al sistema se iba relegando en favor de la “ruptura interna”, a partir del trabajo político *dentro* del mismo.

“El debate real se libraba entre los que veían el mutualismo y el cooperativismo fuera del ‘sistema’ como la base para la transformación social presente y futura, y los que postulaban, primero en la huelga general y después en la articulación de grandes sindicatos de masas dentro del ‘sistema’, el camino hacia una sociedad más justa” (Domènech, 2014: 132).

Esto se llevó por delante a la I Internacional. En lo sucesivo, el nuevo socialismo proletario, “obrerista”, que tendría su réplica en el anarquismo moderno o anarcosindicalismo, se abrió paso frente al socialismo pequeño-burgués y el socialismo milenarista campesino, pero también frente al republicanismo social popular propicio a la alianza interclasista (Rosenberg, 1996). Se iba dejando de lado el “espontaneísmo” de las masas y la insurgencia popular, en pro de una concepción gradual de la acumulación de fuerzas que pasaba por la participación en los espacios políticos a los que se forzaba a abrirse al orden capitalista, al tiempo que se buscaba la ampliación permanente de esos espacios.

Pronto el marxismo hegemonizaría el socialismo proletario, teniendo que enfrentar al “socialismo de Estado” (que se adscribía a la colaboración con el Estado con miras a acarrear las reformas necesarias para ir construyendo el camino al socialismo), hacia el que poco a poco derivó una tendencia de la socialdemocracia europea (el laborismo inglés sería la más clara y asentada expresión de ello, pero también el socialismo de Lasalle en Alemania proporcionaría un relevante ejemplo histórico a través de su integración en el Estado bismarckiano).

Compartía, sin embargo, el socialismo proletario con las otras versiones del movimiento socialista, el valor irrenunciable de la democracia interna, el debate y la búsqueda del consenso como maneras de alcanzar acuerdos, y el respeto a las minorías o la integración por convencimiento y por vía del ejemplo, en todas sus expresiones organizativas.

La socialdemocracia alemana fue la más poderosa y fructífera encarnación de ese nuevo sujeto obrero. También la más palpable muestra de la posterior trasmutación burocrática y parlamentaria de esta forma de organización, que ha sido hegemónica hasta el presente para los sujetos de clase en las formaciones centrales. Aquella fue desgarrada por un dilema de grandes proporciones, hoy ya clásico: el que está implícito en todo

proceso de integración en un orden que se intenta subvertir, pero del que al mismo tiempo se obtienen mejoras que legitiman la propia acción y empujan por tanto no sólo a permanecer dentro de él sino incluso, a la postre, a sustentarlo.

Fue además una de las primeras experiencias de institucionalización de unas luchas que evidenciaban la inconmensurabilidad de lo social y lo político. Y es que si la armonía y la equidad no se desprenden “naturalmente” del cuerpo social, cualquier mediación política que persiga esos objetivos es susceptible de terminar separándose del ente social del que cobra vida, ya sea mediante procesos de burocratización o de sustitución, bien exacerbando la delegación o la representación, entre otros peligros.

2. El movimiento del Trabajo ante la primera Gran Mutación del capitalismo.

En su genial previsión del curso de los acontecimientos históricos, Lenin (1980), a partir de los trabajos de autores como Hilferding o Hobson, enmendó la plana a la II Internacional, que veía al capitalismo condenado a autodestruirse en el corto plazo, por lo que asumió una actitud pasiva o de espera ante ello. Lenin señaló que no, que en realidad el capitalismo estaba transformándose en algo distinto, alcanzando una “fase superior” (que parece ser le tradujeron mal del ruso, pues su idea de “superior” como “ulterior”, no quería decir “última” –Suárez, 2003).

El nuevo capitalismo entrañaba una enorme concentración de capital o proceso de monopolización que era acompañado por la expansión planetaria en la apropiación de recursos, territorios y poblaciones y en la pugna entre grandes monopolios por liderar esa apropiación (pugna que derivó en dos guerras mundiales).

Fueron finalmente los réditos de aquella expansión planetaria, junto a los aumentos de productividad, los que proporcionaron más tarde la base del relativo reparto de la riqueza en las formaciones sociales centrales de un sistema capitalista que ya se había hecho mundial. La debilidad coyuntural de las burguesías pareja al destrozo de las economías europeas tras la Segunda Gran Guerra, la combatividad de las poblaciones que la padecieron, el miedo a la repetición de una Gran Crisis, y muy especialmente la Revolución Soviética, proporcionaron el otro conjunto de circunstancias históricas para que la *opción reformista* (Piqueras, 2014b) se instalara en las formaciones centrales (socialdemocracia en Europa que tuvo su réplica menor en el “New Deal” de EE.UU.).

Así pues, el capitalismo se hizo imperialista a escala planetaria, mientras que en las formaciones sociales centrales se hacía “Social”: un capitalismo de Estado. Ambos procesos estarían estrechamente conectados.

De esta mutación histórica y del rumbo capitalista que se emprendió en adelante, se terminaría de escindir lo que hasta entonces había constituido un tronco común del *movimiento comunista* de la Humanidad desde la implantación del capitalismo. Por un lado, la socialdemocracia se adaptaría cada vez más a esa mutación, hasta terminar empotrándose en ella y formar parte sustancial de la misma. La *opción reformista* del Sistema se haría sinónima en adelante de *opción socialdemócrata*, más allá de las diferentes concreciones partidistas.

Previo a ello, sin embargo, la vía rupturista con el Sistema o “desconectista”, había recuperado la identificación *comunista*, ya sea en su versión “libertaria” o, sobre todo,

conectada a la transición a través del socialismo (ambas tuvieron un fuerte arraigo a través del consejismo obrero). Esta vía llegaría a su punto culminante con la Revolución Soviética, lo que no sólo decantaría en adelante la prevalencia de los modelos de transición que contaban con el Estado, sino que marcaría profundamente al propio capitalismo del siglo XX, tanto como a las luchas de emancipación del Trabajo a escala planetaria.

El postrer momento histórico en que aquellas dos vertientes (socialdemócrata y comunista) pudieron haber confluído en las formaciones sociales centrales fue durante los últimos levantamientos populares generalizados, que tuvieron lugar entre los años 1917-1921, cuando se pugnó por todo un nuevo orden constituyente republicano-democrático en buena parte de Europa (que se inspiró en el constitucionalismo republicano que brotaba en esos momentos en América Latina, y que tuvo su anclaje e impulso en el consejismo obrero²⁹). Sin embargo, fue ese lapsus histórico el que, por el contrario, marcó su definitiva ruptura en cuanto a estrategia y modos de accionar³⁰. En adelante, ambas tendencias se combatirían mutuamente, salvo en los momentos de emergencia, cuando el enemigo común pasó a ser el fascismo (sobre todo con la creación de los Frentes Populares bajo dirección socialdemócrata).

La vertiente comunista que recuperaba la vía insurreccional y llevó a cabo la mayor desconexión con el orden capitalista habida hasta la actualidad, se vio obligada a realizar la ruptura *real* con ese orden existente, es decir, la realización de la revolución política y social y su posterior supervivencia. También tuvo que dar expresión concreta, asediada en todos sus frentes, en medio de las más drásticas agresiones internas y externas, a “la dictadura del proletariado”³¹. A la postre, empero, ante la procuración de

²⁹ El constitucionalismo republicano se basó ente todo en la Constitución de Querétaro, de México, que vio la luz dos años antes que la de Weimar (1919). En cuanto al *consejismo*, si la Comuna de París amalgamó todavía expresiones y elementos comunitaristas provenientes del Antiguo Régimen y del primer capitalismo con los que surgían de la Segunda Revolución Industrial, en adelante las formas de autogestión popular (“consejismo moderno”) evolucionarían también hacia plasmaciones históricas en las que el elemento obrero fue claramente protagonista. De ahí terminarían cobrando existencia los “soviets” o asambleas obreras de gestión socio-económica colectiva, que tuvieron sus aldabonazos en el Soviet de Petrogrado de 1905, y más tarde en la Alemania de Weimar, entre otros (como la Comuna de Helsinki, en 1917, la Hungría soviética de 1919 o los consejos obreros de Turín, en 1920), además de incardinarse en el propio proceso revolucionario bolchevique.

El anarcosindicalismo impulsó con fuerza también esta vertiente y, cuando ya otras experiencias fueron barridas de la faz europea, tuvo su momento de eclosión en la revolución social de la Barcelona de los años 30 del siglo XX, en medio de la II República española.

³⁰ Sólo más de 50 años después, con la oleada neoliberal, pareció que esa ruptura se soldara en parte por mor de la anegación de ambas tendencias bajo la nueva restauración capitalista.

Se dice que “ambos legados fueron deformando, poco a poco, las fuentes republicanas y radical-democráticas de los revolucionarios de 1848” (Rodríguez, 2013: 160), pero en realidad resultaron una plasmación lógica en función de las diferentes modalidades de capitalismo y los procesos de mutación del propio Sistema, a los que contribuyeron esencialmente. Intentaré aclarar esto a lo largo del texto.

³¹ La democracia, tal como la definieron Marx y Engels en el Manifiesto, es “el primer paso de la revolución, es la elevación del proletariado a clase dominante”. Para el movimiento comunista de la Humanidad, la democracia integral (la que proviene de la vía republicana plebeya o popular) sólo podrá existir en la medida que se anulen las clases, es decir, la explotación de unos seres humanos por otros, y cuando ninguna persona tenga que depender de otra ni obedecer las órdenes de otra para vivir (es decir, cuando todas las personas sean realmente soberanas). Indefectiblemente, para ello, es necesario socializar

las condiciones de supervivencia (tanto política como física) y la urgencia del crecimiento económico, la democracia orgánica y la democracia social fueron “descuidadas” a un segundo plano.

La propia existencia del movimiento comunista, paradójicamente, fortaleció la otra vertiente, la reformista, dado que el éxito desconector de aquél fue factor decisivo para propiciar la Primera Gran Mutación del capitalismo histórico: el capitalismo social, designado a menudo como “keynesiano”.

Con esa Gran Mutación en las formaciones centrales del capitalismo mundial, y tras la derrota en ellas durante el periodo de entreguerras de la vertiente comunista e insurreccional en general, a través del pistolero patronal, la guerra y el fascismo-nazismo, el Trabajo sería integrado al nuevo modelo de crecimiento de Postguerra. Sus pugnas por la igualdad y la libertad serán en adelante relegadas en favor de la *seguridad* que se alcanzaba con el nuevo Estado Social, una seguridad que cubría las necesidades básicas y el conjunto de procesos de reproducción de la fuerza de trabajo de forma colectiva, como *seguridad social*.

Fue indispensable para esto último, amén del enemigo sistémico soviético, la “renta imperialista”, por la que las poblaciones de las formaciones centrales se beneficiaban en diferente proporción de la apropiación del plustrabajo mundial por parte de sus burguesías.

En adelante, en los centros del Sistema el movimiento obrero va a ser en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporatista u organización de intereses a escala estatal a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasectoriales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes (Alonso, 1999). En lo sucesivo, las *relaciones laborales* pasan a ser una cuestión de Estado y no ya privada. Lo que significa también que el movimiento obrero incidirá en la estructura política en gran medida como un grupo de interés organizado, en dinámicas de negociación y de conciliación de intereses contrapuestos. Se sitúa, de esta forma, en el

los medios de producción, así como ejercer cierto grado de violencia sobre las clases empeñadas en mantener las relaciones de explotación y dominación, las cuales sí ejercen todo su poder y toda la violencia, tanto estructural como directa o explícita, para mantener aquéllas, como la historia no ha cesado de mostrar. Hay, pues, desde estos presupuestos, un momento de inflexión política ineludible que conlleva la “dictadura del proletariado” como democracia integral o predominio de las oportunidades de vida (y por tanto intereses) de las grandes mayorías sobre una exigua minoría (de cara a abolir la explotación de los seres humanos entre sí).

Pero dicho esto, no debemos olvidar que la historia del movimiento del Trabajo como movimiento socialista “se inicia con la crítica y superación de la rebelión, violenta y a menudo inconcluyente, a la que solían recurrir las masas rurales y urbanas para expresar su descontento (...) el movimiento obrero socialista reglamenta el conflicto y los métodos de lucha (...) de manera que hasta en la Rusia zarista durante un tiempo es tolerado como “antídoto” contra el ‘terrorismo’ de los populistas” (Losurdo, 2011:76).

ámbito general del macrocorporatismo, propio de las formaciones sociales centrales europeas de esta fase.

La gran mayoría del Trabajo, incluso muchos de sus sectores más politizados, asumirá una vocación gradualista, basada en el logro táctico de mejores condiciones en los distintos órdenes (laboral, político, de la ciudadanía, del consumo...), que se aceptan como separados, sin proponerse ya una ofensiva integral, altersistémica. Lo cual se corresponde con el ascenso del protagonismo de la *micropolítica* (la que está predominantemente centrada en la opción electoral o institucional dentro del orden capitalista) como estrategia degradada o renuncia a la propia estrategia por parte del Trabajo.

La vieja lucha por los Comunes quedaba diluida o subsumida en el Estado Social, en virtud del conjunto de servicios y medidas de *seguridad social*, colectiva, que formaban parte consustancial del mismo. Lo “público”, lo “común”, pasó a concebirse sobre todo como lo estatal. De ahí que buena parte de la lucha popular en torno a los Comunes terminara “delegando” en el Estado su consecución. Con ello se sacrificó también la *democracia* como elemento co-implicado con la ausencia de explotación y desigualdad (dimensión *integral* de la democracia), por mor de una democracia delegativa, fundamentalmente circunscrita al ámbito de la circulación o reproducción: la esfera del consumo, donde se ubica también el mercado electoral (recordemos que un sistema basado en la explotación del ser humano por el ser humano, como es el capitalista, no puede proporcionar democracia en la esfera de la producción).

Esto ligó asimismo la suerte de las principales expresiones organizativas del Trabajo al propio devenir del capital, condicionando tanto la política institucional como sindical³². Por eso mismo la socialdemocracia tuvo muy pronto que mantenerse atenta para contrarrestar la inestabilidad sistémica, proviniese de donde proviniera.

Efectivamente, la observancia del interés global capitalista va incorporándose para las organizaciones de clase “keynesianas” como un proceso de disciplinamiento de larga duración, dado que el espacio de posibilidad política va a depender decisivamente de impuestos y gastos sociales (especialmente de las prestaciones sociales). Todo lo cual está condicionado a su vez a la dinámica de acumulación capitalista. En las fases crecientes aumentan los ingresos del Estado y tendencialmente se da una mayor propensión a la distribución social (ocurriendo todo lo contrario en las fases decrecientes). Si se rompe con ese círculo de crecimiento del capital, mayor riqueza social y mayor distribución de la misma, la vertiente socialdemócrata no podrá alcanzar legitimidad a través de la mejora de las condiciones de vida de la población *dentro* del orden capitalista, y por tanto habrá condenado sus propias posibilidades de crecimiento y existencia. Pero de lo contrario, lo que está tirando por la borda la socialdemocracia es

³² Se desconsideraban así, además, los factores que hacían posible el propio crecimiento y sus víctimas: las de la división internacional y sexual del trabajo (divisiones conectadas entre sí –Mies, 1986-), las del militarismo-armamentismo y la expansión depredadora del Sistema (“crecientismo”), entre otras formas de manifestarse a escala planetaria la dominación capitalista.

su compromiso con la superación del capitalismo, que queda reducido al ámbito declarativo, en el mejor de los casos³³.

Por eso, en adelante la socialdemocracia se constituía como izquierda *del* Sistema. No ya como germen altersistémico dentro del mismo³⁴.

Era ésta una *izquierda integrada*, que rompía con la tradición republicano-democrática de emancipación y se aproximaba por contra al sector “progresista” de las élites sociopolíticas y económicas³⁵ (dado que éstas incorporaban la *opción socialdemócrata* a su nuevo régimen de acumulación-regulación).

³³ El Estado Social (la *opción reformista*) ha sido, pues, el mayor logro de la socialdemocracia y a la vez la trampa en la que permaneció prisionera hasta ser engullida por el capital.

³⁴ ¿Qué significa a la postre ser de *izquierda* o *derecha*? Históricamente la gran diferencia ha venido expresada en la pelación y relación entre intereses individuales y colectivos. La *derecha* indica una forma de ver los propios intereses como contrapuestos o en competencia con los de los demás (en cualquier caso, por tanto, con una pelación clara: “primero yo y después si sobra, el resto”). La *izquierda*, por el contrario, va unida al reconocimiento de que los intereses particulares se consiguen mejor a través de la persecución de intereses colectivos (es decir, de la realización del *bienestar*, o mejor del *bienvivir* de las grandes mayorías). Por ello cualquier accionar, para ser *de izquierda*, debe buscar siempre rehacer lo dado en orden a que el *bienvivir* afecte a más y más capas de población, lo que tiende (aunque no es condición necesaria) a implicar la toma de partido por la parte más débil en cualquier relación social. La *derecha*, en cambio, tiene su razón de ser en su permanente intento de preservar para uno mismo determinadas ventajas en las oportunidades de vida (y por ende su tendencia a preservar poderes).

Es por eso que los avances de la Humanidad de cara a la igualdad y emancipación de las grandes mayorías se dieron siempre a través del accionar *de izquierdas*, a veces contra la propia institucionalización de opciones y agentes que fueron previamente “izquierda”. Así, por ejemplo, a partir de la integración socialdemócrata al orden capitalista, el concepto de *izquierda* se resintió gravemente y, para albergar en adelante algo de su tradicional significado, hubo que ponerle apellidos: “altersistémica”, “transformadora”, “revolucionaria”, “radical” o, como hemos preferido utilizar aquí, “integral”. Sin embargo, todos esos apellidos pueden desgajarse del término “izquierda”, para marchar solos en busca de nuevas coagulaciones simbólicas y conceptuales, si con ello se ayuda a evitar el confusionismo que promueve hoy el Capital al respecto. Teniendo en cuenta que cualquier término que se utilice se convierte en etiqueta vacía si no incluye contenidos prácticos de carácter vital y estratégico respecto a un objetivo básico: la transformación o construcción social en pro de las grandes mayorías.

³⁵ Desde la década de los años 70 del siglo XIX, es decir al poco de consolidarse como proyección política del Trabajo, la socialdemocracia comienza a vincular su evolución al entramado institucional de la sociedad capitalista, mediante su propia institucionalización. Esto en principio fue pretendidamente estratégico, teniendo como meta la superación del capitalismo a través del anticipamiento de la construcción del sistema que le superaría: el socialismo. Pronto, sin embargo, la Segunda Internacional daría una variada gama de pruebas de que su propio devenir quedaba ligado de forma subordinada al del mismo Sistema que decía querer trascender.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia “clásica” se confinó a sí misma dentro de los límites del keynesianismo a partir del Congreso de Bad Godesberg del SPD alemán, en 1959 (en adelante ya no contemplaría al sistema capitalista como un orden a superar), y tiene una de las máximas expresiones de su derrotero burgués en la política del que fue una de sus figuras más emblemáticas, Willy Brandt, quien al finalizar la década de los años 60 declaró que “debía buscarse la desintegración progresiva de la Europa de economía no capitalista”. Más tarde, en 1975, el Ministro para Asuntos Ambientales de Inglaterra, Anthony Crosland, intentó de alguna forma dar un lavado de imagen a una socialdemocracia europea cada vez más comprometida con el proceso de acumulación capitalista y con su geoestrategia imperialista, mediante los que se conocerían como *principios de Crosland* (democracia con justicia, anteposición de la dignidad humana a la rentabilidad económica, equidad entendida como redistribución). Todo ello quedaría, lógicamente, en nada. A partir de la década de los 90’, con la transnacionalización del capital, la socialdemocracia se hunde un escalón más al plegarse al nuevo orden

De hecho, la socialdemocracia se terminará posicionando contra toda recuperación política (esto es, revolucionaria) del movimiento obrero; contra toda expresión autónoma de éste en la Política (en cuanto que no cuente con su mediación). Al abortar la constitución del Trabajo como sujeto político, la socialdemocracia intervendrá, por tanto, cada vez más, como izquierda *para* el Sistema –ver notas 33 y 35 supra-).

De forma lógica, el culto al progreso y la asociación de éste al capitalismo, van a impregnar a esa “izquierda integrada” a partir de entonces (ya incluso la tradicional y potente socialdemocracia alemana dejaba de alguna manera en manos del capitalismo y su progreso tecnificador, la superación de sí mismo)³⁶.

Su confluencia con la “derecha moderna” se hacía cada vez más patente³⁷. Al contrario del proceso socialdemócrata, y en concordancia con el ritmo de cambio del conjunto de relaciones sociales y de las bases materiales de la sociedad que protagoniza el capital en

de cosas impuesto bajo el pseudónimo de “neoliberalismo”, convirtiéndose (*neosocialdemocracia*) en el pretendido apéndice “humano” suyo en forma de “Tercera Vía” (no tan preocupada ya por la redistribución, sino por la paliación y prevención de ciertas marginalidades, sobre todo las potencialmente disruptivas, y el mantenimiento de ciertos poderes adquisitivos entre las capas medias de la población). En la práctica, la vía socialdemócrata dejaba de ser *la izquierda del* Sistema para fundirse en un magma amorfo con el resto de variantes capitalistas, como se evidenciaría con la instauración del neoliberalismo-financiarizado.

³⁶ La idea de *progreso* ha dominado el conocimiento moderno, y la ideología y la práctica de la izquierda se ha percibido como la expresión más consistente de esta idea. La élite capitalista, y en general la derecha, pese a los éxitos alcanzados contra el Trabajo, parecía estar permanentemente a la defensiva en cuanto al sentido histórico del progreso social y de la mejora de las condiciones de vida. Sólo con el neoliberalismo-financiarizado, “por primera vez desde el siglo XIX, la burguesía adquirió una ideología ofensiva. El neoliberalismo triunfante se presenta a sí mismo como una fuerza que ayuda a la modernización y al dinamismo, acusando al movimiento obrero, a la izquierda y a los sindicatos de conservadurismo, de ser hostiles al progreso técnico y de querer sacrificar el futuro en aras de la prosperidad inmediata y de los ‘privilegios’” (Kagarlitski, 2012: 4).

La *izquierda integrada* exhibiría a menudo un rechazo al pasado como el mundo tenebroso de los miedos, las tradiciones, el lugar de las ligazones comunitarias e “irracionales”, e incluso de la prevalencia de las identidades. El futuro, en cambio, era presentado como el realizador del mejor de los mundos, lo que traslucía la fe en un sentido de la historia, el encumbramiento del universalismo abstracto que predica la abolición de las fronteras y el desarraigo identitario y comunitario en general: un elemento más de comunión con la nueva derecha, “cosmopolita”. Además, por eso mismo, cualquier subversión terminaba a sus ojos por ser siempre “inapropiada”, impropio, inmadura para las condiciones objetivas dadas.

Esto no sólo abisma la distancia con las clases populares, sino que empuja a muchos integrantes de ellas a los brazos de la derecha tradicional, que promete *conservar* su mundo, sus asideros, y lo ha hecho siempre desde una invariada posición histórica, mucho más coherente y convincentemente que el *conservadurismo* a contrapelo de la *izquierda integrada* (para estas reflexiones, Micheà, 2011 y 2013). Frente al desconcierto de la vía socialdemócrata y sus propuestas más o menos “esquizofrénicas”, los reclamos de atracción de la derecha se han basado tradicionalmente en la *seguridad* (eso sí, individualizada) y en la *identidad* (la nacional-estatal); populismo que, como es lógico, le ha granjeado un relativamente constante e importante apoyo popular a lo largo de la historia.

³⁷ La derecha moderna y postmoderna (componentes importantes de la actual derecha), poco tienen que ver con la derecha clásica, reaccionaria, precapitalista, que llegó inamovible hasta el siglo XIX y que sólo pensaba en defender o restablecer la monarquía y el poder material e ideológico de la Iglesia, el orden social patriarcal más rancio y la relación privada en el mundo del trabajo (esta derecha representa sólo una parte de la derecha en el capitalismo avanzado). La derecha postmoderna sólo se siente concernida, en realidad, por el último punto, el de la privacidad de las relaciones laborales, siendo a menudo indiferente o incluso contraria a los otros (siempre y cuando con ello no se comprometa su posición social).

su incesante movimiento de acumulación, la derecha moderna y postmoderna no tiene ningún reparo en proclamarse iconoclasta, en despreciar valores tradicionales y agarraderos sociales. Si estas “neo-derechas” en algún momento se encuentran limitadas en su margen político y social, es a causa de su cambiante correlación de fuerzas con la derecha ultramontana que ha pervivido hasta hoy (y a la que los momentos de crisis estimulan y engordan).

En cambio la *izquierda integrada* se ve forzada a conservar a contracorriente derechos, servicios y, en general, un Estado asistencial. Olvidando ella misma de dónde venía y qué predicaba: que el capital cambia constantemente las reglas del juego, las formas de vida, los vínculos humanos, y que por tanto en el capitalismo no se pueden esperar estados estacionarios en donde lo que es dejado atrás por el propio capital éste lo recupere. Ajena a todo ello, esta “nueva izquierda” procederá como si el devenir sistémico y la propia historia transcurriesen sin rupturas. Pero ironías de esta última, puede decirse que la actual Gran Crisis del capital se está llevando a esa izquierda por delante como su primera víctima.

No le fue mejor, por su parte, a la versión *comunista* del movimiento del Trabajo, frente a un capitalismo que de nuevo se modificaba a sí mismo a partir, precisamente, de su victoria frente al Bloque Socialista. Con la “reconexión” del mundo soviético a la órbita capitalista, los propios Partidos Comunistas implantados en las formaciones centrales se desplazaron hacia la derecha intentando ocupar el espacio que dejó vacío la socialdemocracia, renunciando a preparar la transformación socialista en aras de la “real politik”, que se traduciría en adelante por el intento de preservar al menos algunas de las conquistas sociales (el autodenominado “eurocomunismo” fue el gran impulsor de todo ello). En general, las expresiones organizativas de la vía comunista “reconectadas” se atribuirían el objetivo de recuperar la *opción socialdemócrata* del Sistema. Se desenvolverían en adelante en una ambivalencia, pues por una parte teniendo en cuenta que el capitalismo liberal-financiero daba por descartada esa opción, el reformismo se había convertido en algo casi revolucionario; pero por otro lado, la tardía integración al orden capitalista de aquellas expresiones para convertirse en la nueva izquierda *del* mismo, se hacía a cambio de prácticamente nada (ninguna conquista *real* que justificara su nuevo rumbo histórico).

En cuanto a las expresiones de ruptura supervivientes de la vía comunista, al igual que los casos descritos, necesitarían en adelante que le fuera bien a la acumulación capitalista para poder medrar o al menos sobrevivir dentro de los parámetros que ella marcaba a escala mundial. Estas experiencias han derivado o están derivando desde la “construcción del socialismo” y “el socialismo de mercado” al “capitalismo de Estado” (como son los casos de China y Cuba)³⁸.

³⁸ Entre 1978 y 1992 China intentaba la vía del “socialismo de mercado”. Reintrodujo limitadamente a éste dentro de un sistema de propiedad pública, con el objetivo de fomentar el crecimiento agrícola, la expansión del consumo y la importancia de la pequeña empresa, en un marco de precios parcialmente libres. Esto incluía cierta diferenciación social y zonas francas para las transnacionales, pero mantenía

3. ¿Una nueva vía emancipatoria del Trabajo?

Entremedias de las dos grandes vertientes del movimiento del Trabajo que hemos seguido hasta ahora, van extendiéndose en las formaciones sociopolíticas centrales en los años 60 otras formas de relacionarse con la Política y de hacer Política que expresan en esos momentos la continuación de las vías seculares de lucha en torno a lo común. Tendrían su momento de ebullición y por tanto de visibilidad histórica, con la conmoción del 68.

Se propaga con ellas el reencuentro con otras maneras de entender la democracia y la búsqueda de vías para rehacer las comunidades. De ahí brotarían nuevas corrientes de reivindicación democrática y de recuperación y reconstrucción de los Comunes más allá de la dicotomía público-privado. El conjunto de expresiones de lucha y reivindicación en torno a estos factores fue encuadrado en principio bajo la denominación de Nuevos Movimientos Sociales.

Su importancia y ejes de incidencia radicaron precisamente en denunciar y hacer visibles los pilares en los que se afirmaba el keynesianismo (el mal llamado “*pacto de clase* Capital-Trabajo”). Es decir, quiénes eran los perdedores del mismo o cuáles eran las relaciones de explotación y desigualdad que sustentaban todo el entramado

restricciones compatibles con una construcción socialista. Por eso se ha apuntado hoy por cada vez más autores que se reproducía en ese país parcialmente la “Nueva Política Económica” (NEP) que ensayó Lenin en la URSS en los años 20, tras la conmoción de la forzada “economía de guerra”.

A partir de mediados de los años 90 y la entrada de China en la OMC, el modelo chino “al socialismo” ha dado paso en realidad a la extensión y mayor predominio de rasgos característicos del capitalismo, que se expresan tan inequívoca como contundentemente a través del enorme crecimiento de la desigualdad y de la concentración de capital. Del “socialismo de mercado” se ha pasado a una “sociedad de mercado socialista”, muy parecida a una larga fase de “capitalismo de Estado”, supuestamente necesaria para construir el socialismo.

Pero, como dice Katz (2014: 63-64):“... resulta difícil definir en qué consiste exactamente este último modelo, puesto que todas las variantes del capitalismo contemporáneo incluyen alguna modalidad gravitante de intervención estatal. El gasto público militar estructura la economía de Estados Unidos, el sector estatal francés es muy significativo, el estado alemán cogestiona muchas empresas y el generalizado rescate de bancos ha incrementado la gravitación del sector público en Europa y Japón. Ninguna de estas modalidades aproxima a cualquier pueblo al socialismo. Las distintas variantes de capitalismo de estado fortalecen a ciertos grupos capitalistas a costa de los trabajadores. Tampoco es consistente la expectativa en la burocracia como un nuevo artífice de la transición socialista. Este sector gestiona los estados en estrecha asociación con los grandes empresarios y banqueros. Es un segmento autónomo pero no independiente de las clases dominantes y defiende los mismos intereses sociales que la burguesía.”

En este sentido recordemos que un veterano del Instituto de Frankfurt, Franz Neumann, en su célebre análisis del nacional-socialismo señalaba que un “capitalismo de Estado” es una *contradictio in adiecto* (en Jay, 1989). Sea como fuere, las nuevas expresiones de la socialdemocracia a escala internacional (países del ALBA) parecen estar tratando de incorporarse a esa misma vía, la del “capitalismo de Estado” (hasta ahora inédita en América Latina), y de la que, a pesar de su enorme ambigüedad y permanentes contradicciones, se puede decir al menos que hasta ahora ha demostrado mucha mayor efectividad en resolver los atolladeros de acumulación que el neoliberalismo-financiero.

reformista. Así, las relaciones de género o división sexual del trabajo; la instrumentalización mercantilista del hábitat humano y de la Naturaleza en su conjunto; la división internacional del trabajo y el militarismo. Igualmente denunciaban el productivismo-consumismo del modelo de crecimiento capitalista (fordista-keynesiano), haciendo de los seres humanos meros entes productores-consumidores. Cuestionaban también la moralidad sexual y la restricción de las relaciones afectivas. Frente a ello oponían la reivindicación del *yo*, el gozo de la vida y el disfrute del propio cuerpo. Movimientos identitarios, reivindicativos de las minorías, de liberación nacional, se sumarían a todo ello.

Este conjunto de rompimientos condujo a una politización de la vida cotidiana (esto es, de la esfera de la Circulación-Reproducción), o lo que es lo mismo, a la socialización de la Política, activando el antagonismo entre la racionalidad vertical mercantil y la razonabilidad autónoma de los sujetos sociales.

Entre sus principales aportaciones pueden destacarse: a) el traslado del foco de atención hacia las relaciones de dominación y reproducción ideológica (en vez de las de explotación); b) la promoción con ello de una ciudadanía enriquecida con nuevos derechos sociales, así como con la incorporación de los ecológicos; c) la defensa de las identidades elegidas contra la estandarización y la alienación; d) la incidencia en el salario indirecto o social, promoviendo la desmercantilización de ciertos consumos sociales, lo que implica la lucha en aspectos cualitativos de la reproducción social frente a la invasión de la esfera privada por la ley del valor capitalista; e) la reivindicación de la autonomía, la participación social, la democratización de los poderes, etc.

Sin embargo, el reverso de estas líneas de actuación fue:

- El descuido de la esfera de la Producción, y en concreto de la expresión capitalista de la dinámica de clase: la relación salarial.
- La parcialidad de las intervenciones, sin una formulación o proyecto altersistémico, sin estrategias programáticas ni coordinadas entre los distintos movimientos que fueran capaces de perfilar *nuevos sujetos históricos*.
- La falta de articulación entre la fuerza y actividad social y la esfera política. Lo que impidió en gran medida estabilizar los logros o traducir estructuralmente las luchas y, entre otras cosas, motivó la inestabilidad de buena parte de estos movimientos, su pequeña dimensión y el carácter por veces efímero de sus actuaciones.
- La indeterminación en la esfera de la política de las luchas sociales de esta ola reivindicativa facilitó además la asimilación o manipulación de sus demandas por los diferentes poderes y formaciones políticas (que las pudieron incorporar de forma ambigua y desgastada a sus agendas o programas).
- La autolimitación reformista acompañó a menudo a bastantes de estas luchas.

En suma, la ola rupturista que se visibilizó en 1968 fue resultado tanto de la multiplicación de las oposiciones que se rebasaban el antagonismo central abierto por el movimiento obrero, como del descontento por la creciente integración socialdemócrata de éste en el orden capitalista. Los “rompimientos” desconsideraban a menudo ese

antagonismo central -la relación de explotación o salarial-, pero en cambio visibilizaban y atacaban otros aspectos de la dominación, alienación y explotación capitalistas, según se afianzaba y penetraba la ley del valor en la esfera de lo social. Recuperaban estos movimientos la práctica de autogestión desde el tejido social básico que había sido propia también de las primeras fases del movimiento obrero. Si bien no supusieron un serio obstáculo para la acumulación capitalista, sí ampliaron los frentes de lucha contra su orden de dominación, que se veía forzado a incorporar (más o menos descafeinadamente) bastantes de sus reivindicaciones.

En las formaciones periféricas esta vía cogió auge incardinada en las seculares resistencias étnicas, en la miríada de formas de preservar lo común y de participación y democracia alternativas (para una consideración de los rompimientos descritos a escala mundial, ver Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

Por todas partes estas luchas hicieron brotar nuevas identidades y conciencias sociales (o concedieron una nueva dimensión a otras ya existentes). Abrieron una línea de fisura en torno al consenso sobre el orden capitalista. Un camino desbrozado para que en lo sucesivo aparecieran muchas otras expresiones de alternatividad. Expresiones que irían adquiriendo mayor importancia conforme se deterioraba el modelo keynesiano y la acumulación por desposesión se hacía más y más prevaleciente.

Una vertiente del movimiento del Trabajo se reencontraba así con la democracia, la participación igualitaria y la reivindicación de *lo común* más allá del Estado.

El neoliberalismo-financiero pareció en un momento ser capaz de arrasar estas expresiones (ver apartado siguiente), pero según fue perdiendo vitalidad propició el fenómeno contrario, su multiplicación. Un resurgir de formas de vida y comunitarias, preñadas de proyectos sociales, ha acontecido conforme se evidenciaba la decadencia neoliberal: cooperativas de consumo, cooperativas de producción, de crédito, de enseñanza, de prensa o información; monedas comunitarias, monedas sociales, “Bancos de tiempo”, autogestión de bienes comunes, asociaciones de apoyo mutuo, etc. De ellas brotaría incluso una balbuceante forma de recuperar el internacionalismo: los que fueron llamados “movimientos antiglobalización”.

Se trata, en suma, de *topías* o embriones de la nueva sociedad en la vieja, formas de autogestión en marcha que pueden preparar otra sociedad que (todavía) no está aquí (utopía) pero a la que hacen más posible con su existencia³⁹. Formas de relación social que tienden a quebrar el círculo vicioso de las condiciones de existencia y de la conciencia unida a ellas.

Frente a la *izquierda integrada*, se fueron gestando de esta guisa los elementos moleculares de una nueva *izquierda integral*, que volvía a poner en cuestión el entramado económico-cultural capitalista, su propio metabolismo y no sólo sus

³⁹ García Jané (2012) hace un buen esfuerzo por presentar ese conjunto de alternativas en la senda del postcapitalismo.

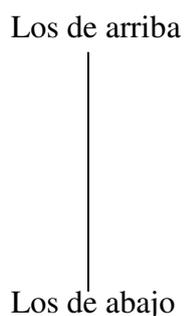
manifestaciones más dañinas; aunque no alcanzaba todavía una clara propuesta holística altersistémica.

Los sujetos embrionarios de la *izquierda integral* en gestación rechazaban buena parte de las maneras de hacer y los compromisos sistémicos de la *izquierda integrada*. Es decir, se desmarcaban claramente de la decantación histórica de la vertiente socialdemócrata del movimiento del Trabajo, que se había convertido en un pilar de la acumulación capitalista.

Con ello, ponían en cuestión el eje izquierda-derecha, que la opción reformista del Sistema había logrado disponer de forma horizontal, esto es, *dentro* de su orden dado de las cosas:



Para comenzar a reemplazarlo por un eje vertical:



Este eje tiene la particularidad de proporcionar una referencia más clara frente a la dominación, ubicando al conjunto social en la posición de subordinación, mediante el recurso a ciertos términos como “los de abajo”, “el 99%” y otros de parecida índole, que sustituyen a aquellos clásicos como “masas”, “pueblo”, “proletariado” y similares. Con ello se tiende, por contra, a amalgamar intereses y a homogeneizar la situación de unos y otros sectores sociales más allá de sus fracturas y divisiones estructurales. Se relega, por tanto, la concepción y praxis de *clase* (que el término “proletariado” había traído a la palestra precisamente frente a los de “masa” o “multitud”).

El cuestionamiento del eje izquierda-derecha ha tenido a menudo, además, su extralimitación funcional en el “apoliticismo” y en la desconsideración de la ideología (acorde con la ideología del fin de las ideologías que propugnaba el propio Sistema). Si bien, por contra, ha supuesto un revulsivo movilizador frente a la paulatina pérdida de sentido del eje izquierda-derecha, integrado en el metabolismo capitalista desde el keynesianismo (ver punto 3 del Apéndice).

Pero esta nueva vía movimientista del Trabajo no se detuvo ahí, atacó con dureza igualmente la vertiente “comunista”, a la que acusaba de compartir maneras de poder y, en general, civilizacionales, con su oponente capitalista (crecientismo, burocratismo jerárquico, armamentismo-militarismo, falta de democracia social...).

Con el tiempo esta vía encarnó la semilla superviviente del republicanismo social, sobre todo desde el (¿pasajero?)⁴⁰ colapso de la vertiente comunista en las semiperiferias y periferias del Sistema Mundial. Colapso que fue el desencadenante a su vez de la (auto)liquidación de la socialdemocracia en sus centros (que provocó además el declinar de las diferentes versiones de la “izquierda” que se contagiaron de ella, a la manera del “eurocomunismo”). El proceso de desmantelamiento de la opción socialdemócrata o reformista, todavía en curso, no hace, por su parte, sino agravar los problemas de acumulación y de regulación del propio capitalismo (Piqueras, 2014b), lo que está promoviendo a su vez, involuntariamente (con el agotamiento de los cauces de integración al Sistema y la decadencia de su vertiente distributiva), la recuperación de las luchas por los Comunes (tanto los seculares de corte *material* como los *inmateriales* que han ido desarrollándose exponencialmente con el avance tecnológico y social).

Pero antes de eso, aquella semilla del Trabajo tendría que crecer bastante sola, en un medio tremendamente hostil.

4. La dilución de los Grandes Sujetos en el capitalismo neoliberal-financiero

Con el auge del capitalismo monopolista financiarizado se desató todo el conjunto de procesos que vimos en el capítulo 1, especialmente para las formaciones centrales. Así, la financiarización de la gestión y de la reproducción social, la dilución del salario y el “keynesianismo del precio de activos” (o individualismo posesivo), que cambiaron la seguridad colectiva por la procura (sin garantía) de la supervivencia a escala individual.

Todo lo cual no era ajeno a las *nuevas formas de gobernalidad* que se habían venido asentando. Formas que requerirían en lo sucesivo de la colaboración activa de los individuos en su propio gobierno. *Ciudadanos libres*, producto de la creación de condiciones subjetivas que promueven su autodomínio, autorregulación y autocontrol.

Estas nuevas *formas* de dominio resultan de la economización de los medios de gobierno, que tratan de administrar contando con la mayor cantidad posible de energía que aporten los gobernados mismos. Requieren, por eso, de la activa intervención de los individuos en su supervivencia, la promoción de la "ciudadanía responsable", de los “derechos con merecimiento”, de la "racionalidad" económica de cada quien (Rose, 1996). El nuevo conjunto de dispositivos de dominación fue bautizado como *biopoder*, en cuanto que regulador del conjunto de la Vida humana tanto en sus raíces sociales como biológicas. Esos dispositivos son congruentes con las *formas* de extracción y apropiación de la riqueza colectiva que vimos asociadas a lo “cognitivo” en el presente capitalismo: todo aquello que generan los seres humanos en sociedad y cooperación

⁴⁰ A la espera de la resolución del proceso en China, por ejemplo.

(destrezas, información, imágenes, afectos, conocimientos, relaciones, ideas...), es decir el entramado de bienes inmateriales.

Esto, que se pudiera considerar también como un *trabajo biopolítico* o *biotrabajo*, está identificado con los quehaceres diarios de reproducción y mantenimiento de la vida en sociedad, ligado a lo que podríamos llamar en un sentido amplio “seguridad social”. El *biotrabajo* se disocia cada vez más de la producción capitalista vinculada al empleo-salario (excede con creces sus límites -Hardt y Negri, 2011-). Por su parte, la potencialidad inherente a la tendencia a la cualificación de la fuerza de trabajo siguiendo los procesos tecnológicos del capital, queda también contrarrestada por la precarización del trabajo intelectual y el consecuente considerable abortamiento de su aportación a la extensión y riqueza de los Comunes (lo que anula en gran medida la potencialidad inherente a la posiblemente creciente composición técnica del trabajo).

En conjunto, la generalización e intensidad de la *precariedad* laboral y social, conduce a una profundización del disciplinamiento de las poblaciones, que tienden más y más a quedar en permanente sumisión y disponibilidad para el capital.

Como es fácil de deducir, las dimensiones de la dominación y la explotación que adquiriría el sistema afectarían de pleno a la línea rupturista que venía del 68. La fuerza y empuje de los Nuevos Movimientos Sociales se verían seriamente dañados. Atomizada, con una prolongada afasia política o incapacidad de traducir en términos políticos el malestar social e individual, la mayor parte de la población encontrará cada vez más dificultad para expresar su perplejidad, desamparo e indignación a través de formas eficaces y duraderas de intervención social.

Y es que el modelo neoliberal-financiero-“protocognitivo” ha conllevado, como no podía ser de otra manera, drásticos cambios que han modificado profundamente las posibilidades y formas de organización y de incidencia políticas, especialmente en las formaciones centrales.

Efectivamente, en éstas el declive de la gran fábrica y del modelo de regulación fordista, el ocaso del obrero-masa, la segmentación de las categorías profesionales y el deterioro de las profesiones propias del Estado Social, la arbitrariedad del salario y la multiplicidad de formas de distribución de la renta o la riqueza social por fuera del mismo, el empobrecimiento de más categorías de trabajadores e incluso el incremento y extensión de la explotación por fuera del propio empleo, han conducido también a la decadencia de las formas de organización, representación y participación política tanto previas a, como propios de, la etapa keynesiana. A ello se sumaba un factor decisivo: la dilución del sujeto vertebrador de las luchas del Trabajo hasta esos momentos, el sujeto obrero⁴¹, que eclosionaría en una gran diversidad de actores laborales, tantos como formas diferentes de gestión y consumo de la fuerza de trabajo, así como de explotación proliferan en la relación Capital-Trabajo. Este último quedará en adelante más y más dividido en “categorías” diferentes, que *difuminarán* a menudo la propia relación de explotación.

⁴¹ Éste, aunque disminuido en número, no ha dejado de realizar luchas de clase. No obstante, en la larga y tropicada transición del keynesianismo al neoliberalismo-financiero lo vendrá haciendo en una dimensión crecientemente defensiva, de conservación a la baja de anteriores conquistas.

En consecuencia, las tradicionales entidades políticas propias del capitalismo industrial, algunas arrastradas desde el siglo XIX, perdían capacidad de incidencia y por tanto de reclutamiento y de representación. También disminuía la valoración social de su importancia y pertinencia.

Las expresiones organizativas y asociativas de la "nueva sociedad civil" neoliberal que las sucederían, resultarían de la fragmentación o dilución de los anteriores sujetos sociales, por lo que van a presentar mucha menor dimensión y escasa amplitud de sus propuestas e intervenciones, dado que aquéllos también se habían transformado en *microsujetos*.

Y serán éstos los que den cuerpo a los Nuevos-Nuevos Movimientos Sociales (NNMS), de un radio de acción mucho más limitado y reducido en general a la esfera privada colectiva, esto es, a las reivindicaciones de asuntos cercanos e inmediatos de ciertos sectores de población (testimonio de una generalizada pérdida de universalidad de las luchas)⁴².

Sin proyecto ni fidelidad histórica, los NNMS son cada vez más esporádicos, de militancia crecientemente intermitente o salpicada a lo largo de diversos momentos (relacionada a menudo con ciertas formas de amistad, se deshacen por desafecciones internas o bien al conseguir sus objetivos más inmediatos, o ante una elevada adversidad), con bruscos toboganes de concentración y desconcentración de actividad. Producto de la implosión de anteriores sujetos sociales y de sus organizaciones, están estrechamente vinculados a las formas *oenegeístas* de intervención social. También ligados a la revitalización de modelos contestatarios próximos al "anarquismo individualista".

Con las nuevas formas de gestión social, de estructurar los procesos productivos y de controlar y gastar productivamente a la propia fuerza de trabajo (a menudo en procesos de ultra-explotación, combinando expresiones tylorista-fordistas, pretyloristas y post o neotyloristas, como se dijo, con formas "cognitivas" de extracción de la plusvalía, etc.), se alteran también las formas de subjetivización y de conciencia posible⁴³. Si los servicios necesarios para la vida se fueron realizando cada vez más a través de medios financieros, y la *seguridad social* es sustituida por la gestión individual de la propia supervivencia, esto no puede dejar de influir en la conciencia social. Si el empleo va perdiendo a toda velocidad su centralidad en la vida de los individuos y el *salario* deja de ejercer una labor integradora (cada vez más población queda al margen del mismo y cuando la relación salarial todavía existe ya no garantiza a menudo el abandono de la condición de pobreza), forzosamente se verá afectada también la condición laboral, la

⁴² Del macrocorporativismo general que implicaba el "Estado Social", se pasa a un microcorporativismo particularista, en el que cada quien percibe y busca la "salvación" a escala individual (Alonso, 1999).

⁴³ La *conciencia posible* hace referencia al máximo de realidad que se puede conocer contando con los factores estructurales limitantes de un grupo o sociedad, sin que pierda su identidad y permanencia. Cada sociedad, cada estructura social, permite un grado de conciencia de la realidad a sus elementos antes de transformarse a así misma por la acción de éstos y de su propio autodinamismo (Goldmann, 1962).

identificación de la población como “trabajadora” y, en general, la propia conciencia social (que queda empotrada en el magma neoliberal, en los entresijos del *biopoder* y en las formas neoliberales-financieras de hacer sociedad).

Curiosamente, cuando esto ocurre, es cuando toda una corriente especulativa en la Filosofía y en las ciencias sociales comienza a aludir al poder de las poblaciones, ahora denominadas de nuevo *multitudes*.

4.1. Nuevas formas de expresión de los antagonismos. La difícil y compleja reconstitución de los sujetos.

La nueva *forma* que ha venido adquiriendo el capitalismo ha condicionado igualmente las posibilidades de articulación de los agentes sociales.

Así, el desarrollo del capitalismo industrial trajo emparejadas formas burocráticas de organización (asumidas también por el MO), que con frecuencia terminaron por desembocar en estructuras relativamente jerarquizadas, con no demasiada transparencia y comunicación horizontal. Los primeros pasos de lo que se ha apuntado como un “capitalismo cognitivo”, de corte informacional, fomentan por contra, formas organizativas *virtuales*, reticulares, que suplen la descomposición de las formas físicas de reunión y organización tradicionales.

Los agentes sociales se organizan cada vez más a través de “arcoiris”, rizomas, redes, webs... que conllevan altos grados de igualdad interna, transparencia y democracia horizontal. Formas de organización blandas, flexibles y, por eso mismo, difícilmente controlables, como tampoco hegemonizables ni cooptables. Aunque sí, en contrapartida, muy vulnerables a la manipulación, fácilmente desarticulables y más fácil aún de atascar su dinámica cuando no de empantanarla en un permanente bucle de autocentramiento. Han adolecido mayoritariamente hasta ahora, en definitiva, de relativa escasa operatividad a escala estructural, poca constancia y más escasa aún definición de proyecto social propio.

Considérese, por lo que toca a la primera parte, que la forma-partido se debilita entre otras razones porque el “individuo neoliberalizado” (*homo neoliberalus*) que compone en buena medida las sociedades del capitalismo degenerativo, no es precisamente muy proclive a participar socialmente ni mucho menos a emprender actividades en la esfera de la política institucional, en la que está entrenado a (tiene el hábito de) *delegar*. Frente a ello, las nuevas formas organizativas que surgen de lo particular, atraen y juntan coyunturalmente a los *individuos*, para intervenciones en campos concretos de lo social, pero se muestran hasta hoy poco eficaces a la hora de realizar articulaciones durables de sujetos capaces de saltar al plano macro-social o Político.

Por lo que respecta a las perspectivas de las formas actuales de vinculación y organización no olvidemos que la tendencia general en los desplazamientos técnicos realizados por el Capital ha ido en la dirección de dificultar la colaboración y

solidaridad en los procesos productivos, desbaratando las formas de organización y lucha que habían sido conseguidas por el Trabajo. En contrapartida, las nuevas tecnologías y procesos socioeconómicos anejos podían permitir a veces una mayor comunicación en la esfera de la circulación (‘ámbito social’). Esa posibilidad fue contrarrestada casi siempre por la sujeción de los seres humanos en cuanto que consumidores pasivos.

En cambio, las tecnologías que hacen cobrar más realidad al “capitalismo cognitivo” son más proclives a trocar esa pasividad en una condición ambigua, en cuanto que quienes las utilizan son “consumidores” pero también “usuarios” que pueden intervenir en el medio, para influir en él y comunicar o interaccionar con muchos otros de manera más o menos horizontal (en el espacio virtual)⁴⁴.

Desde diferentes disciplinas se viene apuntando que *las redes* son susceptibles de provocar procesos “emergentes”, inesperados, que en el contexto humano eclosionan en momentos álgidos, de clímax social, ayudando a precipitar unas u otras acciones y reacciones sociales (no necesariamente de corte emancipatorio, claro). Por eso aquellas tecnologías han sido llamadas “de las multitudes inteligentes” (Rheingold, 2004), dado que potencialmente amplifican la cooperación y componen una suerte de sustrato técnico(-ecológico) que permite construir inteligencia colectiva: los individuos empiezan a generar conductas asociadas a ideas que corresponden a una escala superior, a la manera de una “mente colectiva” resultante de la comunicación interactiva entre muchas personas que no se conocen entre sí (Kelly, 1994). Se abre con ello un nuevo “espacio social” despegado de la presencia física.

Sin embargo, de nuevo la ambivalencia, con las tecnologías de la computarización, de la informática y la microelectrónica (que son las que a menudo se apuntan como “cognitivas”), se tiende también a difuminar la discontinuidad entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida, a perder las fronteras entre lo laboral y lo doméstico, entre tiempo público y privado de los trabajadores, porque este último es invadido por los dispositivos de comunicación, que son a la vez de vigilancia, de control y de trabajo. Con tales dispositivos “el tiempo se percibe socialmente como algo que debe llenarse hasta los últimos resquicios, eliminando así los aspectos positivos del tiempo perdido” (Rheingold, 2004:219). Son, por tanto, congruentes con el tipo de *biocapitalismo* que

⁴⁴ Esta ambigüedad se muestra de distintas maneras. Por ejemplo, estas nuevas tecnologías en tanto que se manifiestan como una “cultura móvil”, son capaces de generar fácilmente “redes” de diversos espectros y dimensiones. Sin embargo son “redes” de individuos por lo general aislados entre sí (sentados frente al ordenador en la soledad de sus habitaciones). Con ello, bien puede estar deteriorándose el espacio público de comunicación e interacción humanas en favor de las comunicaciones “privadas”, entre muchos yos aislados (“yo” con “otros” ausentes). De hecho, es muy posible que se esté devaluando la participación en el espacio público, en favor de formas virtuales de concebir ese espacio: con escaso compromiso, con anonimato e inconstancia, dado que se puede “estar” y “no estar”, comprometerse o no, a capricho, puesto que entre las personas no media a menudo la responsabilidad contraída a través del contacto personal directo.

subyace al actual modelo de crecimiento, el cual trata de extraer valor del conjunto del hacer y de la vida de los seres humanos. La explotación de la totalidad de la vida humana tiene su contrapartida en la permanente disponibilidad y adaptabilidad de los individuos a la explotación bajo cualquier forma de empleo y más allá del empleo. Pero a su vez la potencialidad de todo ello, tan señalada hoy por diversos autores, es que los propios individuos se ven también forzados a *hacer* en común. Es decir, a dejar de ser tan “individuales”.

Parece, pues, que asistimos a dos procesos coincidentes y contradictorios: por un lado la fragmentación e individuación “asocial” y “apolítica”; por otro, las nuevas vías de “cooperación” a que conducen las nuevas formas de explotación de lo social. También la necesidad (tras la dejación del Estado) de volver a encontrar vías y mecanismos de cooperar para garantizar el Común, los Comunes.

Se trataría de un choque entre las tendencias al empotramiento del capital variable en el capital fijo, que corresponderían al supuesto avance del “capitalismo cognitivo”, y las condiciones objetivas de desligamiento del capital variable respecto a su fijación al ámbito del capital constante, a que aquél conduce igualmente, al expandir la explotación a todo el conjunto de la Vida. En este sentido, habrá que ver si el hipotético *biotrabajo* de los seres humanos en sociedad a que supuestamente abocaría el nuevo capitalismo en ciernes, será capaz de generar también nuevas subjetividades, y más aún, una “desubjetivación” de la relación capitalista y de su ley del valor⁴⁵.

Es seguro que, en cualquier caso, nuevas formas de organización social y política van a ir acompañando a la mutación capitalista en curso.

La interrelación entre estructuras acumulativas y formas de organización e intervención social es una constante histórica. Como se ha dicho, durante la transición del feudalismo al capitalismo las derrotas de las luchas por los Comunes propiciaron la conversión por doquier de la población en *multitud* o muchedumbre. Es decir que las protestas y resistencias poblacionales se tornaron predominantemente desestructuradas, desorganizadas, dadas bajo la forma de *masa* o *muchedumbre*, con escasa proyección de alternatividad social, aunque con una contundente dinámica de enfrentamiento⁴⁶. Se trataba en el fondo, como nos trazara Thompson (1979), de un conflicto, a veces

⁴⁵ Qué pueden deparar la ambivalencia y paradoja en que se mueven todas estas posibilidades, condicionantes y tendencias, tendrá que ver, como siempre, con cuestiones como las de *clase*, *antagonismo*, *autonomía* y *hegemonía*, que entre otras discuto en el apartado 3 del Apéndice.

⁴⁶ En el capitalismo salvaje de la Primera Revolución Industrial se fue gestando un, en primera instancia, desarticulado movimiento obrero, con organizaciones “horizontales”, “flexibles”, etc., hasta que aquél se condensó en estructuras cada vez más sólidas, entrando en proceso de institucionalización. Todo mientras conseguía construir *lo social* y arrancar formas de regulación que sujetaron la barbarie del capital. En el capitalismo salvaje de finales del siglo XX y principios del XXI, surge un, en principio, desarticulado movimiento social proveniente de la protesta de las sociedades desestructuradas. Trasluce en gran medida, por ahora, formas “horizontales” y “flexibles” de organización, pero con (todavía) escasa proyección altersistémica. ¿Qué nuevas plasmaciones organizativas y políticas terminarán adviniendo del mismo?

larvado, a veces explosivo, entre la economía moral de la multitud y la nueva economía política basada en la *ley del valor* (también al respecto, Domènech, 2014: 218).

Poco a poco la consolidación del capitalismo, las Revoluciones Industriales y la extensión del proletariado y el salariado fueron perfilando el nacimiento de nuevos sujetos políticos que darían vida igualmente a nuevas organizaciones y comunidades políticas (sindicatos, agrupaciones obreras, partidos..., en sustitución de los vínculos primarios que deshacía aceleradamente el capitalismo industrial). Dos siglos después, esos sujetos, organizaciones y comunidades se han ido desvaneciendo en una vertiginosa vuelta a la masa o *multitud*, que ha ido dejando hasta hoy cada vez más disociados a los individuos frente a las luchas de clase desatadas por el Capital en todos los ámbitos de Vida: en gran medida inermes frente a la posible nueva Gran Mutación en curso del capitalismo.

Sin embargo, según se destruyen los elementos sociales del Estado que habían suplido la apropiación autogestionada de los Comunes por parte de la población, conforme el capitalismo monopólico financiarizado va debilitando o suprimiendo, en general, las vías y mecanismos de integración, tanto como las formas “integradas” de hacer política o los propios fundamentos de la “seguridad social”, es más posible que renazcan vías u opciones rupturistas con este orden de cosas, y pudiera ser que en breve también insurreccionales. Igual que el proletariado de la Primera Revolución Industrial sin posibilidades de integración y sin todavía elementos propios de intervención sociopolítica, se decantó por esas vías hasta que logró forzar el conservadurismo moderno y las primeras reformas sociales y con ellos la posibilidad de intervenir “políticamente” dentro de la institucionalidad capitalista. Igual el actual proletariado(-“precariado”) podría reemprender pronto aquellos caminos, aunque de forma diferente (la historia difícilmente se repite de idéntica manera; hoy, además de condiciones históricas distintas, se parte de un recorrido hecho, con su bagaje acumulado de experiencias colectivas, pero también con sus desilusiones y descréditos, que hace improbable la mera reproducción o traslación de vías de acción y proyectos).

De ahí que la revitalización de las opciones rupturistas y la recuperación de la vía de los Comunes a partir de los escombros del Estado Social vengán a confluír en el tiempo. Y conviene tener presente que la lucha por los Comunes comprende en la actualidad la preservación o recuperación de “servicios sociales” y “derechos” frutos de todo un ciclo de conquistas históricas. Pero entraña, además, las formas *inmateriales* de establecer el “general intellect”, no sólo las maneras vivas de incorporar el desarrollo tecnológico a los seres humanos, las vías de comunicación y conocimiento social que se fueron abriendo con el desarrollo de las fuerzas productivas, sino las propias formas solidarias de vivir, de garantizarnos la vida mutuamente, de compartir los recursos. Éstas serán en adelante cada vez más vitales para posibilitar la viabilidad de las sociedades humanas en una era Post-Crecimiento.

Economía Social, solidaria, de los Bienes Comunes, son algunos de los nombres que se están dando a las plasmaciones reales en que se lleva a cabo hoy aquella lucha y que tiene uno de sus frentes más dramáticos en la resistencia a su propia absorción por el (*bio*)capitalismo (“cognitivo”) actual. El cual, no se olvide, persigue el control y apropiación de las condiciones colectivas de sostenimiento de la Vida y de cooperación y asociación de los individuos y colectividades en su propia supervivencia, para la transformación de esas “economías de vida”, de ese intencionalmente llamado “capital social”, en *capital* y *plusvalía* privados

Ante la necesidad y urgencia de recuperar los Comunes, dada la reedición de las formas más violentas y “mafiosas” de “acumulación primitiva”, no es de extrañar que muchas de las actuales expresiones organizativas y de constitución de nuevos sujetos de lucha, se asemejen en algún sentido a las del primer proletariado: comunales, anarquistas, de autogestión, de mutua ayuda, de potenciación de las capacidades mutuas, cooperativas, etc. Su importancia puede ir en aumento ante la probable implosión de la globalización capitalista y de su sistema civilizatorio.

En comparación, la vía de transición estatal para trascender el capitalismo perdió parte importante de su atractivo, al identificarse con los modelos desconectistas habidos en el siglo XX y que quedaron en alguna medida descalificados en cuanto que se les atribuyó elementos civilizatorios hasta cierto punto compartidos con el capitalismo.

Pero ante el callejón sin salida del “capitalismo realmente existente” en la actualidad, todos los procesos de alternatividad se repiensen. La transición vía estatal hacia el socialismo nunca dejó de tener reclamo para muchos sectores de población en el mundo no afectados por la “opción reformista” del capitalismo. Su puesta al día en las formaciones centrales podría hacerse más palpable cuanto más se deteriorara en ellas también tal opción. Las dinámicas de enfrentamiento y de organización se verán más afectadas, igualmente, cuanto más pudieran generalizarse unas u otras formas de despotismo.

Sea como fuere, cualquier alternativa deberá confrontar, además, un contexto mundial de disminución substancial de las fuentes de energía y de forzado estancamiento en el corto término, con tendencia al decrecimiento general a medio plazo.

En adelante, los movimientos del Trabajo tendrán que mostrar si son capaces de dar respuesta proporcionada a los gigantescos desafíos que enfrentan; si pueden resolver a su favor las viejas y nuevas contradicciones que fluyen de su relación con el Capital. Su suerte dependerá de si para ello son también capaces de aprovechar inteligentemente el caudal de experiencias históricas que pugnaron por conseguir los Comunes, y con ellos la transformación social con miras a la *emancipación* humana. Su gran reto radica en integrar para esos objetivos lo mejor de cada una de ellas. Para superarlas.

EXCURSO

ALIENACIÓN O EMANCIPACIÓN ¿MULTITUDES O POLÍTICAS DE CLASE EN ACCIÓN? AMENAZAS Y POSIBILIDADES.

La línea analítica procedente del operaismo italiano (con Toni Negri como figura intelectual de referencia), que en buena parte se autoproclama marxista (¿o “post-marxista”?), ha venido viendo la vuelta a la *multitud* como deseable o al menos como positiva, por su potencialidad constituyente de un orden nuevo.

Tras constatar la situación de partida hoy, que no es otra que la de descomposición de los sujetos sociales y políticos del capitalismo keynesiano y la vuelta a formas más desestructuradas, discontinuas y espontáneas de acción colectiva, la corriente post-operaista recupera el concepto de *multitud* para redefinirlo y darle nuevos significados y significantes (ver Apéndice), como un *ente* post-político, un enorme cuerpo social que se mueve de forma tan inopinada como concluyente, sin estructuras ni anclajes orgánicos, sin elementos cerrados, pero con una gran potencia en su propia vitalidad, en su mismo existir⁴⁷.

Se trata, en definitiva, de una nueva versión del espontaneísmo que ha adquirido notable influencia. Recordemos que las concepciones espontaneístas remiten sobre todo a dos fundamentos diferentes:

- a) bien consideran que una determinación objetiva externa a la acción política de los seres humanos se encarga por sí misma de llevar a la Historia por algún camino (véanse las anónimas “fuerzas productivas” en la ortodoxia marxista que en buena parte impregnó la II Internacional y que inunda hoy la elaboración especulativa del post-operaismo y otras corrientes “post” o “neo” en la Filosofía y ciencia social)
- b) bien postulan cierta autonomía preestablecida de las relaciones humanas, cierta disposición originaria inhibida del sujeto social, de modo que para alcanzar la emancipación sólo hace falta despojarse de las instituciones

⁴⁷ En todo esto las obras que marcaron camino fueron la trilogía de Hardt y Negri (2005), Negri y Hardt (2005) y Hardt y Negri (2011). Después de la especulación sin gran base de las dos primeras obras, en la última se aproximan a un análisis más cuidadoso de las condiciones capitalistas actuales, aunque sus conclusiones para superarlas siguen apoyándose en... ¡el amor! y la supuesta tendencia de las multitudes hacia el bien (“inmanencia” revolucionaria contra la que tanto ha argüido Laclau, 2005). La transición del un supuesto “capitalismo cognitivo” al “amor” y la “felicidad” es vista como una consecuencia lógica de la composición técnica del trabajo dada por aquél y el consiguiente desarrollo de las fuerzas productivas, con todas las potencialidades para el Común que incubarían. En otra obra (Negri, 2006), exagera la deriva místico-religiosa de su discurso, por lo demás profundamente deudor de Spinoza (2008), el título de cuya obra de referencia es suficientemente indicativo: *Tratado teológico-político* (con la salvedad de que éste fue escrito en el siglo XVII, y en aquel momento supuso un avance en el pensamiento social).

que, roussoneanamente, estropean la bondad natural, esto es, el “comunismo” espontáneo de las masas (aquí hay que remitir sobre todo a la corriente anarquista y las versiones más ingenuas del contrato social)⁴⁸.

Todo parece indicar que, a pesar de su autovinculación, el operaismo y sus derivados tienen más que ver con este segundo anclaje.

No otra conclusión puede extraerse de su empeño en hacer de la necesidad virtud, para proponer que la nueva forma de protagonismo social del Trabajo pasa por el libre movimiento de “los de abajo”, “el 99%”, “las multitudes” u otras indefiniciones de ese calibre, que se quieren hacer ver no sólo como la expresión dominante de la actual movilización social (lo que podría ciertamente constatarse a menudo), sino además como la forma “necesaria” de la misma en el proceso de transformación sistémica. Así, esta corriente idealista (“apolítica”), de la que se nutren hoy múltiples tendencias ideológicas, elucubra sobre el poder disruptor de las “mayorías” y “multitudes”, ajena a la contrastación social, al análisis socioeconómico de las subordinaciones y poderes y, en definitiva, a cualquier atisbo de economía política y de historicidad⁴⁹ (ver Apéndice).

⁴⁸ Sobre estos puntos, Mosquera y Callegari (2014). Añaden sobre ello los autores citados, que “es recurrente en la historia del movimiento obrero que en paralelo a la degeneración burocrática de organizaciones políticas o experiencias revolucionarias surjan como reacción concepciones ingenuas que, apelando a algún tipo de unificación espontánea de las luchas sociales, buscan volver superflua la mediación estrictamente política” (2014: 1).

⁴⁹ Surge en consecuencia toda una “filosofía política” de moda que nos anima a ir “más allá de la izquierda y la derecha”, para iniciar una etapa “post-política” y “post-ideológica” (por ejemplo Rodríguez, 2013). Una gran figura dentro de este *mainstream*, Badiu, se atreve a ir lejos en ese camino: “El marxismo, el movimiento obrero, la democracia de masas, el leninismo, el partido proletario, el Estado socialista –todas las invenciones del siglo XX- ya no nos sirven (...) en el ámbito de la práctica política se han tornado inservibles” (2008: 34). Pudiera ser que un autodenominado marxista (¿o será postmarxista?) que dice que el marxismo no sirve, estuviese aplicando la dialéctica en sus más altos niveles, para promover métodos de análisis y elementos de praxis más potentes y eficaces de cara a la emancipación humana. Sin embargo, esta interpretación no parece confirmarse cuando se atiende a lo que propone a cambio de tanta elaboración “inservible”: “*Ante tanta desgracia, ¿qué te queda? Yo misma, yo misma (...) Lo que Medea conserva es la valentía para decidir su propio destino*” (2008:37-38). La *valentía* la concibe Badiu como un operar con arreglo a una duración diferente de la que viene impuesta por el mundo: “*El punto que buscamos debe ser el que te pueda conectar con otro orden del tiempo*” (2008: 38). Entonces, ¿“recetas místicas” y crípticas de esta jaez al gusto “post” o destructivo, son las que sustituirán con éxito a las luchas y formas de organización “caducas”?). ¿Todo consiste en esperar el *acontecimiento* externo que según Badiu pondrá en marcha toda la potencialidad antagonista?

Otros idealismos reconocen lo pernicioso de la actual realidad “post-política” conseguida por el Capital y reclaman la repolitización de la vida. Mas, lamentablemente, cualquier esperanza depositada en una propuesta emancipadora se desvanece cuando a renglón seguido terminan advirtiéndole que esa politización es también “a-política”, es decir, no basada en sujetos, praxis ni mediaciones construidas a través de la propia lucha social. Así, un filósofo de lo “post-post”, como López Petit (2009), concluye que toda intervención social deseable pasa por la fuerza del anonimato, por una “política nocturna”, cuyo único objetivo (al parecer) es “abrir agujeros en la realidad” (¿!). Unas y otras de estas ilusiones sociales parten de la paradoja de pensar el orden capitalista como algo omnipotente, a-histórico y omnipresente, por lo que de ellas se desprende como un a priori que la cosmovisión capitalista impregne y moldee a la humanidad de forma permanente. Por eso no encuentran otra manera de enfrentar tan poderoso Sistema que a través de la mística, mediante la intervención de “multitudes”, “nomadismos”, “anonimatos”, “nocturnidades” u otras entelequias de parecida índole.

También por eso, en general, filósofos y activistas de todo pelaje se empeñan en presentar lo que es fruto de una descomposición social (la conversión de los sujetos de clase en *masa* o *multitud* –ver Apéndice-), como algo prometedor; pero eso sí, sin explicar nunca en lo concreto cómo va a plasmarse

Es, a todas luces, un reencuentro con las utopías milenaristas y aquellas de corte anarquizante que veían a las masas de gentes convertidas espontáneamente en algo así como *pueblo*, unidas a través de su presunto compartimiento de una situación de *igualdad* frente a una exigua minoría. Contemplan aquéllas a lo social (digamos, al movimiento espontáneo de las poblaciones) como autocomprendido y autorrealizativo, de manera que señalan una vinculación directa, inmediata, entre agentes sociales y sus praxis políticas, productivas y culturales, “reactivando el tópico idealista de absorción de lo político en lo social”.

De ahí el creciente vuelco de las tendencias idealistas actuales bien hacia el ámbito “pre-político” o al “post-político”, ensalzando el espontaneísmo. Al desacreditar la mediación política, tienden a centrar toda su confianza en el *contagio* para que el conjunto de la población se vaya sumando al *movimiento*. El movimiento pasa a ocupar el primer plano de los objetivos (propio del bersteniano “el movimiento lo es todo”), dado que aparentemente por sí sólo resolverá los problemas humanos, sin mediaciones ni transiciones, como si el paso de un tipo de sociedad a otra, de un modo de producción a otro, fuera un salto sistémico inmediato, donde prevalece el “todo o nada”, y como si el “homo solidaris” surgiera espontáneo del marasmo individualista⁵⁰.

Por eso en la actualidad tanta proclama “apolítica” o directamente antipolítica busca deliberadamente ser ajena a la alienación intrínseca que constituye al Trabajo y que éste padece en cualquier sociedad de clases y, en concreto, la muy característica que produce la sociedad capitalista, cuyas relaciones sociales son especialmente oscuras para los seres humanos. Con ello se desconoce, al mismo tiempo, el hincapié marxista en la conciencia política como acompañante indispensable de la constitución de *sujetos sociales*, en tanto que agentes con mayor capacidad de protagonizar la propia *emancipación* respecto de unas u otras condiciones de dominación y alienación (al identificar y enfrentar la explotación de que son objeto –ver más adelante nota 67-). Como quiera que desconsideran el factor de “conciencia”, no es extraño que las corrientes mencionadas tiendan a confundir la resistencia o “lucha de clase latente”, que es susceptible de producirse en todo ser humano ante cualquier forma de explotación u opresión (expresada como resistencia defensiva), con la “lucha de clase explícita” o auto-emancipadora.

La conciencia enajenada no aparece, por contra, como obstáculo para la generación de *sujetos* cuyo desarrollo *abstractamente* libre (dotado, como condición suficiente al

esa promesa. Otra cosa bien distinta hubiese sido constatar este punto de partida para trabajar *políticamente* a partir de él, en una permanente retroalimentación entre realidad, práctica y teoría. Nada más lejos de aquéllos.

⁵⁰ Esto nos envía de nuevo, como acabo de decir, a las versiones más ilusorias del anarquismo clásico, que veían posible la supresión del Estado y del Mercado de forma tan inmediata como a menudo aparentemente inopinada. Por eso no les desanima la contradicción de contemplar al Sistema como omnipotente, al tiempo que sueñan con múltiples subversiones y superaciones del mismo, sin definir nunca ni identificar agentes de carne y hueso, ni mucho menos trazar los pasos a dar y los obstáculos a vencer. Ver sobre ello Borón (2003a). Por mi parte, he llevado a cabo una recapitulación de los problemas y carencias de algunas vías de transición, como por ejemplo la “movimientista”, en Piqueras (2014a).

parecer, del hecho de *gritar* o *negar*), determina la modalidad material del proceso de organización social, en una inversión de la reducción economicista de la dialéctica entre materialidad y conciencia (ver al respecto, Íñigo, 2003).

La vía que abriera el operaismo insiste, más allá de todas estas consideraciones, en que estamos a las puertas de un nuevo ciclo de conflictividad insurreccional semejante al de la Europa decimonónica del 48. Un estallido insurgente de multitudes precursor de una nueva Humanidad.

Y en verdad es muy posible que dadas las circunstancias, los brotes de descontento y protesta tiendan a darse principalmente en forma de “multitudes”. La pregunta es si esa es una vía probable de transformación social.

Para poder responder con alguna claridad, consideremos primero que el conjunto de propuestas como las que aquí analizamos, albergan algunos grandes olvidos, como que:

- 1) Aquel ciclo de levantamientos del 48 y su fracaso condujo precisamente a la formación de las grandes organizaciones de masas vertebradas en torno al sujeto antagónico arquetípico de la nueva fase industrial capitalista y de su modelo de crecimiento: el proletariado industrial y sus sindicatos y partidos políticos.
- 2) En ese ciclo el Trabajo actuó todavía subordinado estratégicamente a la burguesía radical.
- 3) No se puede partir de un *a priori* falso, como que una población está dividida entre un 99% y un 1%. ¿Se ha olvidado ya que la sociedad está estratificada en clases sociales, atravesada por profundas líneas de fractura como la de género y cruzada por una gran variedad de intereses y combinaciones de ellos también entre fracciones de clase? La subordinación y las diferentes formas de explotación no forman por sí solas un *sujeto*, ni siquiera una *fuerza* multitudinaria, transformadora. Eso puede ser un objetivo pero nunca un *a priori*.
- 4) El enemigo de clase al que hay que enfrentar no alberga precisamente escrúpulos ni inclinación a escatimar cualquier forma de represión y de violencia contra los intentos de emancipación humana. Pretender que el *deseo*, la desalienación y la “huida nómada” (ver Apéndice) son suficientes para encarar eso, es, en el mejor de los casos, temerario e irresponsable.
- 5) A escala planetaria las luchas y resistencias sociales han estado lejos de presentarse de la manera dicotómica en que se quiere señalar para las formaciones centrales actuales. Numerosas formas organizativas han convivido a lo largo del tiempo, desde las indígenas-comunitarias u otras arraigadas en la base productiva y de convivencia social, hasta las clandestinas necesariamente estratificadas, organizaciones populares, frentes político-sociales, partidos estratificados y otros assemblearios, organizaciones armadas y un largo etcétera. Las expresiones del Trabajo en movimiento no se agotaron ni con mucho en las aquí nombradas, ni se contrapusieron binariamente entre sí, sino que, por el contrario, muy a menudo se mezclaron y complementaron.

- 6) No debe identificarse la política-institucional, donde está el poder formal del capital y se encauza la pretendida “representación” social, con la Política con mayúsculas (donde cobra vida la *materialidad* del poder del capital), que se lleva a cabo en todo el *metabolismo social* capitalista, a través de procesos mediante los que se construye, decide y regula el devenir social, las oportunidades de vida y las posibilidades de participación y protagonismo de unos u otros seres humanos o sectores sociales. [Dicho sea de paso, el principal objetivo del Capital en cuanto a la tan manida “*gobernanza*”, consiste en reducir la Política a mera gestión administrativa⁵¹ o “*ingeniería social*” –y puede decirse que el neoliberalismo-financiero ha hecho grandes logros al respecto, llevando a sus cumbres más altas la utopía smithiana, de sustituir la Política y el contrato social por el Mercado (una sociedad auto-representada a través del Mercado)-. Por eso resulta tan apreciable para el orden capitalista que las “multitudes” identifiquen la Política material con la política institucional, descartando aquélla junto con ésta]⁵².
- 7) Las *multitudes* per se, sin proyecto alternativo ni formas organizativas “adecuadas” (capaces de anticipar con eficacia y responder) al nuevo tipo de capitalismo que se está gestando en la actualidad, pueden devenir provechosas para la acumulación capitalista fuera del estricto ámbito de la producción. De hecho, bajo el propio razonamiento de las teorizaciones analizadas, la “apropiación de la multitudes” (de su quehacer colectivo, del conjunto de Bienes Materiales y sobre todo Inmateriales que generan), bien podría ser la última oportunidad de acumulación capitalista (ver apartado 4.1. del capítulo anterior).

En definitiva, para estas corrientes espontaneístas y “post-marxistas” (ver Apéndice) podrían hacerse valer las palabras que Galcerán dedica al bakuninismo:

“La explotación económica no es vehiculada, como en el discurso marxista a través de una instancia económica, que la hace funcional al conjunto de la reproducción social en la modalidad capitalista y por tanto a la reproducción ampliada del capital, sino que se considera efecto de la dominación política, coagulada en el Estado, el cual se enfrenta a unas masas populares siempre prestas a la rebelión” (1997: 269).

De los planteamientos que aquí examinamos emana una suerte de retorno a la “clase universal”, al mito de la sociedad unida, “la comunidad de iguales” más allá de las

⁵¹ Esa misma ilusión pero de sentido contrario, albergaron Marx y especialmente Engels (y con ellos tantos marxistas), al pensar que los seres humanos podrían dotarse algún día de una sociedad sin Política o en la que ésta fuera sustituida por una “administración de las cosas”.

Para buena parte del anarquismo, en cambio, es algo más, es la “ilusión” sobre la que construyen su ideario y su entramado “anti-político” de intervención social.

⁵² Hasta ahora la ingeniería social capitalista ha conseguido que buena parte de las poblaciones “deleguen” la actividad política a profesionales, desinteresándose de las vertientes activas o participativas de la misma. Esto entraña, para generaciones enteras, elevadas dosis de apatía e ignorancia políticas, así como de falta de compromiso con los asuntos colectivos de cada comunidad o sociedad. Lo que a la postre desemboca en la dilución del vínculo social.

clases, que proclama a la *multitud* como la clase-no clase que incluye o representa a todas las demás, predispuesta tan permanente como naturalmente a la liberación⁵³. Es como si hubiéramos pasado de una fase de *clases sin luchas* (keynesiana) a otra de *luchas sin clases* (“biocapitalista”) (Balibar, 1997).

Mas ni la “clase universal” existe en ningún modo de producción clasista ni los fenómenos y procesos que concitan masas o multitudes son un hecho dado, derivado “objetivamente” de ningún desarrollo tecno-productivo. Mientras el capitalismo persista, sea cual sea su modalidad o modalidades, las expresiones organizadas y movimientistas del Trabajo continuarán interaccionando con él en un mutuo condicionamiento sin fin. Diferentes condiciones socio-económicas y políticas, diferente evolución de las fuerzas productivas, se compaginarán con distintas manifestaciones del antagonismo básico entre el Trabajo y el Capital, con polimórficas expresiones organizativas de uno y otro, así como con variados encajes o desfases entre aquel desarrollo de esas fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción que se incardinan en ellas.

Según se va modificando el propio capitalismo, antes o después se modificarán también las formas de reacción e incidencia del Trabajo de cara a responder a esos cambios, y se consolidarán otros tipos de organización social. En el corto término es de prever que, conforme se enfrentan las nuevas formas de gestión, consumo productivo del trabajo y división social del mismo, como ocurriera en el tránsito del siglo XVIII al XIX cuando se combatieron las formas industriales de consumir productivamente la mano de obra, de la *multitud* devengan nuevas expresiones organizativas, nuevas coagulaciones orgánicas difíciles de prever, pero que presentarán necesariamente formas adaptativas al nuevo tipo de capitalismo -o a los diferentes capitalismos resultantes a escala global- (lo que se puede traducir en un amplio abanico organizativo que puede ir desde la escala más flexible y laxa, hasta la estructura cerrada e incluso de nuevo clandestina, con muy variadas combinaciones según los lugares).

Véase que la forma *partido*, por ejemplo, ha sido y continua siendo, una manera de enfrentar la dominación del capital en el ámbito sociopolítico, así como de concurrir por el poder institucional. Aquélla resulta difícilmente sustituible por formas organizativas o movimientistas que alberguen o canalicen luchas y reivindicaciones parciales o sectoriales (desahucios, hipotecas, economía social, autoproducción y consumo, desempleo, transexualidad, conservacionismo, etcétera, etcétera), a la hora de llevar a cabo programas o proyectos para el conjunto de la sociedad. Reemplazar al partido en el futuro estará condicionado por las propias formas de dominación y explotación capitalistas, así como por las capacidades organizativas desarrolladas por el Trabajo desde su escalón más local y autogestionario hasta el que tiene que lidiar con transformaciones en la escala social total. El “movimiento-organización” o el “movimiento-partido”, por ejemplo, se presentan como formas mixtas que podrían tener un elevado desarrollo en el futuro inmediato.

⁵³ En el fondo, uno alberga la sospecha de que todas estas elaboraciones pseudo-teóricas parecen estar destinadas a lo que queda de las integradas clases medias, que no sólo se piensan como las mayoritarias en las formaciones sociales centrales, sino las que más informadas están, las que más se interesan por la política, las más “cultas” y “modernas”, las que se sitúan en el centro de casi todos los discursos políticos. “El sector social que a veces tiene en definitiva la capacidad y la creencia de representarse y presentarse como el ‘pueblo’” (Domènech, 2014: 288).

Unas u otras expresiones, en cualquier caso, son susceptibles de reproducir esquemas jerárquicos, delegacionistas, desigualitarios (hay movimientos muy poco democráticos, como hay partidos con amplias dosis de participación y democracia interna). Albergarán también, indefectiblemente, tensiones y conflictos. Nuevas fracturas internas se añadirán a las tradicionales, dado que lo social no se engarza entre sí sin mediaciones políticas y éstas, adquieran la forma que adquieran, siempre correrán el peligro de desligarse del cuerpo social. Por eso éste debe estar en permanente “estado de participación”, en continua vigilancia e intervención política, si no quiere ser gobernado o que otros decidan en su nombre (lo cual, obviamente, no es ni mucho menos fácil de mantenerse en el tiempo para grandes poblaciones). Y para que un cuerpo social alcance las propiedades de autoorganización o autogobierno y cohesión entre las partes, éstas deben, forzosamente, vincularse a través de relaciones que tiendan a la igualdad o equivalencia entre ellas, con la consiguiente conciencia de lo común (“conciencia política”).

La evolución capitalista, sin embargo, acentúa la competencia y la división entre los miembros de cualquier sociedad, a los que *individualiza*. La actual complejización social, la creciente autonomización (y profesionalización) del campo político-institucional, así como la profundización de la división social del trabajo, no hacen sino confirmar lo inoperante y baladí de la “ilusión social” o creencia en la autosuficiencia del movimiento, aneja a la creencia en una futura sociedad sin suturas, reconciliada finalmente consigo misma⁵⁴. Bien al contrario, sólo el reencuentro activo con la Política como medio y como campo en el que negociar o consensuar intereses, líneas de fractura, proyectos, ideologías, cosmovisiones y la participación de los diferentes seres humanos y agrupaciones de los mismos en la forja de su propia vida, puede dar alguna posibilidad de que *lo social* se manifieste como espacio de sujetos equivalentes, relacionados de forma democrática⁵⁵. Sólo así hay alguna posibilidad de que una sociedad se parezca algo a un 99% articulado en torno a un proyecto común.

Es lógico que en el nuevo impasse de acumulación del sistema capitalista, en la presente encrucijada de caminos en la que se encuentra, asistamos a un renovado debate y

⁵⁴ Ver aquí Bensaid (2006) y su alusión a los tres tipos de utopismos que prevalecen en esta coyuntura histórica: los liberales (de un capitalismo bien regulado); los keynesianos (de un keynesianismo europeo extendido al resto del mundo y proyectado indefinidamente sobre el tiempo); y los neolibertarios (de poder cambiar el mundo desconsiderando no sólo el Poder del capital sino los poderes que dividen a las personas).

⁵⁵ La imposibilidad de acoplar el Reino de los Cielos en la tierra, esto es, la necesidad de conferir un contenido concreto a las ideas de igualdad y universalidad que motivan la transformación social, han de ponerse en práctica no en el vacío sino en un espacio históricamente colmado donde estructuras, cosmovisiones, relaciones e individuos provienen y siguen siendo parte del metabolismo del orden que se intenta superar. Para los diferentes tipos de mesianismo o utopismo, la articulación de ideales y realidad, sea la que sea, en la nueva sociedad, se muestra siempre como una negación concreta del ideal abstracto. La libertad absoluta siempre resultará traicionada o negada por la libertad concreta. El universalismo abstracto ha conducido así al mesianismo (el cual preside todavía incluso algunas corrientes marxistas); el cual termina a menudo por oponerse a la Política y a todos y cada uno de los procesos de transición (que siempre resultan “impuros”) (Losurdo, 2011).

En el otro lado, el pragmatismo y el peso de la realidad, han hecho a menudo olvidar que cada articulación concreta entre lo ideal y lo real es válida siempre que suponga un avance respecto de la situación anterior, en el camino hacia unos objetivos que, como el horizonte, no son nunca alcanzables del todo (no son, además, históricamente *necesarios*), pero son la más segura guía de la acción para proseguir en la vía de emancipación, frente al anquilosamiento del proceso o su degeneración hacia nuevas formas de desigualdad y poder.

remodelación de las organizaciones y de las expresiones del Trabajo en movimiento. De su acierto en el análisis e inteligencia reactiva a la nueva *forma* en gestación que está adquiriendo el capitalismo, dependerán en gran medida no sólo las posibilidades de emancipación futura⁵⁶, sino de la propia vida social.

La incertidumbre en el actual momento de bifurcación sistémica es enorme.

El presente deterioro de las condiciones sociales, la combinación de las crisis de acumulación y de regulación capitalistas, socavan aceleradamente la legitimidad del orden social, redundando en la visibilización de las contradicciones y de los sustentos del Poder de clase del capital (lo cual es proclive de permitir también la mayor detección de los otros muchos poderes con los que aquél se retroalimenta), cuya dominación se hace cada vez más descarnada y brutal.

En la medida en que el capitalismo cada vez es más incapaz de dar respuesta a los problemas vitales de la Humanidad (subsistencia del conjunto de la población mundial, preservación de recursos estratégicos y de las fuentes de vida del planeta, cambio climático, consumo posible en función de la demografía y los recursos, etc. –ver final de capítulo 1-); según agota incluso su capacidad de impulsar el desarrollo de fuerzas productivas (en favor del exponencial crecimiento de fuerzas destructivas), se hace más y más verosímil que su tiempo histórico pueda estar agotándose.

Sus enormes contradicciones y atolladeros son susceptibles de abrir cada vez más líneas objetivas de fractura o antagonismo. El *viejo topo* que se alimenta de ese antagonismo sigue, aunque (todavía) no lo haga de manera perceptible para muchos, horadando la tierra bajo los pies de un sistema muy posiblemente en degeneración.

La vía de los Comunes que pareció diluirse en el capitalismo “social” y erradicarse con el capitalismo neoliberal-financiero, adquiere nuevo empuje con la decadencia de este último, multiplicando de nuevo las experiencias autogestionarias, comunales, de mutuo apoyo, comunicacionales, puede que asimismo consejistas. Al hacerse más probables, en suma, las opciones rupturistas, cabe considerar también que la vía comunista que ensayó la transición a través del Estado sigue latente (aunque arrinconada) en China y muchos otros lugares del mundo, así como en el ideario de una parte no desdeñable de la Humanidad.

Los aldabonazos del *movimiento comunista* durante el siglo XX (1917, 1949, 1954, 1959...), lejos de haber supuesto meros interludios de ida y vuelta al capitalismo, podrían verse hoy, con la ventaja de la perspectiva histórica, de bien diferente manera, como los primeros destellos de una era post-capitalista. De sus grandes errores y de sus enormes logros podría aprender la Humanidad cómo realizar mejor ese tránsito en adelante.

⁵⁶ Al igual que las moléculas tienden a la forma gaseosa y se expanden y separan unas de otras siempre que determinadas fuerzas físicas no les hagan atraerse formando estados más improbables pero más sólidos, las “moléculas sociales” se mueven en estado “gaseoso” hasta que determinadas combinaciones de fuerzas estructurales y agenciales les hacen adquirir nuevas cristalizaciones organizativas.

En este sentido, no parece que el tránsito hacia nuevas agencias con capacidad transformadora emancipatoria pueda realizarse sin tener en cuenta el bagaje de los principios republicano-democráticos, que a su vez dependen de la capacidad de integrar lo mejor de las diferentes vertientes del movimiento del Trabajo a que dieron lugar, y que comenzaron a separarse en el siglo XIX pero que se dislocaron sobre todo en el XX.

CUADRO SINÓPTICO GENERAL

FORMAS DEL CAPITAL Y LUCHAS DEL TRABAJO EN LAS FORMACIONES SOCIALES		
<p>Primer capitalismo</p> <p>Prevalencia de expresiones y políticas rupturistas e insurreccionales</p> <p>Anarquismo clásico</p> <p>Cooperativismo</p> <p>Formas organizativas "blandas", discontinuas, comunitarias...</p> <p>Estrategias conspirativas</p>	<p>2ª Revolución industrial</p> <p>Fase de transición hacia la forma partido, organizaciones de masas, organizaciones de masas estructuradas.</p> <p>Anarcosindicalismo</p> <p>Sindicalismo combativo</p> <p>Consejismo obrero</p> <p>Separación de vías socialdemócrata y comunista.</p> <p>Separación de vías comunistas (autogestionadas y libertarias en general, de las de transición con Estado)</p>	<p>Capitalismo Keynesiano</p> <p>Integración del Trabajo</p> <p>Sindicalismo regulativo</p> <p>Organizaciones de masas estructuradas macrocorporativas</p> <p>↑↓</p> <p>política integrada - institucional</p> <p>↑↓</p> <p>Predominio de la forma organización-partido</p>
<p>De la "lucha de clases"</p> <p>El Capital como nueva clase dominante</p> <p>Dominio despótico del Capital (sin legitimidad)</p>		<p>→ al "pacto de clases"</p> <p>"Lucha de clases" integrada o cuantitativa</p> <p>Legitimidad del Capital</p> <p>Hegemonía</p> <p>El Capital como clase dirigente</p> <p>SU</p> <p>S</p> <p>"neoliberalismo"</p> <p>neoliberalismo</p>

APÉNDICE

1. Un cruce de reflexiones con lo “post” de la política, el (post)operaismo y ciertos “marxismos post-marxistas”

Toda la vertiente procedente del operaismo es deudora de una consideración básica: la insistencia de Tronti sobre la capacidad de emancipación del Trabajo y de cómo sus luchas condicionan los propios movimientos del Capital. Este presupuesto es en sí fructífero y movilizador siempre y cuando no se *absolutice*, que es precisamente lo que harían más tarde Negri y un buen puñado de seguidores teóricos suyos.

La aportación de Negri concentra todo su esfuerzo político y discursivo en la *potencia* de los subordinados frente al poder del Capital, a partir de la utilización de la filosofía spinoziana y su distinción entre *potenzia* y *podere*. En adelante, la *potencia* (la potencialidad innata que hay en cualquier ser humano, en cualquier lucha o resistencia), será la que marque la trayectoria del Poder del capital, sus movimientos y cambios (ver al respecto Callinicos, 2001).

La mezcla de fuentes post-estructuralistas a las que recurriría después la línea negrista del operaismo, tendría la dudosa virtud de incorporar lo peor de cada una de ellas. Así por ejemplo, se toma de Foucault el postulado de la dominación, como el elemento fundamental a combatir. Esto a la postre implica identificar el capitalismo esencialmente como dominación. Por el contrario, el marxismo había hecho hincapié en la necesidad de considerar la dinámica de explotación y, en conjunto, el metabolismo económico-social del que emana el poder material del Capital. Esto quiere decir que el capitalismo no es sólo una relación de poder de clase, sino que *está basado* en la relación de clase, que es una relación económica y social. El condicionamiento que marca esa relación (de desposesión de los productores, apropiación privada de los medios de producción y conversión de los productores en mercancía *fuerza de trabajo*), estructura las posibilidades de la dominación política, que a su vez actuará fundamentalmente para perpetuar aquella relación.

Pero siguiendo con Foucault, para este autor la dominación consiste en una pluralidad de relaciones de poder que no pueden ser eliminadas con una “simple” revolución (ni siquiera una transformación social de amplio calado). Ante aquéllas sólo se puede resistir a partir de bases locales y descentralizadas, microprácticas intencionales (sic). Es decir, lo que propone es enfrentar al capitalismo ante todo como *poder* y *subjetividad*.

De ahí se pasa a Deleuze, para extremar más si cabe esa subjetividad. Pero atención, nada más lejos para él que a través de este concepto apelar a sujetos con conciencia y proyecto políticos. La *subjetividad* de la que se habla y que supuestamente mueve a las masas no es otra que el *deseo*. Para Deleuze -y su compañero Guattari- (1985 y 2000) el

deseo, como la mayor expresión de la vida, lucha constantemente contra los históricos confinamientos a que le somete la cambiante constelación de poderes

Las propuestas de Deleuze hunden sus raíces en el “vitalismo material”, que propugna que la vida, la voluntad (y su mayor expresión, el deseo) pueden siempre sobrepasar las barreras de lo constituido, del poder. El *deseo* es la auténtica materialidad de la lucha. El *nómada* es el verdadero revolucionario, pues desafía las territorializaciones y fronteras del poder (lo *nómada* constituiría el modelo de cualquier resistencia al poder, a cualquier poder). La desterritorialización, el cruzar fronteras, es por tanto la principal oposición al Estado y su lógica territorial. De aquí beberían todas las simplezas argumentales de autores como Mezzara o Moulier-Boutang, que proponen las migraciones como formas de desestabilización y de formación de auténticos sujetos de cambio⁵⁷.

Una vez más el mundo al revés. En lugar de hacer un análisis empírico de lo que significa migrar como fuerza de trabajo en función de la movilidad circulante del capital y, atención, como salida individual (o si se quiere, como mucho, familiar o grupal) para escapar de determinadas condiciones sociales (en vez de enfrentarlas colectiva y organizadamente), estos últimos autores ven la migración como una línea de ruptura potencialmente instituyente de nuevos órdenes, fantaseando a lo Deleuze (es decir, sin ninguna fuente empírica actual que apoye tal formulación). En todo caso, el *poder ser* (la potencialidad o posibilidad de que ocurra algo) no solamente no puede darse por hecho en la ciencia social, sino mucho menos servir de punto de arranque explicativo de lo existente.

El operaismo y las diferentes ramas elucubradoras que se han derivado de él en el análisis sociológico y político, sueñan con múltiples subversiones y superaciones sin definir nunca ni identificar agentes de carne y hueso, ni los pasos que éstos deben dar. Es decir, nada parecido a un análisis de situación, de correlación de fuerzas ni menos aún a una proyección teórico-política táctica.

De ahí se deriva que la idea de revolución sobreviva como mito, más que como proyecto estratégico. No sorprende, entonces, tampoco, que lo central y lo organizado sea visto con sumo recelo, mientras que lo “singular”, lo esporádico, lo amorfo (*multitud*⁵⁸), la transgresión eventual, sean contemplados como lo auténticamente

⁵⁷ Para una fuente crítica sobre esto, Callinicos (2001). Para las referencias y críticas a Mezzara y Moulier-Boutang, Piqueras (2011b). Un buen encuadramiento científico e histórico de las corrientes teóricas de las que hablamos puede encontrarse en Therborn (2014).

⁵⁸ La *multitud* es más un concepto de la filosofía postestructuralista (heredero sobre todo de Deleuze y Guattari), que un elemento de análisis práctico, histórico, de la realidad. Forma antes parte del mundo ideológico-especulativo que del análisis de fuerzas y resultados concretos de la relación Capital/Trabajo, es decir, de las *luchas de clase*. Ya el término *pueblo* fue un constructo político-ideológico de carácter laxo, que intentó aglutinar al conjunto de población que no se entendía comprendida en la “clase obrera” o el “proletariado”, pero que compartía la condición de subordinada (a menudo incluso se trató de indicar con este concepto-fuerza que la población que adquiere conciencia de esa subordinación y pugna por sacudírsela, se hace *pueblo*). Pues bien, los post-postmodernos-postmarxistas no están contentos siquiera con este concepto y prefieren sustituirlo por otro definitivamente amorfo: la *multitud*. Por ejemplo, Virno

liberador. Se hace gala, igualmente, de una predilección clara por las manifestaciones intersticiales y marginales, sin orientación política, antes que por las fuerzas sociales organizadas y políticamente orientadas. A veces todo ello va de la mano de un “tecnomisticismo” o confianza en que las nuevas tecnologías son liberadoras *per se*.

Y no es que aquellos espacios y luchas no sean válidos, y que no haya que sumarlos. Se trata de no realizar una inversión de prevalencias a través de ellos, presentando a las actuales como las “auténticas” formas emancipadoras (las únicas posibles) frente a cualesquiera otras que impliquen “viejas” formas de organización.

No olvidemos que este sistema se llama “capitalista” porque es el capital el que le otorga su impronta, y que los seres humanos convertidos en fuerza de trabajo son la parte subordinada, por más que la ideología de la *multitud* quiera hacer ver lo contrario.

El operaismo parte de un punto cierto: el Capital depende del Trabajo (el gran drama capitalista, su ineludible contradicción histórica proviene de su *debilidad intrínseca*, que no es otra que su dependencia de la explotación del Trabajo para poder sobrevivir como Capital; al tiempo que depende de los propios productores para el consumo final).

Pero señalar esta evidencia, sin relativizarla, para basar en ella la emancipación del Trabajo, es hacer un flaco favor a las posibilidades de tal emancipación, pues se está obviando con ello todo el conjunto de dispositivos de Poder con mayúsculas que despliega el Capital para generar su propio mundo de la vida, su estado de cosas, sus sociedades; esto es, todo su metabolismo de explotación, subsunción, dominación y alienación, que contrarresta esa dependencia.

Esto nos lleva a tratar siquiera que muy brevemente, un punto de suma importancia a renglón seguido.

2. Sobre la toma o no del Poder

Por todo lo dicho hasta aquí, donde quizá las propuestas de la “postpolítica” han logrado generar más discordia y disensión entre las izquierdas es precisamente en lo referente al Poder y los poderes.

(2003), lo propone a diferencia de aquél como fuera de la territorialidad del Estado. Pretende este autor reinventar el concepto de sociedad, lo cual es ciertamente necesario en un capitalismo al tiempo global y decadente, pero para ello no parece encontrar más recurso que el éxodo o el desligamiento de todos los vínculos sociales, muy al gusto de la precedente especulación filosófica y sociológica postmoderna, la que habla de modernidades líquidas (Bauman), cálidas (Maffesoli) o postmodernidades postideológicas (Lipovetsky). Virno intenta convencernos y convencerse de que la resistencia frente a la opresión se realiza mediante el éxodo y un entramado de experiencias personales de la emoción (¿!). Hardt y Negri (2011) retomarían esa ilusión. Contra ella escribe Amin (2014).

Si por una parte el postestructuralismo nos había desconcentrado el Poder, haciéndonoslo ver casi ubicuo en la sociedad, el propio postmodernismo teórico nos lo fragmentó o descompuso en infinidad de poderes parciales y micropoderes, “poderes oblicuos”, latentes, que atravesarían a los grandes poderes verticales, de los cuales todos participaríamos de alguna manera y a la vez padeceríamos en los distintos ámbitos de nuestra vida.

Quizá esto condujo al olvido -o desprecio- postmoderno de las estructuras de coagulación de poder, de subsunción de esos miles de poderes que atraviesan cualquier sociedad. Estructuras que existen en forma institucionalizada y muy bien organizada en el conjunto de sociedades capitalistas y en el ámbito global que ellas conforman en la actualidad. Desprecio frente al que las burguesías locales y globales se frotan las manos. Dejar intacto todo el aparataje represivo policíaco-militar, así como el de instrucción o reproducción de conciencia alienada, entre otros, para sustituir la aprehensión y disolución de esos poderes por una supuesta extensión (no fundamentada ni explicada) de “islas de autonomía” y de “contrapoderes”, no es un tema ciertamente baladí. Antes al contrario, es clave para los procesos emancipatorios de este nuevo siglo, y está sacudiendo severamente a las izquierdas entre sí.

Por eso debería plantearse sin “integrismos”, o sin ánimos totalizadores. En contextos de salvajismo represivo, donde las condiciones de brutalización social alcanzan niveles atroces (como saben buena parte de las poblaciones periféricas en la actualidad –sígase por ejemplo, el devenir de la formación social mexicana o los casos históricos de Colombia y Guatemala), propuestas de desatención de los poderes que torturan, masacran o desaparecen gente cada día pueden ser miradas con la más triste ironía, o la sospecha escéptica sobre sus últimas intenciones.

¿Hay un modelo para ser “revolucionario” o “rebelde” para todo tipo de situaciones?
¿Qué clase de organización puede sobrellevar con éxito una forzada clandestinidad o experiencias de brutalización represiva? ¿No requerirá cada contexto histórico y sociopolítico un tipo diferente de opciones o creaciones organizativas?

A menudo las interpretaciones que aquí criticamos insisten en el error de considerar al Estado como mera expresión de las relaciones fetichizadas capitalistas, y no como un espacio *real* de poder, como entidad que resulta de la cristalización de la cambiante correlación de fuerzas existentes en cada sociedad. Desconocer lo que Marx y Engels enseñaron en el *Manifiesto Comunista*, en cuanto a la necesidad de llevar a cabo análisis rigurosos de las contradicciones de la sociedad capitalista, pero también de sus mecanismos de reproducción (lo cual no implica ni ser funcionalista ni pensar que esa reproducción se haga de manera automática o indolora); obviar la necesidad de discernir los sujetos en mejores o peores condiciones de emprender una tarea emancipatoria colectiva en cada momento, o el itinerario histórico más o menos probable de recorrer para ello, es en realidad no sólo muy poco marxista, sino estéril en la praxis social, y

convierte la transformación en algo tan etéreo y abstracto como en realidad inalcanzable⁵⁹.

Recordemos aquí que el idealismo hegeliano del *sujeto* como espíritu universal, fue sustituido en Marx por la materialidad de las relaciones sociales de producción (RSP), condicionantes tanto de la subjetividad social como de la objetividad. Ahí está la auténtica base de subordinación humana en el modo de producción capitalista. Ésta es la que hizo hablar de “coacción sorda de las RSP” al propio Marx, y luego de dominación de la sociedad por la economía (Polanyi) o por la “racionalidad instrumental” (Escuela de Frankfurt).

Alterar ese entresijo metabólico es un proceso de larga o muy larga duración (Piqueras, 2014a y 2014b), que está muy lejos de ser cuestión sólo de la toma del poder con minúsculas (el político-institucional, de gobierno -que remite a la política en pequeño-); menos aún de la mera actividad parlamentaria. Más bien pasa por considerar y alterar la Política en grande, la que se refiere a todo el entramado de circunstancias descrito, la que regula y atañe al conjunto de la praxis social. Es decir, la Política en este sentido afecta a los pilares de la sociedad y se dirime en torno a la *hegemonía*, que va mucho más allá del poder institucional. Lo cual no quiere decir, para complicar aún más las cosas, que se pueda descuidar aquel poder, pues él condensa socialmente la dominación Capital/Trabajo y en él se deposita o precipita institucionalmente todo el entramado de poderes que sustentan el orden social: el Poder *material* del Capital sobre el Trabajo.

De la incompreensión de esto se han derivado dos callejones sin salida para las fuerzas del Trabajo: ciertos proyectos históricos que identificaron ese poder institucional con el Poder y por tanto tras llegar a aquél lejos de modificar en absoluto el metabolismo capitalista, éste terminó engulléndolos. El otro *cul de sac* es al que lleva la interpretación contraria y es el que nos propone hoy el post-postmodernismo político: desconsiderar la coagulación de poderes que se realiza en la esfera institucional, el poder del Estado.

Lejos de uno y otro proyecto, la toma del poder institucional o formal es muy probablemente condición necesaria; sin embargo, en ningún caso resulta suficiente.

Mészáros (2011: 148) expresa este dilema claramente:

“La gran dificultad para el trabajo en tanto antagonista del capital reside en que mientras que el único objetivo viable de su lucha por la transformación debe ser el poder que ejerce el capital sobre el metabolismo social (...), este objetivo fundamental no se puede alcanzar sin conquistar el control de la esfera política. Y esa dificultad se ve agravada por la tentación de creer que una vez que las instituciones políticas del sistema capitalista heredado se ven neutralizadas, el poder mismo del capital está firmemente controlado.”

⁵⁹ Remito, para abundar en la cuestión del poder, y ante la falta de mayor espacio aquí para ello, a la excelente crítica de Borón (2003b) a Holloway. Para una crítica en general de los planteamientos de este último autor, pero también con puntos claves sobre este tema, Hirsch (2004).

Por eso, propuestas “idealistas” al gusto de Holloway (2000), insistiendo en que lo único que cuenta es la desalienación, mientras que nos tenemos que olvidar de la hegemonía, contribuyen a hacernos entender que la concepción del poder-antipoder por parte de este autor corra pareja a la de su artificial antinomia *política-antipolítica* (hija del más puro estilo anarco-místico): la política debe ser superada en cuanto que encapsula el caudal de posibilidades emancipadoras. Pareciera que, por el contrario, el proceso emancipatorio es uno y comprendido de la misma manera por todos los seres humanos, que en esencia aptos para entender la correcta emancipación, anularán en un *todo o nada* el conjunto de poderes sociales, colectivos y personales, y se armonizarán.

Nada más lejos de la realidad: cualquier proyecto social, sus diferentes interpretaciones y las discrepancias entre seres humanos, requerirán siempre de la Política, no como gabinete de dirección de los muchos por unos pocos, sino como *interacción* o *dinámica* mediante la que se construye el consenso o la legitimidad, se dirime el conflicto o se establece el antagonismo entre las clases y sectores sociales (por lo que cualquier sociedad generará siempre mediaciones en algún grado institucionalizadas entre las distintas posiciones sociales y maneras de entender el mundo).

Frente a ello el “todo o nada” del post-marxismo y el post-postmodernismo político (que es lo mismo que proponer “si no es puro del todo, no vale”), se antoja cuanto menos iluminista.

Por eso es hora ya de que repasemos algunos conceptos claves que son imprescindibles para clarificar posiciones teóricas.

3. Antagonismos, oposiciones, hegemonía y luchas sociales. El Trabajo frente al Capital.

El materialismo dialéctico tal como se desarrolló a través del marxismo prioriza la *relación de clase* en su entendimiento y en su explicación del mundo. La *relación de clase* entraña el hecho de que unos seres humanos se apropian de parte o de la totalidad del hacer y de lo hecho por otros (quienes son expropiados de su hacer y de lo hecho, ya sea mediante la fuerza explícita y directa, la servidumbre aceptada o mediante un salario, por ejemplo). Es decir, que aquella relación de clase se da cuando entre unos y otros seres humanos interviene un proceso de *explotación*.

La *relación de clase* es pues una relación de explotación en este sentido amplio. Implica un antagonismo básico: el bienestar de unos depende de cierto grado de expropiación de otros, de usurpar y por tanto menguar sus oportunidades de vida. Esto es, de mantener la escasez (relativa o absoluta) de los demás⁶⁰. Las *oportunidades de vida* hacen referencia

⁶⁰ La clase social fue una construcción teórica que se realizó para designar la población que quedaba a un lado y otro de la relación Capital/Trabajo según la detentación o no de los medios de producción de una sociedad, y la cesión o apropiación de plustrabajo. La "lucha de clases" es una metáfora de las luchas de clase que seres humanos concretos realizan con más o menos conciencia explícita, para perpetuar,

al diferente acceso a los recursos, prestigio y poder que tienen los seres humanos dentro de una determinada sociedad. Condicionando, por tanto, la capacidad de acción y decisión de unas u otras personas y, en conjunto, sus posibilidades de autonomía.

El antagonismo básico o *relación de clase* se ha dado a lo largo de toda la historia de la Humanidad en muy diferentes versiones. Con la irrupción del capitalismo y la hegemonización de sus relaciones sociales de producción, la relación de clase *fundamental* se expresa por medio de la *plusvalía* que los más (el Trabajo) generan principalmente para beneficio de unos pocos (el Capital), a través del plustrabajo (o trabajo que excede el necesario para vivir –valga decir, para reproducirse como fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista-) que aquéllos realizan y que no se les paga (ver Introducción). Eso quiere decir que el capital es una relación social que conlleva la expropiación del hacer, del trabajo y de la vida de otros a partir de la apropiación por unos pocos de los medios de producción con los que cuenta el conjunto de la sociedad.

Pero la *explotación* no es sólo extracción de plusvalía: es también siempre dominación, control de la vida ajena (del tiempo de vida de otros). Materialidad negada, en cuanto que negación de la realización humana para sí misma⁶¹.

Por tanto, la relación social que entraña el capital implica tanto explotación como sometimiento de unos seres humanos por otros. Esto es, el capital es también poder. Poder como posibilidad de controlar el hacer de otros: su producción, su trabajo, y también su vida. El capital y su personificación social (la clase capitalista, que designamos como Capital con mayúsculas) conllevan igualmente un proceso de Alienación, al dividir en los individuos su tiempo de vida y tiempo de trabajo (como parte, este último, del tiempo de su vida que no pueden dedicar a ellos mismos, sino a otros: quienes les compran su tiempo). Lo que quiere decir que una gran parte de la vida de los seres humanos no les pertenece, es enajenada de sí mismos. Proceso más grave si consideramos la centralidad del tiempo de trabajo en el tiempo de vida de cada individuo, que crecientemente pivota en torno a aquél y se subordina a su lógica⁶².

trascender o buscar una mejor posición dentro de esa relación. Por eso no hay que perder de vista que las clases no son sujetos, sino claves posibilitantes de esos sujetos en torno a la relación de explotación. A la postre las clases sólo cobran materialidad en cuanto que práctica de clases, esto es, *luchas de clase*.

⁶¹ Tengamos en cuenta que los seres humanos se compran y se venden como una mercancía muy especial, llamada fuerza de trabajo, en un mercado también asaz particular: el mercado laboral (ver Introducción). Sin embargo, las personas constituyen la única “mercancía” cuya posesión no garantiza su uso. Por eso el que efectivamente trabajen requiere control y sometimiento.

⁶² El tiempo concreto de los individuos viene mediado socialmente por el tiempo abstracto (como marco dentro del cual ocurren eventos y acciones); tiempo abstracto que en el sistema capitalista está constituido fundamentalmente por el *valor*. Este último se ha expresado predominantemente hasta ahora en forma de relación salarial: a la vez como actividad productiva y como relación socialmente mediatizadora (tanto de la conciencia como de la acción de los individuos) (Postone, 1996). Esta es la Alienación básica que segrega el capitalismo, pero en su momento histórico actual es acompañada de una profunda alienación de los individuos sobre su propia vida y sobre la Vida en general (al penetrar las relaciones del valor en la práctica totalidad de la misma).

El Capital es pues Poder para disolver el potencial de emancipación de los seres humanos, para

Todos estos procesos vienen incardinados en la vertiente vertical de la relación de clase, de la que depende vitalmente el modo de producción capitalista.

Ahora bien, la *relación de clase* conlleva asimismo una dimensión horizontal, interna tanto al propio Capital como al Trabajo. En el primer caso esa relación se da en torno a cuotas de explotación así como de reparto de la plusvalía extraída, dando como resultado, por tanto, subordinación de unos explotadores respecto a otros y a menudo que unos capitalistas eliminen de la competencia a otros, los menos “competitivos” (cuya menor productividad les relega por debajo de la media de la tasa de ganancia que se consigue en una determinada sociedad; también pueden quedar relegados o desplazados por su menor capacidad para apropiarse de la plusvalía generada. Esto último traduce una lucha entre el capital productivo-mercantil, el de interés-especulativo y el rentista). Se produce, en consecuencia, una tendencial dinámica de concentración y centralización del capital.

Pero la relación de clase tiene también una traducción horizontal del lado del Trabajo, en función del mayor o menor acceso al conjunto de la riqueza social generada (cómo se distribuye parte de la plusvalía entre la población, sea asalariada o no), o en virtud de la acaparación de *oportunidades de vida* a través del diferente acceso de unas u otras personas a los recursos sociales. Esto puede ser debido a la posesión de cualificaciones o destrezas no muy distribuidas en el conjunto de la población asalariada (expertos, trabajadores cualificados...); o bien por la posición que se tenga en relación al poder o a la jerarquía y control en los procesos productivos (managers, supervisores...). Todo lo cual determina unas *posiciones de privilegio* dentro del propio Trabajo.

Las *posiciones de privilegio* implican un grado de apropiación mayor de la plusvalía total generada (plusvalía social). Algunas de las más importantes de esas posiciones están sujetas a relaciones “naturalizadas”, como las de género, las étnicas o incluso las de generación⁶³. Por ejemplo, los hombres en conjunto captan más parte de la plusvalía social que las mujeres y se benefician además del trabajo no pagado de éstas (la proporción del plustrabajo en el trabajo total femenino es muy alta-). Esto es, los hombres gozan como género masculino de más oportunidades de vida que el Trabajo generizado como “mujer”.

Todas estas posiciones y oposiciones aludidas a escala de una formación social⁶⁴ atañen horizontalmente a la relación Trabajo/Trabajo, atravesando y segmentando al conjunto

evitar el trabajo libre, en cooperación (como parte de la vida de las personas dedicada a sí mismas) y convertir el trabajo concreto en trabajo mercancía (en la única mercancía que genera *valor* al usarla). Convierte por eso mismo también a las personas en *trabajo abstracto*, sin existencia aparente.

⁶³ Las *relaciones de privilegio* que obedecen a los patrones de género y étnicos son las que están hoy más fuertemente arraigadas al presentar una base socio-histórica naturalizada. Igualmente las de generación, entre otras. Unas y otras tienden a potenciarse entre sí: por ejemplo, tendencialmente el menor acceso a los recursos y oportunidades de vida en general dentro del Trabajo corresponderá a las mujeres más jóvenes de una minoría social, sobre todo si ésta está etnificada (aunque puede haber muchas condiciones añadidas a considerar; por ejemplo, ante una desprotección estatal, los extremos de edad pueden nivelarse en la carencia de oportunidades de vida).

⁶⁴ A escala global, en el Sistema Mundial capitalista, habría que considerar también otra división clave

de la población. Además, hay muchas relaciones de subordinación y conflicto que no pueden reducirse a una relación de clase, de igual manera que ni mucho menos todas las posiciones del Trabajo se definen dentro de los procesos de trabajo. Sin embargo, ninguna de ellas marca un antagonismo estructural *sine qua non* dentro del modo de producción capitalista: éste podría seguir existiendo sin ellas.

El antagonismo estructural es el que está relacionado con el carácter “fundamental” del proceso de clase, que en el capitalismo hace referencia a la producción-apropiación del plus-trabajo o de sus productos. Ese mismo proceso o relación de clase tiene, además, un carácter «*subsumido*» (sin que tales términos aludan a la prevalencia o mayor importancia ontológica de uno sobre otro, sino a su peso *dentro* de un modo de producción), que hace referencia a la distribución o recepción de lo que ha sido producido y apropiado previamente. En este último caso no hablamos tanto de *antagonismos* (relaciones en las que la ganancia de unos depende *necesariamente* de la explotación de otros), sino de *conflictos* (posiciones de desigualdad que no son antagónicas y que por tanto pueden resolverse *dentro* del propio orden sistémico).

De cualquier forma, el que unas u otras oposiciones o usurpaciones cobren mayor relieve en unos u otros momentos históricos, depende no sólo de procesos estructurales sino también de cómo se interpreten socialmente. Lo cual implica siempre relaciones de identidad y luchas por la creación de sentido, por la construcción de la realidad, esto es, luchas culturales.

En todo ser humano se reproduce el desgarramiento vertical (Capital/Trabajo) y el horizontal (dentro de la relación Capital/Capital o Trabajo/Trabajo), siguiendo estas divisiones o infinitas otras. Es decir, todo ser humano es un *sitio* de diferentes posiciones de clase, albergando en sí un germen de transformación y a su vez de perpetuación del antagonismo y conflictos de clase en sus variadas expresiones.

El gran “éxito” del Capital es que ha supeditado todas las demás líneas de fractura de los seres humanos a su dinámica de explotación (de extracción de plusvalor), que por eso se ha constituido en principal sustentadora de todo un sistema social (el capitalismo) hoy planetario.

Eso transcurre paralelamente a su logro para difuminar la relación de clase vertical Capital/Trabajo, visibilizando y multiplicando en cambio, las diferencias horizontales Trabajo/Trabajo (de estatus, género, identitarias, etc.).

del trabajo que marca profundas desigualdades entre las poblaciones del planeta: la División Internacional del Trabajo. Mediante ella las formaciones centrales se apropian de buena parte de la plusvalía generada en las periféricas (gracias a la jerarquización mundializada de los precios de la fuerza de trabajo y al acceso desigual a los recursos naturales del planeta; o lo que es lo mismo, debido a la transformación del valor en valor mundializado) (Amin, 2012). Las poblaciones de las formaciones centrales se han beneficiado en conjunto hasta ahora de la “renta imperialista” (que traduce la apropiación del plus-trabajo mundial por parte de sus burguesías), a través del “pacto socialdemócrata” u *opción reformista*, que ha implicado, entre otros puntos, un salario real relativamente paralelo a la productividad del trabajo, así como que la reproducción de la fuerza de trabajo quedara en gran medida a cargo del Estado (Piqueras, 2014b).

De ahí la importancia de traer a primer plano la vertiente *fundamental* de la relación de clase en el modo de producción capitalista, entre el Capital y el Trabajo como agentes antagónicos. Tengamos en cuenta que si el capitalismo se hizo hegemónico debido a la relación de clase expresada a través de la generación de plusvalía en los procesos productivos, convirtiendo a los medios de vida y a los seres humanos en mercancías, toda contra-hegemonía que no incorpore esa relación fundamental no toca el antagonismo básico del modo de producción capitalista. Es decir, tendrá menos posibilidades de contribuir a establecer otro modo de producción.

Por ello, a modo de síntesis, propongo la siguiente concatenación de enunciados:

1. Las luchas de clases *fundamentales* se empotran en la dinámica básica del capitalismo, la de reproducción del valor como plusvalor (o de generación de plusvalor a partir del trabajo humano). Al afectar al núcleo central a través del que se articula el entramado de relaciones sociales capitalistas, se erigen en los principales elementos de transformación del modo de producción (lo cual no conlleva ni que esa transformación conduzca por sí misma *necesariamente* a una sociedad sin explotación y sin desigualdades, ni que otras relaciones de explotación y opresión no puedan ser también dramáticamente importantes).
2. Las distintas capas y sectores del Trabajo comparten su condición de desposesión de medios de vida (cuanto mucho pueden contar con escasos medios de producción que no les libran de estar en una relación de subordinación social y dependencia económica de las decisiones de la clase capitalista), y por tanto tienen la obligación de trabajar para otros (asalarizarse) o autoexplotarse para vivir; o bien, incluso, dependen de aquellos que se asalarizan. *Desposesión* es equivalente a *proletarización*. De ahí que el *proletariado* no sea una única clase social, ni tal término atañe necesariamente, como vulgarmente se ha asimilado, a la pobreza o al trabajo fabril poco cualificado.

Para abarcar todas las distintas posiciones de clase que afectan al proletariado, he preferido recurrir al término de *Trabajo*. Pero a pesar de la aparente contradicción, este término-concepto trasciende lo meramente productivo (la estrecha “esfera económica” aparentemente autonomizada en el modo de producción capitalista), para abarcar la generación y preservación de las condiciones de Vida en un sentido amplio. Con él se quiere visibilizar la vertiente vertical de clase por sobre la horizontal. Lo he escogido por entender que contiene un mayor espectro abarcador ya que atañe a la vinculación subordinada de los seres humanos al capital, estén o no directamente explotados por él⁶⁵.

⁶⁵ También por la potencialidad que quiere señalar en ellos para la construcción consciente de sus vías de emancipación, a pesar o a partir de esa misma vinculación. Pero obviamente la designación es problemática y está abierta al debate en la búsqueda de otras mejores.

3. Todas las luchas de clase, sean sobre la extracción de plusvalía (“fundamentales”) o sobre su distribución (“subsumidas”), están relacionadas con una enorme heteroclitid de formas de explotación y de dominación-opresión y en conjunto generan muy diferentes expresiones de subordinación social. Un proyecto de transformación sistémica en favor de las grandes mayorías debe integrar las luchas y los sujetos que intervienen en unos y otros ámbitos de la realidad social, teniendo por objetivo eliminar unas u otras formas de explotación y subordinación (por más que ese objetivo, como el horizonte, siempre esté por alcanzarse).

Además, hay oposiciones, subordinaciones y fracturas que en un momento histórico no se visibilizan (la Política o la Ciencia no las han detectado, como han puesto en evidencia respecto al reciente pasado los estudios postcoloniales, por ejemplo), a veces puede que por estar (todavía) en estado latente.

De estos tres puntos podemos extraer también algunas conclusiones.

El posible enriquecimiento de la democracia a lo largo del tiempo va abriendo vías de equivalencia y de reconocimiento entre agentes sociales que, paradójicamente, desvelan a un tiempo nuevos conflictos, antagonismos, desigualdades y opresiones.

La *izquierda* de cada momento (ver nota 34 del texto), como todo el resto de lo humano, es producto de su interacción dialéctica con específicas circunstancias históricas, que por su parte no son “entidades externas” a los individuos, sino que a su vez son resultado de ellos mismos, en una espiral dialéctica sin fin. A lo largo del tiempo las luchas emancipatorias de la Humanidad, sin seguir ninguna línea evolutiva predeterminada al respecto, han ido a intervalos incorporando la conciencia de nuevas fracturas, oposiciones y poderes, *luchando* contra ellos, y por tanto enriqueciendo la democracia (de ahí el desfase en la proyección y en la capacidad *transformadora* de quienes no incorporaron esos enriquecimientos en las siguientes *generaciones de lucha*). Así, lo que en un momento pudo ser una praxis “de izquierdas”, en otro puede no serlo o no serlo tanto si no atiende a las nuevas escisiones sentidas e identificadas entre los seres humanos y a las cambiantes condiciones socio-históricas a que responden.

En cualquier práctica transformadora contra-Poder⁶⁶ (a menudo contra-hegemónica), el gran reto consiste en articular posiciones de clase, antagonismos y conflictos con miras a constituir sujetos políticos. El término *Trabajo* indica que, para ello, no hay una prelación ontológica necesaria de ningún sector del mismo en la hegemonización de esas luchas y antagonismos, sino que ese proceso y sus resultados estarán en función de cómo se articulen en cada momento unas y otros, de cómo se logre complementar luchas de clase fundamentales y subsumidas y de cómo éstas coincidan con otras luchas contra distintas expresiones de dominación y opresión.

⁶⁶ Contra la relación de Poder que subsume en cada modo de producción todos los demás poderes y oposiciones.

Los agentes sociales, unos y otros sectores de población, se ubican en posiciones sociales, políticas y culturales que entrañan dinámicas y oposiciones propias. Las distintas esferas conforman la especificidad de cada sujeto social. Además, evidentemente, cada sujeto participa de diferentes esferas.

Cada relación desigualitaria, expresada por ejemplo a través de dominación, discriminación, exclusión o explotación, es susceptible de generar un campo de lucha y tiene su espacio político propio. Cualquier posición en un campo social, en la medida en que es negada o subordinada, puede constituirse en sede de un conflicto.

Los procesos de lucha tendentes a revertir o eliminar relaciones de explotación, discriminación, exclusión o dominación, son procesos que llamo de *emancipación*. Las luchas por la emancipación estarán presentes siempre, dado que el universal perfecto de armonía social es inalcanzable⁶⁷.

En el camino sin meta final de llegada de la *emancipación* la equivalencia de luchas y sujetos es imprescindible. La equivalencia presupone en sí misma diferencia, pero al mismo tiempo aquella primera sólo existe en el acto de subvertir el carácter diferencial en orden a identificar y unir a los *diferentes* agentes sociales. El espacio político popular se constituye en aquellas situaciones en las que, a través de una cadena de equivalencias democráticas, se levanta una lógica política que funde las diferentes luchas. Para eso antes debe haber una política de *reconocimiento* de unas por otras, que respete el campo social y de acción de cada una y que aproveche el potencial emancipador contenido en cada una de ellas.

La democracia requiere, pues, la permanente expansión de cadenas de equivalencia⁶⁸.

Para que esas cadenas de equivalencia se transformen en sujetos colectivos con capacidad transformadora a gran escala (transformación sistémica), es muy probable que hayan de articularse como “bloque social” mediante relaciones de hegemonía

⁶⁷ En cualquier proceso de emancipación colectiva es imprescindible la construcción y reinención permanente de la *autonomía* (para tomar el mando de nuestras vidas) para evitar las tentaciones dirigistas y la posible nueva formación de capas dominantes. Pero la autonomía es un proceso que se co-implica con otros procesos estructurales y conquistas sociales, que conllevan el logro del propio valor como personas (la autovaloración o el valor de la propia vida) y que pasan “fundamentalmente” por la eliminación de la relación de clase. La *autonomía* no “surge” de abstracciones semántico-ideológicas, como la “eliminación de trascendencias, sujetos, proyectos e ideologías” (la “impotencia del impoder”, de la que nos habla el citado López Petit, 2009), sobre las que se complacen diletantemente tantos filósofos post-post-modernos. Mucho menos podrá conseguirse cualquier autonomía desde la post-política y la post-ideología, que es como quisiera el Capital difuminar hoy su gestión social, y que tantos autores y “activistas” se empeñan en reforzar al admitirlas y proclamarlas como necesarias y deseables.

Más bien la *emancipación* humana está forzosamente relacionada con la persecución de la liberación respecto de las citadas expresiones de desigualdad, y por tanto con las mayores posibilidades de acción eficiente de los seres humanos en cualquier dominio considerado problemático para ellos mismos. Les permite también crecientes posibilidades de construcción y obtención de satisfactores personales y sociales (donde radica su interpenetración con la *autonomía*).

⁶⁸ Es fácil rastrear en estos últimos argumentos y en los que siguen inmediatamente a continuación respecto de la hegemonía, la huella de Laclau (sobre todo Laclau, 1996 y 2005; y Laclau y Mouffe, 2011). Tomo aquí lo que a mi juicio constituye lo mejor de su argumentación, para realizar posteriormente cierta crítica de su directriz “postmarxista”.

(Gramsci, 1980). Entendida aquí la hegemonía como un todo orgánico y relacional que hace confluir con alguna estabilidad en torno a ciertos principios articuladores básicos a los sujetos provenientes de las distintas luchas emancipatorias en pos de un proyecto social alternativo.

Hegemonía implica, por tanto, construir un “sentido común” que dote de una nueva identidad a los distintos sujetos, pero sin eliminar la originaria. Una identidad común (por ejemplo, como *pueblo*, *clase*...) que multiplique su potencialidad emancipadora. El grado de unificación o coordinación que pueda existir entre ellos es siempre resultante de las propias luchas, esto es, de un proceso de construcción política, y no de ninguna necesidad histórica, esencia común subyacente ni sujeto ontológicamente predeterminado. De hecho, la misma existencia del *pueblo* o de la *clase* como sujeto político depende a su vez de un balance de fuerzas y de la pluralidad de luchas emancipadoras en distintos campos. En general, la propia constitución de unos u otros sujetos y espacios (económico, político, ecológico, cultural...) está en función de la intervención de prácticas hegemónicas. Así por ejemplo, la *relación de clase* ha adquirido una enorme variedad de formas en el presente, tantas como maneras de gestión y consumo de la fuerza de trabajo, como relaciones de explotación y extracción de plusvalía; lo que provoca una también ingente diversidad de agentes y formas de conciencia que intervienen en unas u otras dimensiones de la relación de clase, sea “fundamental” o “subsumida”. Esto ha hecho a muchas de las nuevas corrientes teóricas (y políticas) renunciar a la *clase* como factor de importancia para los antagonismos actuales. Pero en lugar de sacar esas conclusiones, habría que mirar el concepto y la “realidad” de clase de otra manera: como una relación polimórfica de la que brotan continua e inevitablemente luchas sociales.

Para que cualquier lucha devenga *determinante* en uno u otro momento histórico, debe ser capaz de articular las distintas visibilidades antagónicas y conflictivas en un espacio político unificado⁶⁹. Papel imprescindible en ello lo tiene la ideología como (re)construcción de la realidad, como generadora de referentes cognoscitivo-emotivos, de interpretaciones del mundo, a través de la que antagonismos y conflictos cobran realidad en cuanto que se “identifican” y se crea por tanto conciencia de los mismos. Paso imprescindible para transformar a los subordinados en sujetos. A la postre, por

⁶⁹ Tengamos en cuenta que los procesos revolucionarios habidos en la historia nunca (o casi nunca) respondieron a una sola vertiente de las luchas de clase, ni a una sola clave de antagonismo y/o conflicto: las luchas de clase combinaron elementos *fundamentales* y *subsumidos*, y se unieron a menudo a “lo nacional” o/y a demandas políticas que implicaron diferentes alianzas y enfrentamientos entre clases, por ejemplo (amplia documentación sobre ello en Losurdo, 2014). Saber congeniar y, en su caso, desplazar o anular las diferentes líneas de fractura en las que intervienen unos u otros sectores de población y agentes sociales, ha sido siempre una de las columnas de la hegemonía, la cual precisa de un proyecto frente al que someter a prueba constantemente *la realidad*. Esto permite visibilizar diferentes situaciones y condiciones de vida y, por tanto, tomas de postura y acción.

Para que la hegemonía actúe en favor de la emancipación debe, por tanto, apoyarse también necesariamente en otra columna: la de la participación continuamente ampliada y renovada de los seres humanos en lo Común (*lo social*), la cual se retroalimenta con su enriquecimiento de conciencia (y empoderamiento) social. Estos son a su vez, los pilares de su *autonomía ideológica*.

tanto, toda lucha es indefectiblemente ideológica, es decir, cultural en sentido antropológico.

Esa articulación debe adquirir expresiones organizadas integradoras, no predeterminadas, sino que vayan cobrando vida en función de las propias luchas y las cambiantes correlaciones de fuerzas en cada momento histórico. Lo que obliga a su vez a una recomposición constante de la hegemonía.

Por eso tendrán más oportunidades de llevar a cabo la hegemonía los sujetos que en cada momento hayan conseguido reunir las partes frontales del antagonismo, incorporando otras luchas en plano de equivalencia, en la construcción de un *bloque social*, que podríamos llamar *bloque histórico* en la medida que albergara proyecto social propio. Por eso, igualmente, y volviendo al punto de partida, los sujetos que protagonizan las luchas de clase fundamentales son a la postre *necesarios* para la transformación de un modo de producción, por más que no lo sean para otro tipo de transformaciones o luchas, o al menos no sean *suficientes* por sí mismos (así, por ejemplo, aquellas luchas no son suficientes para acabar con el patriarcado, que es un sistema de dominación-explotación que se empotra en el capitalismo, como en otros modos de producción, pero al tiempo le trasciende, puede sobrevivirle). Es decir, que quienes protagonizan las luchas de clase fundamentales podrían no ser los “articuladores” de la contestación anticapitalista, pero cualesquiera que sean los *sujetos* que lo hagan (ecologistas, por ejemplo), tendrán que afectar la relación de clase fundamental capitalista *si quieren superar* este modo de producción histórico. Esto es, tendrán que convertirse también en *sujetos clasistas* (eso sí, a esa transformación la añadirán toda una proyección ecologista que no estaría presente sin ellos).

En relación a la primera parte de estos enunciados, es cierto como ha apuntado algún autor que fue precisamente la incapacidad de la clase obrera de constituir al *pueblo* como sujeto o bloque histórico, lo que supuso el principio del fin de la socialdemocracia histórica (que se correspondió con la integración de la mayor parte del Trabajo al orden capitalista). “El desarrollo desigual y combinado” tanto a escala intraestatal como interestatal o mundial, ha venido multiplicando desde entonces las posiciones, categorías y divisiones dentro del Trabajo. La constitución de un polo popular no ya unificado pero sí articulado, pasaría a ser más y más difícil a medida que las formaciones sociales capitalistas se fueron complejizando y con ello multiplicando las posiciones de clase. También conforme las propias luchas “creaban” (identificaban) nuevas desigualdades y subordinaciones entre la población⁷⁰.

⁷⁰ Se abría camino en consecuencia toda una moda teórica que, ante la difuminación de las clases, señalaban las auto-identificaciones o a las luchas por el *reconocimiento* como los ejes centrales del conflicto en el capitalismo “maduro” y “asentado”. Las únicas fuentes de discordia radicaban bajo este prisma en los movimientos espontáneos que expresan necesidades básicas. Mientras que aquellas luchas por el “reconocimiento” y la “igualdad formal” sustitúan en el debate académico y en la conciencia política a las luchas “entre contrarios”, desechando o invisibilizando por tanto los antagonismos (a

Pero hacer gala de esto, exaltando la desintegración social que se esconde tras la heterogeneidad y hacer apología de la conversión de la población en “masa” o “multitud”, por su supuesto potencial transformador, como hacen tantas elaboraciones del postmodernismo, el autodenominado “marxismo autonomista” o el “postmarxismo”, no es sino un intento de hacer, como dije, de la necesidad virtud; pero no para intentar conseguir con ello una nueva praxis hegemónica emancipatoria, sino simplemente confiando en que sus piruetas especulativas cobren realidad por sí mismas, más allá del trabajo político y del contraste científico y social entre enunciados y realidad.

No olvidemos, al respecto de tanta vaguedad, las lúcidas palabras de Magri (2010: 397):

“La democracia no subsiste sin un soberano colectivo y no puede existir bajo la forma de una multitud atomizada, de una suma confusa de impulsos y de culturas heterogéneas: la fragmentación no es pluralismo, es uniformidad disfrazada.”

Y es que el contexto de la acción social, como el de la producción, no es contingente, no se da sólo en función de significados subjetivos que se otorgan en cada situación concreta por unos u otros individuos o sectores sociales. No se trata de ver quién puede lograr la “hegemonía” de sus intereses particulares. Los antagonismos básicos del capitalismo no son un problema de semiótica o de “nominación” (en todo caso, nunca son sólo eso)⁷¹. La diferente potencialidad de cada lucha y forma organizativa radica en que sea más o menos *adecuada* para enfrentar unas u otras fracturas sociales. Pero su mayor o menor *importancia* no sólo viene referida por cada campo de lucha, sino que radica a la vez en el espectro que abarca (aplíquese esto de cara a la transformación sistémica)⁷². Porque la paradoja de toda intervención social es doble, pues las condiciones estructurales (valga decir, *la realidad*) existen más acá del pensamiento y de las subjetividades, pero al tiempo no cobran vida para los seres humanos más allá de sus interpretaciones culturales e ideológicas. Esto quiere decir que estas últimas, y el

diferencia de las dinámicas de reconocimiento, las de clase requieren de la anulación del antagonista: así, liberarse de la explotación requiere de la no existencia de explotadores).

⁷¹ Y aquí es donde hay que distanciarse necesariamente de Laclau y tantos otros apegados al prefijo “post” para la Política y a lo que se ve también para la Ciencia. Las relaciones de clase y los distintos agrupamientos “objetivos” que puedan generar no se desligan de los posicionamientos subjetivos, pero éstos tampoco existen ajenos a aquéllas. Los propios procesos de desclasamiento que hoy se padecen requieren de fuertes estructuras de clase y de una virulenta ofensiva de clase desde arriba. Por eso, a diferencia de Laclau, es pertinente distinguir entre procesos *populares*, construidos desde los propios sujetos de emancipación y por tanto ligados a una mayor autonomía de los mismos, y procesos *populistas*, en los que la heteronomía (o construcción externa a esos sujetos) es la nota dominante. Pertinente, digo, aunque sólo fuere para poder prever hacia dónde nos llevan unas u otras construcciones hegemónicas. Porque de lo contrario por *populista* podemos entender cualquier proceso social en que estén implicados agentes sociales, sea subordinadamente o no y promuevan lo que promuevan o hagan lo que hagan. En relación a esto último, Almeyra (2009).

⁷² Aunque de cara a transformar un modo de producción las luchas serán tanto más potentes y eficaces en tanto más otras luchas de los distintos ámbitos o campos sociales sean capaces no sólo de “articular” sino de *incorporar* como luchas propias. Es decir, devienen más fuertes en tanto hacen a las otras luchas parte integrante de sí mismas e integran las restantes (sólo así la transformación del modo de producción puede conducir a una transformación en favor de las grandes mayorías, como apuntaba líneas atrás).

pensamiento en general, no pueden operar por su cuenta, fuera de la realidad estructurante, aunque al mismo tiempo ésta resulta estructurada por aquéllas en una dialéctica sin fin.

Puede decirse de otra manera, las subjetividades y construcciones culturales e ideológicas humanas son creativas o generativas, pero no arbitrarias. Esto es, construyen a partir de los materiales de la realidad en la que interactúan y que condiciona sus vidas y sus propias posibilidades culturales e ideológicas.

Por eso las condiciones para la transformación social son tanto objetivas como subjetivas.

Marx dio al respecto algunos principios guía y una teoría que señala los efectos de unas u otras prácticas a la vez estructuradas y estructurantes (haciendo hincapié en que la acción y la teoría son constituidas y constituyentes al mismo tiempo). Por eso propuso su método como una praxis (una teoría en acción)⁷³, pues tanto el orden como la transformación social no son sino resultado de praxis sin fin.

En vez de aprovechar para agrandar la enorme riqueza de este salto histórico de la Ciencia, los “post- marxismos” (como tantos otros “post”) se han complacido en criticar las versiones más burdas o mecánicas que se hicieron históricamente de aquel método práxico, terminando por desconsiderar el propio núcleo duro de su entramado teórico-político. En el punto contrario, las ortodoxias interpretativas del marxismo cerraron deliberadamente los ojos a la incalculable ductilidad aprehensiva y transformadora de la realidad que encierra la vía dialéctica, no esencialista, que Marx abrió.

El marxismo no es sólo un análisis científico de la realidad, es una praxis comprometida con la transformación de esa realidad en orden a combatir la desigualdad, la explotación y la dominación de unos seres humanos por otros, en las infinitas formas que aquéllas adquieran a través de la Historia. Es por tanto un extraordinario elemento para construir hegemonía. O dicho de otra forma, para ayudar a erigir sujetos transformadores.

Y no olvidemos que las diferentes elaboraciones teóricas, métodos y explicaciones del mundo se miden por su capacidad de resolver los problemas humanos, por su contribución al bienvivir de las grandes mayorías. En la ciencia social no hay mejor forma de validación.

Bibliografía citada

Aglietta, Michel (1982) [1976]. *Regulación y crisis del capitalismo*. Siglo XXI. Madrid.

⁷³ Valga añadir no sólo teoría, sino representación del mundo, ideología. Ver aquí Veltemeyer (2006) y su crítica a Laclau.

Almeyra, Guillermo (2009). “Un concepto ‘cajón de sastre’. A propósito de *La razón populista* de Ernesto Laclau”, en *C y E*, nº 2, pp. 277-284. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/CyE/CyE2/10cpto.pdf>

Alonso, Luis Enrique (1999). *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*. Trotta. Madrid.

Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2014). “Sacrificios para aplacar a los mercados: violencia y dominación en la crisis”, en *Documentación Social*, nº 169.

Amin, Samir (2012). *La ley del valor mundializada. Por un Marx sin fronteras*. El Viejo Topo. Barcelona.

Amin, Samir (2014). “Contra Hardt y Negri”, en *Revista El Viejo Topo*, nº 321, pp. 34-42. Barcelona.

Anisi, David (1995). *Creadores de escasez. Del bienestar al miedo*. Alianza. Madrid.

Arrighi, Giovanni (1999) [1994]. *El largo siglo XX*. Akal. Madrid.

Arrighi, Giovanni, Hopkins, Terence y Wallerstein, Immanuel (1999). *Movimientos antisistémicos*. Akal. Madrid.

Badiu, Alain (2008) “La hipótesis comunista”, en *New Left Review*, nº 49 pp. 27-38.

Balakrishnam, G. (2009). “Speculations on the Stationary State”, en *New Left Review*, nº 59, pp. 5-26.

Balibar, Étienne (1997). *La crainte des masses. Politique et philosophie avant et après Marx*. Galiléé. Paris.

Baran, Paul y Sweezy, Paul (1973) [1966]. *El Capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. Siglo XXI. México D.F.

Bauwens, Michael (2005). “The Political Economy of Peer Production”, en <http://www.ctheory.net/articles.aspx?id=499>

Bell, John R. (2009). *Capitalism and the Dialectic. The Uno-Sekine Approach to Marxian Political Economy*. Londres-Nueva York, Pluto-Press.

Bellamy Foster, John y McChesney, Robert W. (2012). *The Endless Crisis. How Monopoly-Finance Capital Produces Stagnation and Upheaval from the USA to China*. The Monthly Review Press.

Bensaid, Daniel (2006). “El retorno de la cuestión político-estratégica”, en *Le Site Daniel Bensaid*, <http://danielbensaid.org/El-retorno-de-la-cuestion-politico>

Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal. Madrid.

Bond, Patrick y Khadija, Sharife (2013). “Dosier sobre la cumbre de los BRICS”, en <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/bond.pdf>

Borón, Atilio (2003a). *Imperio. Imperialismo. Una lectura crítica de Michel Hardt y Antonio Negri*. El Viejo Topo. Barcelona.

Borón, Atilio (2003b). “Poder, ‘contrapoder’ y ‘antipoder’”. Notas sobre un extravío teórico-político en el pensamiento crítico contemporáneo”, en *Chiapas*, n°15. UNAM.D.F.

Boyer, Robert (1992) [1987]. *La teoría de la regulación. Un análisis crítico*. Edicions Alfons El Magnànim-IVEI. Valencia.

Boyer, Robert y Saillard, Yves (2002) [1995]. *Régulation Theory. The State of Art*. Routledge. Londres-Nueva York.

Braudel, Fernand (1985). *La dinámica del capitalismo*. Alianza. Madrid.

Brenner, Robert (2009). *La economía de la turbulencia global*. Akal. Madrid.

Callinicos, Alex (2001). “Toni Negri in Perspective”, en *International Socialism Journal*, n°92.

Caputo, Orlando y Galarce, Graciela (2014). “China desplazó a Estados Unidos como primera potencia económica mundial”, en <http://www.argenpress.info/2014/04/china-desplazo-estados-unidos-como.html>

Carcanholo, Reinaldo (2009). “Capital ficticio y ganancias ficticias. Dos visiones críticas sobre el futuro del capitalismo”, en Observatorio Internacional de la Crisis, *La Gran Depresión del Siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. DEI. San José.

Carcanholo, Reinaldo (2011). “Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares” y Apéndice I: “Los gastos militares y la transustanciación de la riqueza”, en A. Piqueras y W. Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.

Carcanholo, Reinaldo. y Nakatani, Paulo (2000). “Capital especulativo parasitario versus capital financiero”, en J.Arriola y D.Guerrero (eds.), *La nueva economía política de la globalización*. Universidad del País Vasco. Bilbao.

Chesnais, Françoise (2008). “El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera”, en *Herramienta*, n° 37. Buenos Aires.

Chun, Lin (2006). *La transformación del socialismo chino*. El Viejo Topo. Barcelona.

Das, Satyajit (2013). “El regreso de la crisis de los mercados emergentes”, en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=6352>

Dekle, Robert (1994), “*Technological progress and endogenous capital depreciation: evidence from the US and Japan*”, en <http://www.federalreserve.gov/pubs/ifdp/1994/485/ifdp485.pdf>

Deleuze, Giles y Guattari, Félix (1985) [1972]. *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Paidós. Barcelona.

Deleuze, Giles y Guattari, Félix (2000) [1980]. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos. Valencia.

Dierckxsens, Wim (2012). “Horizontes de otra racionalidad económica / Crisis de legitimidad de una civilización”, en <http://www.observatoriodelacrisis.org/2012/03/horizontes-de-otra-racionalidad->

economica-crisis-de-legitimidad-de-una-civilizacion/ Observatorio internacional de la Crisis.

Dierckxsens, Wim (2014) [Observatorio Internacional de la Crisis]. “Por un mundo multipolar y una sociedad post-capitalista. A cien años de la primera guerra mundial”, en <http://www.observatoriodelacrisis.org/2014/02/por-un-mundo-multipolar-y-una-sociedad-post-capitalista-a-cien-anos-de-la-primera-guerra-mundial/>

Dierckxsens, Wim y Jarquín, Antonio [Observatorio Internacional de la Crisis] (2012). *Crisis y sobrevivencia. Ante guerreros y banqueros*. DEI. San José.

Domènech, Xavier (2014). *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010-2013)*. Akal. Madrid.

Duménil, Gérard y Lévy, Dominique (2006). “La finance capitaliste: rapports de production et rapports de classe », en S. de Brunhoff, F. Chesnais, G. Duménil, M. Husson y D. Lévy, *La finance capitaliste*. Actuel Marx Confrontation. PUF. París.

Eley, Geoff (2003). *Historia de la izquierda en Europa 1850-2000*. Crítica. Barcelona.

Fernández Durán, Ramón (2011). *El Antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Virus. Barcelona.

Fumagalli, Andrea (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Fumagalli, Andrea; Lucarelli, Stefano; Marazzi, Christian; Negri, Antonio y Vercellone, Carlo (2009). *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Galcerán, Montserrat (1997). *La invención del marxismo*. Iepala. Madrid.

García Jané, Jordi (2012). *Adiós, capitalismo. 15M-2031*. Icaria. Barcelona.

Goldmann, Lucien (1962). *Investigaciones dialécticas*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.

GPM (2003) *Fuerzas productivas y tasa de ganancia*, en http://www.nodo50.org/gpm/1ff_pp_tasa_ganancia.htm

Gramsci, Antonio (1980) [1949]. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión. Madrid.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2005). *Imperio*. Paidós. Barcelona.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2011). *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*. Akal. Madrid.

Harman, Chris (2007). "The Rate of Profit and the World Today", en *International Socialism Journal*, nº 115 (<http://www.isj.org.uk/?id=340>). [Versión en castellano en <http://www.enlucha.org/site/?q=node/16401>.]

Harvey, David (2007). *El nuevo imperialismo*. Akal. Madrid.

Heinberg, Richard (2014). *El final del crecimiento*. El Viejo Topo. Barcelona.

Herrera, Rémy (2014). “Some Problems (and Paradoxes) Related to the Internationalization of China’s Economy”, en R. Herrera, W. Dierckxsens y P. Nakatani. *Beyond the Systemic Crisis and Capital-Led Chaos. Theoretical and Applied Studies*. Peter Lang. New York – Oxford.

Hirsh, Joachim ((2004). “Poder y antipoder. Acerca del libro de John Holloway”, en *Chiapas*, nº16. UNAM. México D.F.

Holloway, John. (2000). “Teoría volcánica”, en *Bajo el Volcán*, nº1. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ICSH. Puebla.

Hornstein, Andreas y Krusell, Per (1996): “Can technology Improvements Cause the Productivity Slowdown?”, en *NBER Macroeconomics Annual*, pp.209-275. <http://www.nber.org/chapters/c11030>

Hudson, Michael (2014). “Neoliberalismo y economía política en la Nueva Guerra Fría. El gambito ucraniano”, en <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/ncoldwar.pdf>

Íñigo, Juan (2003). *El Capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Ediciones Cooperativas. Buenos Aires.

Jay, Martin (1989) [1973]. *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Taurus. Madrid.

Jisi, Wang y Lieberthal, Kenneth (2012). “Addressing US-China Strategic Distrust”, en <https://www.brookings.edu/research/papers2012/03/30-us-china-lieberthal>

Kagarlitski, Borís (2012). *Des-revisando a Marx*, en <http://kmarx.wordpress.com/2012/10/20/des-revisando-a-marx/>

Katz, Claudio (2014). “Laboratorios de otro socialismo”, en Andrés Piqueras (ed.), *Claves para construir el socialismo en el siglo XXI*. El Viejo Topo. Barcelona.

Kelly, Kevin (1994). “Out of Control. The New Biology of Machines, Social Systems and the Economic World”, en <http://kk.org/books/ooc-mf.pdf>

Kidron, Michael (2002). “Failing growth and rampant costs: two ghosts in the machine of modern capitalism”, en <https://www.marxists.org/archive/kidron/works/2002/xx/ghosts.htm>

Laclau, Ernesto (1996). *Emancipation(s)*. Verso. Londres-New York.

Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2011) [1985]. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Lebert, Didier y Vercellone, Carlo (2010). “Capitalisme cognitif et capitalisme mafieux”, en <http://www.uninomade.org/quels-rapports-etablissez-vous-entre-capitalisme-cognitif-et-capitalisme-mafieux/>

- Lenin, Vladimir (1980) [1916]. “El imperialismo. Fase superior del capitalismo”, en Vladimir Lenin, *Obras Escogidas*. Progreso. Moscú.
- López, Isidro y Rodríguez, Emmanuel. (2010). *Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- López Petit, Santiago (2009). *La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Loong Yu, Au (2009-2010). *China ¿Final de un modelo o nacimiento de un nuevo modelo?*, en Revista *Trasversales*, número 17, <http://www.nodo50.org/trasversales/>
- Losurdo, Domenico (2011). *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*. El Viejo Topo. Barcelona.
- Losurdo, Domenico (2013). *La cultura de la no violencia*. Península. Barcelona.
- Losurdo, Domenico (2014). *La lucha de clases. Una historia política y filosófica*. El Viejo Topo. Barcelona.
- Lucarelli, Stefano (2009). «La financiarización como forma de biopoder», en A. Fumagalli; S. Lucarelli; Ch. Marazzi; A. Negri y C. Vercellone. *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Magri, Lucio (2010). *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones*. El Viejo Topo. Barcelona.
- Mann, Michael (1996). *The Sources of Social Power. Vol. II. The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Marazzi, Christian (2009). “La violencia del capitalismo financiero”, en A. Fumagalli; S. Lucarelli; Ch. Marazzi; A. Negri y C. Vercellone. *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Marques, Rosa María y Nakatani, Paulo (2009). *O que é capital fictício e sua crise*. Editora Brasiliense. Sao Paulo.
- Marx, Karl (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858. Grundrisse*. Siglo XXI. Madrid.
- Marx, Karl (1981) [1867]. *El Capital* (Tomo 1). Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- Mattick, Paul (2009) [1934]. “The Permanent Crisis. Henryk Grossman’s Interpretation of Marx’s Theory Of Capitalist Accumulation”, en *The Council Communist Archive*, <http://web.archive.org/web/20090221055640/www.kurasje.org>.
- Mbembe, Achille (2003). “Necropolitics”, en *Public Culture*, nº 15.
- Mercatante, Esteban (2013). “China (problemas más hondos que algunas dificultades crediticias)”, en *Punto de Desequilibrio. Crítica de la economía política*,

<http://puntodesequilibrio.blogspot.com.ar/2013/06/china-problemas-mas-hondos-que-algunas.html>

Mészáros, István (2011). *Actualidad histórica de la ofensiva socialista. Alternativa al parlamentarismo*. El Viejo Topo. Barcelona.

Michéa, Jean-Claude (2011). *Le complexe d'Orphée. La gauche, les gens ordinaires et la religion du progrès*. Climats. Paris.

Michéa, Jean-Claude (2013). *Les mystères de la gauche. De l'ideal des Lumières au triomphe du capitalisme absolu*. Climats. Paris.

Midnight Notes Collective (2009). "Promissory Notes. From Crisis to Commons", en <http://www.midnightnotes.org/Promissory%20Notes.pdf>

Mies, Maria (1986). *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*. Zed Books. Londres.

Mosquera, Martín y Calligari, Tomás (2014). "Una crítica de las 'dos almas' de la teoría marxista del partido: hipótesis sobre la organización política", en Viento Sur. Info, <http://www.vientosur.info/spip.php?article9040>

Naredo, José Manuel (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Siglo XXI. Madrid.

Negri, Antonio (2006). *Fábricas del sujeto / ontología de la subversión*. Akal. Madrid.

Negri, Antonio y Hardt, Michael (2005). *Multitud*. Debolsillo. Barcelona.

Noguera, Albert (2014). *La igualdad ante el fin del Estado Social. Propuestas constitucionales para construir una nueva igualdad*. Sequitur. Madrid.

OIT [Organización Internacional del Trabajo] (2012). "Tendencias mundiales del empleo 2012. Prevenir una crisis mayor del empleo", en <http://www.ilo.org/public/spanish/region/eurpro/madrid/download/tendenciasmundiales2012.pdf>

Oxfam (2014). "Gobernar para las élites. Secuestro democrático y desigualdad económica", en <http://www.oxfamintermon.org/sites/default/files/documentos/files/bp-working-for-few-political-capture-economic-inequality-200114-es.pdf>

Piketti, Thomas (2013). *Le capital au XXIe siècle*. Seuil. Paris.

Piqueras, Andrés (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Germania. Alzira.

Piqueras, Andrés (coord.) (2008). *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico*. Tirant lo Blanch. València.

Piqueras, Andrés (2011). "Desafíos del Trabajo como sujeto histórico en el capitalismo tardío declinante", en A. Piqueras y W. Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.

Piqueras, Andrés (2014a). "Preparando el postcapitalismo. Vías, problemas y posibilidades de la transición socialista", en A. Piqueras (ed.), *Claves para construir el socialismo en el siglo XXI*. El Viejo Topo. Barcelona.

Piqueras, Andrés (2014b). *La opción reformista. Entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase*. Anthropos. Barcelona.

Piqueras, Andrés (2014c). "Notes on Class Struggle in Late Capitalism", en R. Herrera, W. Dierckxsens y P. Nakatani. *Beyond the Systemic Crisis and Capital-Led Chaos. Theoretical and Applied Studies*. Peter Lang. New York – Oxford.

Polanyi, Karl (1989). *La Gran transformación: crítica del liberalismo económico*. La Piqueta. Madrid.

Postone, Moishe (1996). *Time, Labour and Social Domination. A reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge University Press. New York.

Rheingold, Howard (2004). *Multitudes inteligentes. La próxima revolución social*. Gedisa. Barcelona.

Ríos, Xulio (2007). *Mercado y control político en China: la transición hacia un nuevo sistema*. La Catarata. Madrid.

Rodríguez, Emmanuel (2013). *Hipótesis Democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Rose, Nikolas. 1996. "The death of the social? Re-figuring the territory of government", en *Economy and Society*, Vol.25, nº3. Routledge. London.

Rosenberg, Arthur (1981) [1938]. *Democracia y Socialismo. Historia y política de los últimos ciento cincuenta años (1789-1937)*. Cuadernos de Pasado y Presente. México D.F.

Spinoza, Baruch (2008) [1677]. *Tratado teológico-político*. Alianza. Madrid.

Suárez, Luis (2001). *Los rostros de Abel. América Latina y El Caribe. Medio siglo de crimen e impunidad (1948-1988)*. Editorial José Martí - Zambón Iberoamericana. Tafalla – La Habana.

Therborn, Göran (2014). *¿Del marxismo al posmarxismo?* Akal. Madrid.

Thompson, Edward P. (1979). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Crítica. Barcelona.

Thompson, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica. Barcelona.

Tronti, Mario (2001). *Obreros y capital*. Akal. Madrid.

Vercellone, Carlo (2004). "Las políticas de desarrollo en tiempos del capitalismo cognitivo", en A. Corsani, M. Lazzarato y Y. Moulrier-Boutang, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Vercellone, Carlo (2009). « Crisis de la ley del valor y devenir renta de la ganancia », en Fumagalli, A.; Lucarelli, S.; Marazzi, Ch.; Negri, A. y Vercellone, C. *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Vercellone, Carlo (2010). « La loi de la valeur dans le passage du capitalisme industriel au capitalisme cognitif », en *European Journal of Economic and Social Systems*, vol. 23/2, pp. 75-88, en <http://ejess.revuesonline.com/article.jsp?articleId=17019> [versión traducida en <https://n-1.cc/blog/view/1537077/la-ley-del-valor-en-el-paso-del-capitalismo-industrial-al-nuevo-capitalismo>]

Vercellone, Carlo (2011). *Capitalismo cognitivo, renta, saber y valor en la época posfordista*. Prometeo. Buenos Aires.

Veltmeyer, Henry (2006). “El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau”, en *Revista Theomai*, nº 14, pp. 1-15. <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtVeltmeyer.pdf>

Virno, Paolo (2003) *Virtuosismo y revolución*. Traficantes de Sueños. Madrid.

VV.AA. (2004). *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Zizek, S. (2013). *El año que soñamos peligrosamente*. Akal. Madrid.